Philip G. Samaan

El método de Cristo para testificar

El delicado arte de relacionarse con la gente y llegar a ella mediante el testimonio personal

El método de Cristo para Testificar

El método de Cristo para Testificar

Philip G. Samaan

El delicado arte de relacionarse con la gente y llegar a ella mediante el testimonio personal

ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, 1602 Florida
Buenos Aires, Argentina

Título del original en inglés: *Christ's Way of Reaching People*. R&H Publ. Assn., Hagerstown, MD, E.U.A., 1990. Existe una edición en castellano de la DSA de la IASD.

Editora: Mónica Casarramona
Traductora: Susana Ch. de Schulz
Tapa: Hugo O. Primucci

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Segunda edición
MCMXCV - 2,5M

Es propiedad. © R&H (1990). © DSA de la IASD (1992). © ACES (1995)
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-532-4

266 SAM	Samaan, Philip G. El método de Cristo para testificar -2a. ed. - Florida (Buenos Aires): Asociación Casa Editora Sudamericana, 1995. 173 p; 20x14cm. Traducido por: Susana Chaskelis de Schulz ISBN 950-573-532-4 I. Título - 1. Evangelización

Impreso, mediante el sistema offset, en talleres propios.
201295
—36448—

Dedicatoria

A mis dos mejores amigas
mi esposa Sherilyn
y mi hija Marla.

INDICE

Introducción 9

1. Cristo en nosotros 13
2. "Salados" por Cristo 21
3. Solamente el método de Cristo 35
4. Cristo, el acompañante 44
5. El Cristo compasivo 58
6. Cristo, la respuesta a nuestras necesidades 74
7. Podemos confiar en Cristo 87
8. Sígueme 102
9. Pescadores de hombres 114
10. La estrategia de reproducción 133
11. La estrategia de infiltración 140
12. Por su Espíritu 152

Bibliografía 167

INTRODUCCION

Hace muchos años, me encontré en una universidad norteamericana con un estudiante de psicología que cursaba estudios de posgrado. Después de haber charlado con él por algunos momentos, me confió que muchos de los psicólogos con quienes había estudiado lo habían dejado frío, confundido y vacío. "Realmente necesito ubicar a alguien con un enfoque que me ayude a encontrar sentido y propósito en la vida", afirmó. Al decir esto sus ojos buscaron los míos: "¿Alguna vez usted estudió las obras de un psicólogo que le haya dado un sentido de satisfacción interna?", fue la pregunta que me hizo con mucho énfasis.

Mientras yo lo escuchaba, pude detectar una verdadera hambre espiritual, por lo que comencé a hablarle de Jesús; del Jesús histórico que vivió en nuestro mundo hace dos mil años, y que estaba cabalmente familiarizado con todos los intrincados detalles de la personalidad humana. Sintiendo que toda su atención estaba puesta en mis palabras, continué: "Fundado en mi experiencia y en mi estudio, he descubierto que él es el mayor psicólogo que ha existido, alguien que entendió profundamente a las personas como tú y yo; alguien que llenó las vidas de sentido, amor genuino y satisfacción".

A medida que nuestra conversación continuaba fui invitando a este estudiante a descubrir a Jesús por él mismo en base a las declaraciones del evangelio. Al final, con un dejo de ansiedad en su

voz, me dijo: "Tengo total seguridad de que lo que usted dice acerca de Jesús es pura verdad, y ya que he tratado durante tanto tiempo encontrar respuestas en la psicología y la filosofía, tendría que averiguar también con su Jesús".

Me gusta estudiar la vida de Jesús más que ninguna otra cosa, y realmente admiro su habilidad para relacionarse en forma efectiva con la gente con quien se encontraba. Sin lugar a dudas, fue el mayor psicólogo y comunicador que vivió en este mundo. Jesús fue efectivamente el máximo experto en relaciones humanas. ¿Quién puede comprender mejor la complejidad de la mente y el corazón? Nadie. Después de todo, él es quien nos creó a su imagen y combinó nuestras capacidades de pensar, sentir y responder.

Por eso, cuando consideramos el ejemplo de Cristo al testificar, debemos tomar en cuenta que se trata de algo más que ideas, planes y estrategias. Más bien es una relación íntima que tenemos con la persona de Cristo, en la cual nuestro corazón se entrelaza con su corazón, nuestra mente con su mente y nuestras acciones con sus acciones.

Si logramos esa comunicación, consecuentemente veremos a la gente que nos rodea desde la perspectiva de Cristo y la trataremos como él lo haría. Al estar persistentemente con él y parecernos más a él, adquiriremos su habilidad de relacionarnos con los otros. El y su persona pasarán a ser nuestra motivación, nuestro estudio y nuestra estrategia. Una vida tal, modelada y habilitada por Cristo, cautiva a las personas con quienes entramos en contacto, dándoles la clara impresión de que hemos estado con el Maestro (Hech. 4: 13).

El apóstol Pablo usaba dos excelentes palabras: *aroma* y *fragancia*, para describir nuestro testimonio acerca de Cristo. El dice que como resultado de ser el aroma de Cristo, Dios difunde mediante nosotros la fragancia de Cristo por doquier (2 Cor. 2: 14, 15). Entonces, ¿cómo podemos difundir ese aroma y esa fragancia? Necesitamos recordar que sólo podemos transmitir las fragancias que tenemos impregnadas y que envuelven nuestra persona. Es decir, para lograr que de nosotros se desprendan perfumes agradables como los de Cristo, debemos estar constantemente en comunión con él, de manera que su carácter pueda saturar y envolver nuestra vida. Consecuentemente, cada ser humano que esté

en nuestra presencia podrá detectar la atmósfera de Cristo que nos rodea.

Elena de White escribe: "Cada uno de nosotros ha de oír la voz de Dios hablar a su corazón. Cuando toda otra voz calla, y tranquilos en su presencia esperamos, el silencio del alma hace más perceptible la voz de Dios. El nos dice: 'Estad quietos, y conoced que yo soy Dios' (Sal. 46: 10). Esta es la preparación eficaz para toda labor para Dios. En medio de la presurosa muchedumbre y de las intensas actividades de la vida, el que así se refrigera se verá envuelto en un ambiente de luz y paz... Su vida exhalará fragancia y dará prueba de un poder divino que alcanzará los corazones de los hombres".[1]

Lo primero que tenemos que procurar es conocer la esencia de la testificación: Cristo vivo en nosotros y manifiesto por nuestro intermedio. Relacionándonos de esta manera con Cristo lograremos fuerza para testificar por él. Jesús afirmó este poderoso principio cuando dijo a sus discípulos: "Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio" (Juan 15: 27). Dietrich Bonhoeffer, el téologo y mártir alemán que fue ejecutado por los nazis en 1945, escribió: "Cuando somos llamados a seguir a Cristo, somos invitados a una unión exclusiva con su persona... Discipulado significa adherencia a Cristo".[2]

Sí, Bonhoeffer sabía lo que significaba ser total y absolutamente devoto a Cristo y a su servicio. Nosotros también necesitamos estar ligados a él de tal manera que nuestra vida y servicio puedan llegar a ser como los suyos. Mientras permanecemos en él, caminamos como él caminó (1 Juan 2: 6), amamos a los otros como él los amó (Juan 15: 12; Efe. 5: 2) y tenemos la mente que él poseyó (1 Cor. 2: 16; Fil. 2: 1-8). Cuando nos aferramos a Cristo, "se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y nuestra mente en conformidad con su voluntad, que cuando lo obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirlo".[3]

Referencias

[1]EGW, *MC*, p. 37.

[2]Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, p. 63.

[3]EGW, *DTG*, p. 621.

CAPITULO
UNO

CRISTO EN NOSOTROS

Un verano trabajé como colportor en varios pueblos del interior de Idaho. Las primeras semanas fueron deprimentes y terribles ya que en mi segundo año de nivel terciario yo era todavía un inseguro estudiante que trataba de vender libros cristianos a gente totalmente extraña. Un incidente de aquel caluroso verano queda aún grabado en mi mente. Solo y lejos de todos los que conocía, subí a mi destartalado auto (un Volkswagen "escarabajo") para ir a trabajar a un determinado pueblito.

Por alguna razón, no conseguí abandonar la seguridad de mi auto para empezar a golpear puertas. Por eso, terminé recorriendo una y otra vez la calle única y principal del pueblo hasta que la gente del lugar comenzó a desconfiar, y optaron por llamar a la policía para que me vigilara. Al interrogarme y tratar de entender mis explicaciones, el agente de policía me autorizó a retirarme con la clara advertencia: "Joven, ¡decídase de una vez! Comience a trabajar o váyase de este pueblo!"

Considerando ese consejo, me dirigí rápidamente a mi habitación del hotel buscando el refugio de sus cuatro paredes. Allí medité dolorosamente en mis experiencias de ese día, y percibí cuán intensa era la necesidad que tenía de una ayuda de parte de Dios. Sí, yo conocía perfectamente varias maneras para acercarme a la gente, pero me faltaba la seguridad de la presencia de Cristo y su

poder en mi vida. Hasta ese momento me había resultado fácil hablar de teorías e imaginar su presencia en mi vida, pero ¿por qué ahora me faltaba sentirlo en el mundo real donde era tan importante?

Algo sucedió aquella mañana que modificó mi experiencia y afectó profundamente mi testificación. Pasé largo tiempo orando, estudiando y meditando con mi Biblia abierta en Isaías 41: 10: "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia". Al considerar el pasaje y proyectarme en cada una de sus palabras, lo sentí en mi corazón como si estuviera dirigido a mí personalmente. Su promesa se convirtió en un tesoro y fue como si llenase mi mente con la seguridad de que Dios era siempre el mismo y estaba realmente allí conmigo, haciendo lo máximo para ayudarme y sustentarme con su poder.

Salí de mi habitación como una persona diferente. Sí, Jesús estaba en mi vida y deseaba caminar conmigo y hablar por mi intermedio aquella mañana. Pero yo no lo había buscado con todo mi corazón. El secreto de una vida cristiana llena de vitalidad y testificación efectiva es la íntima y persistente comunión con Jesús. No existe otro camino. "¡Miren todos, aquí están llegando juntos Jesús y Philip!", recuerdo haberme dicho mientras conducía mi auto nuevamente en dirección hacia el mismo pueblito que había abandonado, lleno de miedo, dos horas antes.

Una experiencia espiritual diaria con Jesús constituye la verdadera esencia de la testificación, y sin ella no lograríamos representarlo a él, sino sólo a nosotros mismos. Por tendencia, nuestro enfoque no se detiene en Jesús, sino en nosotros, y como resultado nos sobrecargamos con nuestros propios miedos e insuficiencias. "El esfuerzo personal por otros debe ser precedido de mucha oración secreta... Antes de comunicaros con los hombres, comunicaos con Cristo... Ante el trono de la gracia celestial, obtened una preparación para ministrar a la gente".[1]

"Si acudimos a él con fe, nos revelará sus misterios a nosotros personalmente. Nuestro corazón arderá con frecuencia en nosotros mismos cuando él se ponga en comunión con nosotros como lo hizo con Enoc".[2] Debemos saturar nuestras mentes con Cristo y lo que él puede hacer, de tal manera que podamos vernos a noso-

tros y a nuestro testimonio en la perspectiva correcta. Los desafíos que enfrentamos siguen siendo los mismos, pero es increíble cuán diferentes parecen cuando son vistos desde la perspectiva de Cristo. ¿Por qué? Porque él está con nosotros, y con él podemos enfrentar cualquier situación.

Elena de White declara: "Conságrate a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primer trabajo. Sea tu oración: 'Tómame, ¡oh Señor!, como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Usame hoy en tu servicio. Mora conmigo, y sea toda mi obra hecha en ti'. Este es un asunto diario. Cada mañana, conságrate a Dios por ese día. Somete todos tus planes a él, para ponerlos en práctica o abandonarlos, según te lo indicare su providencia. Podrás así poner cada día tu vida en las manos de Dios".[3] Luego, ella procede a mostrar cómo dicha comunión diaria con Cristo marca una diferencia radical en nuestra vida y nuestro servicio: "Tu esperanza no está en ti; está en Cristo. Tu debilidad está unida a su fuerza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su eterno poder. Así que no debes mirarte a ti mismo, ni dejar que la mente se espacie en el yo. Mira a Cristo".[4]

Cada mañana, al someterme a Cristo y ponerme a su disposición para su tarea de ese día, me aferro nuevamente a su presencia y poder. Oro para que él me guíe a una o dos de las personas con las que entraré en contacto durante ese día; para que pueda influir en ellas a favor de Cristo. Esta es la razón que hace que cada nuevo día pueda ser emocionante si nos anticipamos a los encuentros significativos que Dios, en su providencia, tiene reservados para nosotros.

"Todo obrero que sigue el ejemplo de Cristo será preparado para recibir y usar el poder que Dios ha prometido a su iglesia para cuando madure la mies de la tierra. Mañana tras mañana, cuando los heraldos del evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración, él les concede la presencia de su Espíritu... al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores de Dios".[5] Pero, debo advertirle que si usted ora de esta manera, poniéndose a disposición de Dios para que él lo use para testificar ante otros, también debe estar preparado para recibir su respuesta.

Elena de White hace gran énfasis en la necesidad de dar prio-

ridad a la comunión con Dios para lograr así una testificación efectiva. "Nada es más necesario en nuestro trabajo que los resultados prácticos de la comunión con Dios... Su paz en el corazón se reflejará en el rostro. Dará a la voz un poder persuasivo. La comunión con Dios ennoblecerá el carácter y la vida. Los hombres verán que hemos estado con Jesús como lo notaron en los primeros discípulos. Esto comunicará al obrero un poder que ninguna otra cosa puede dar. No debe permitir que cosa alguna lo prive de este poder".[6]

Usted nota que un apropiado énfasis espiritual nos inflama del deseo de no alejarnos de nuestros planes al punto que ignoremos a la gente. No es únicamente dando información como podemos atraer a otros, sino dedicándonos a ellos, como también Cristo se dedicó a nosotros. A pesar de que las siguientes declaraciones tienen que ver con la educación cristiana, sin duda también se aplican a la testificación. "No es la obra más elevada de la educación el comunicar meramente conocimientos, sino el impartir aquella energía vivificadora que se recibe por el contacto de la mente con la mente y del alma con el alma. Unicamente la vida puede engendrar vida".[7]

Si bien la tarea de testificar es importante, nunca debería interponerse entre nosotros y la gente, y debería ser la consecuencia de nuestra preocupación por ellos. Lawrence Richards menciona los diferentes elementos que los jóvenes necesitan para realizar actividad misionera, y lo hace en orden de importancia: "Las personas involucradas deben estar juntas en los procesos generados por los planes y métodos, dando lugar así a un producto distintivo".[8]

Una testificación verdadera hace que las personas puedan experimentar aceptación, afecto y atracción hacia nuestro Señor. Es Cristo en nosotros irradiando la fragancia de su vida por nuestro intermedio (2 Cor. 2: 14). En la medida en que el amoroso y poderoso Jesús viva en nuestro interior, se expresará libremente por medio de nosotros para que los demás puedan conocerlo. Este es el poder que cautiva y transforma el corazón humano. "Sin una fe viva en Cristo como Salvador personal, nos es imposible ejercer influencia eficaz sobre un mundo escéptico. No podemos dar a nuestros prójimos lo que nosotros mismos no poseemos".[9]

Una parte fundamental de la testificación tiene que ver con la

manera como nosotros nos relacionamos con la gente; cómo la escuchamos, cómo nos preocupamos por ella y qué impacto hacemos en su vida como consecuencia de nuestra influencia. Tiene mucha gravitación la manera como nos relacionamos con los que se codean con nosotros en nuestro diario vivir; debería ser de tal forma que pudiesen sentir claramente el amor y el poder de Cristo fluyendo de nuestra vida hacia la de ellos. "Cuando el amor de Cristo es atesorado en el corazón como dulce fragancia, no puede ocultarse. Su santa influencia será percibida por todos aquellos con quienes nos relacionemos".[10]

También hay que destacar que es imposible evitar que cualquier cosa que llena nuestro interior se filtre hacia afuera, consciente o inconscientemente. Si estamos llenos de la fragancia del amor de Cristo, exhalaremos el mismo tipo de amor, pero si nuestra preocupación está centrada en nosotros, naturalmente eso será lo que fluirá hacia los demás. No importa lo que hagamos, influiremos en la gente de una manera u otra. Las posibilidades, en todos los casos, serán para bien o para mal.

Para ilustrar lo que quiero decir, imaginemos que nosotros y cada una de las personas con quienes nos relacionamos estuviéramos acarreando un recipiente repleto de algún tipo de bebida, algunas refrescantes y nutritivas, y otras nauseabundas. A medida que "golpeamos" (influimos) en los otros durante nuestras actividades diarias, obviamente vamos a derramar sobre ellos la bebida que está en el recipiente que tenemos en las manos, cualquiera ella sea. En nuestro contacto diario con los otros, ¿qué salpicamos de nosotros al exterior? ¿Esto ayuda a los otros a acercarse más a Cristo o los hace retroceder en su avance hacia él?

Creo que como miembros de iglesia estamos saturados por muchos métodos de evangelización y diversos planes. Todos ellos son necesarios y tienen su lugar y su motivo, pero no son útiles a menos que estén arraigados y broten de los métodos de testificación de Cristo. Porque sin Cristo, el testificador por excelencia, la testificación no existe. Todas las actividades evangélicas deben centrarse en la persona de Cristo, el único que realmente sabe cómo acercarse, entender y persuadir a la gente para que lo siga.

Esto es exactamente lo que Cristo dijo cuando nos invitó: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mat. 4: 19). Sólo estando en su compañía es que aprendemos de él y llegamos

a parecernos a él. Unicamente si nos sumergimos en su presencia lograremos llevar y esparcir la dulce fragancia de su conocimiento por doquier (2 Cor. 2: 14). Cuanto más estemos involucrados con Cristo, más efectivamente podremos testificar a otros. "La influencia que ejercemos para bendecir y elevar a los seres humanos se mide por la devoción y la consagración a Cristo que nosotros mismos tenemos".[11]

El peligro que enfrentamos en nuestra testificación es el de estar tan aferrados a las últimas técnicas de evangelización, que seamos absorbidos por la obra del Señor y olvidemos al Señor de la obra. Si así fuera, no podremos tener una visión de la alegría de estar con él y aprender de él. Jesús, nuestro máximo ejemplo, tuvo siempre a su Padre junto a él dándole poder para testificar en su ministerio. Entonces, ¿cómo podríamos decir que estamos demasiado ocupados para estar con él? Si él sintió una intensa necesidad de mantener una comunión muy cercana con su Padre a pesar de estar sobrecargado de tareas para lograr la salvación de la humanidad, ¡qué decir de nosotros, endebles seres humanos!

"En la estima de los rabinos, era la suma de la religión estar siempre en un bullicio de actividad... Existen todavía los mismos peligros. Al aumentar la actividad, si los hombres tienen éxito en ejecutar algún trabajo para Dios, hay peligro de que confíen en los planes y métodos humanos. Propenden a orar menos y a tener menos fe. Como los discípulos, corremos el riesgo de perder de vista cuánto dependemos de Dios y tratar de hacer de nuestra actividad un salvador... Ninguna vida fue tan llena de trabajo y responsabilidad como la de Jesús, y, sin embargo, cuán a menudo se lo encontraba en oración. ¡Cuán constante era su comunión con Dios!"[12]

La mayor capacitación que podemos poseer para testificar es la de permitir que Cristo viva y actúe por medio de nosotros. El mundo tiene ansias de aquellos que revelan su amor, poder y compasión. "El mundo necesita hoy lo que necesitaba mil novecientos años atrás, esto es, una revelación de Cristo".[13] ¿Cómo podemos revelar a Cristo en la vida práctica diaria? ¿Cómo podemos experimentar verdadero éxito al abordar a la gente? En otras palabras, ¿estamos en condiciones de testificar como lo hizo Cristo?

Si nuestro cometido es llevar a otros hacia Dios por medio del

poder del amor de Cristo —el único camino—, debemos rendir nuestra vida y nuestros métodos por completo a Cristo y sus métodos. Si queremos impresionar a quienes están a nuestro alrededor con Cristo y lo que él tiene para ofrecerles, nuestro yo debe morir y tenemos que cobijarnos en Cristo, el único que es vida; nuestra vida (Col. 3: 3, 4). Debemos permitir que nuestro yo se opaque para que Cristo pueda *brillar*, además de vivir en nosotros. Pablo tenía una clara idea de esta poderosa realidad espiritual cuando escribió: "Porque para mí el vivir es Cristo" y "Con Cristo estoy juntamente crucificado y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Fil. 1: 21; Gál. 2: 20).

Cualquier esfuerzo que hagamos para enfatizar esta base espiritual de la testificación, no será suficiente. Se trata del alma y la esencia de todo nuestro esfuerzo cristiano. Sin esta base, nuestro más destacado método de testificación, incluso el método de Cristo, sin duda llegará a ser mecánico y centrado en nosotros mismos. En otras palabras, necesitamos ser arrebatados por una pasión por Cristo y un deseo ardiente de llevar a otros ante él, en vez de entusiasmarnos con planes o métodos. Es nuestro deber adorarlo a la vez que testificamos de él.

R. J. Fish y J. E. Conant describen esta realidad espiritual como un impulso interior: "No se trata de carencia de planes; ¡es poder!... No es el mandato de una orden exterior que nos envía detrás del perdido; es el impulso de la presencia de una fuerza interior... Detrás de todo trabajo exitoso por el perdido hay un impulso espiritual interior; y detrás de ese impulso está el Espíritu Santo que reproduce a Cristo en nosotros".[14]

Referencias

[1]EGW, *PVGM*, p. 115 (ed. PPPA).

[2]EGW, *DTG*, p. 622.

[3]EGW, *CC*, pp. 69, 70.

[4]*Ibíd.*, p. 70.

[5]EGW, *HAp*, pp. 46, 47.

[6]EGW, *MC*, pp. 409, 410.

[7]EGW, *DTG*, p. 215.

[8]Lawrence Richards, *Youth Ministry*, p. 39.

[9]EGW, *DMJ*, p. 34.

[10]EGW, *CC*, p. 76.

[11]EGW, *DMJ*, pp. 34, 35.

[12]EGW, *DTG*, pp. 329, 330.

[13]EGW, *MC*, p. 102.

[14]R. J. Fish y J. E. Conant, *Every-Member Evangelism for Today*, pp. 74, 75.

CAPITULO
DOS

"SALADOS" POR CRISTO

Parecería que escuchamos ahora más que nunca continuas quejas acerca de cuán malograda está nuestra sociedad. A cada paso, las personas suspiran llenas de frustración y resignación, impotentes frente a problemas colosales que aparecen con la facilidad y rapidez de los hongos: el delito, la violencia, las drogas, la decadencia moral, la destrucción de la familia, el SIDA, la contaminación ambiental —por nombrar unos pocos—, que están rasgando la trama de nuestra sociedad.

Muchos reaccionan ante tan complejos problemas con una gran indiferencia emocional, quizá tratando de protegerse de la autodestrucción.

Recientemente conocí a un hermano de iglesia que manifestó que se retraía cada vez más de realizar actividades de testificación debido "a todos los problemas complicados con que me encontraba en casi cada uno de los contactos que hacía". Luego explicó: "Yo acostumbraba comprometerme con una gran cantidad de estudios bíblicos. Ya no me comprometo tanto porque, en una manera muy notoria, cada vez me encuentro lidiando más y más con problemas personales de la gente, complicados a tal punto que muy raramente me sobra tiempo para estudiar la Biblia".

Más que nunca antes siento en mí una gran necesidad del amor de Cristo, su sabiduría y poder en mi testificación. La psicología y las ciencias sociales pueden ayudar en cierta manera,

pero fracasan en darnos soluciones reales y duraderas. Estas solamente se encuentran en Cristo. Al mismo tiempo, no debemos ponernos cínicos en relación a nuestro mundo, porque Cristo, que se preocupa, que cuida de cada persona y conoce todas las cosas, no se ha dado por vencido. Si él no lo ha hecho, nosotros tampoco debemos hacerlo.

Es verdad que necesitamos atemperar nuestro idealismo con la realidad cuando queremos ayudar a otros. Pero, ¿cómo podríamos nosotros, discípulos de Cristo, desesperar cuando ponemos nuestra confianza en él? ¿Cómo podríamos permitirnos ser cínicos cuando estudiamos la vida y el ministerio del Maestro? Este mundo es todavía de nuestro Padre, que lo ama de una manera extraordinaria y en el cual invirtió la vida de su único Hijo. Dios tiene mucho interés en nuestro planeta "porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3: 16). Dios ama a cualquier persona con la cual nos encontremos. ¡Cómo podríamos darnos por vencidos frente a la gente cuando Jesús ofreció su vida por ellos!

Una manera de ilustrar nuestra implicación en un mundo lleno de problemas es la afirmación de Cristo a sus discípulos: "Ustedes son la sal de la tierra" (Mat. 5: 13). Así como la sal preserva y modifica los alimentos, también Dios nos llama a penetrar en el mundo y transformarlo para Cristo.

Durante la época de Cristo se consideraba la sal como un producto de valor. Algunas culturas le dieron un valor especial, usándola en reemplazo del dinero. La palabra latina *salarium* viene de sal. En ciertas épocas, los romanos pagaban a sus soldados el salario en sal.

Además de su relación con el trueque comercial y el salario, también se asocia a la sal con la amistad, el honor y la lealtad. Aun en la actualidad, los beduinos que andan por los desiertos de Medio Oriente ratifican con sal un convenio de buena voluntad. Los árabes establecen un vínculo de amistad al compartir comida salada. Usan la siguiente expresión para afirmar confianza y cordialidad: "El comió sal en mi mesa" o "Hay sal entre nosotros", significando de esta manera que compartieron una comida juntos; por lo tanto ambos se aceptaron como amigos confiables.

Dios mismo selló su alianza con sus hijos, el pueblo de Israel,

en la soledad del desierto, con un "pacto de sal", ratificando su constante compromiso y lealtad hacia ellos (Núm. 18: 19). Al dar sus bienaventuranzas en el Sermón del Monte, Jesús seleccionó la palabra "sal" para describir gráficamente el carácter y la misión de sus seguidores. Ser "la sal de la tierra" (Mat. 5: 13) es el resumen de los atributos de mansedumbre, sed de justicia, misericordia, pureza de corazón y pacificación, anunciados en los versículos 1 al 12. Abarca todas las excelentes virtudes encontradas en las Bienaventuranzas.

Así como servimos de "luz del mundo" (Mat. 5: 14) cuando somos "luz en el Señor" (Efe. 5:8), también llegamos a ser la sal de la tierra cuando somos "salados" por el Señor. No tenemos sabor, a menos que unamos nuestra vida a la de Cristo. No hay absolutamente ninguna otra manera de lograrlo.

W. Phillip Keller extrajo una aplicación espiritual muy apropiada y eficaz de la manera admirable como el sodio y el cloro se unen químicamente para formar el cloruro de sodio o sal. El llega a la conclusión que "del mismo modo, nuestra vida combinada con la vida de Cristo (nuestra humanidad combinada con su divinidad, nuestro espíritu combinado con su espíritu) forman la gran fuerza de bien en la sociedad".[1] ¡Qué gran confianza demostró el Salvador en nosotros cuando anunció que somos la sal de la tierra! Debemos prestar suma atención a cualquier declaración que Jesús haya hecho en este mundo respecto de nosotros.

Desde hace mucho se reconoce a la sal por varias características y funciones. De acuerdo a una estimación, la humanidad la emplea en 14.000 usos diferentes. ¿Qué beneficios prestan los cristianos "salados" a la sociedad?

Primeramente, la sal produce sed. Cuando comemos alimentos como maníes, papas fritas o galletitas saladas, la consecuencia natural es que sintamos un fuerte deseo de beber. Hace algunos años invitamos a unos amigos a almorzar en casa. En el momento cuando sonaba el timbre de la puerta, mi esposa Sherilyn me estaba informando que acababa de descubrir (demasiado tarde) que el plato principal tenía exceso de sal. Lamentablemente, debido a la alegría que nos producía esta visita, nos olvidamos del problema. Nuestra animada conversación continuó en la sobremesa, y charlamos hasta que comencé a sentir una intensa necesidad de líquido. Distraídamente bebí no solamente todo mi vaso de agua, ¡sino

también el de mi amigo! Momentos después percibí mi error cuando él, echando una mirada a su vaso vacío, me solicitó más líquido.

Así como la sal hace que sintamos sed de agua, nosotros deberíamos provocar en la gente la sed del Agua de Vida. No obstante, es oportuno que recordemos que nosotros *no somos* esa "agua viva". Sólo Cristo es el Agua de Vida. Nosotros somos simplemente la sal, el catalizador que invita a otros a ir a la única Fuente que puede satisfacer su insaciable sed espiritual. ¿Hemos pedido a Cristo que aplaque nuestra propia sed espiritual? ¿Qué respuesta darían quienes nos ven día a día y reciben nuestro testimonio? ¿Se sienten atraídos hacia Jesús, o los impulsamos a retirarse de su presencia?

Quizás alguien le haya dicho alguna vez: "Deseo conocer al Dios que usted conoce" o "¿Es realmente Dios la clase de persona que usted representa? Si realmente es así, yo también quisiera entrar en un compromiso de vida con él".

Catalina, una joven cristiana que asistía a una universidad pública, me contó lo que ella hacía para testificar por Cristo en su mundo. Al inicio del año escolar decidió concentrar su acción en las jóvenes que vivían en su internado. Diariamente oraba por cada señorita que vivía en ese piso y aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para escucharlas y demostrarles su preocupación por ellas. Procuraba animarlas y mostrarse amigable. En pocas semanas su hermoso y genuino carácter cristiano logró cautivar a todas las jóvenes que vivían en ese piso, y una a una fueron a compartir con ella sus preocupaciones o hacerle alguna consulta. "Dime, ¿qué es lo que te hace ser así?", le preguntaron. "¡Cómo nos gustaría tener la paz y la alegría que tú posees!"

Ella era como una fuente de inspiración de Dios en medio de sus vecinas, simplemente porque había permitido que Cristo le diera el sabor de la sal. Estuvo dispuesta a ser "salada". La manera amigable como se relacionaba era una especie de atracción hacia Cristo mismo. Sus vecinas comenzaron a estar sedientas del Agua que ella tenía. Como resultado, varias hicieron un compromiso personal con el Cristo que habían visto tan claramente en la vida de Catalina. Imagine cuántas maravillas podrían suceder si estuviésemos dispuestos a ser "salados" por Cristo, como lo estuvo esta joven cristiana. Esto podría suceder en cada escuela, en

cada lugar de trabajo. La gente podría "degustar" nuestra vida y, como resultado, ir a Cristo para beber y aliviar su corazón. Es verdad que "el que bebe del agua viva llega a ser una fuente de vida. El que recibe se transforma en un dador".[2]

Vivimos en un mundo que perece de sed espiritual. Multitudes están tratando desesperadamente de aplacar esa sed por medio del placer, el poder o el prestigio, pero no pueden encontrar verdadera satisfacción. Agustín de Hipona, en sus *Confesiones* tiene palabras siempre oportunas que hablan de esta inmutable verdad: "Tú nos has hecho para ti, y nuestro corazón no tiene reposo hasta que descansa en ti". ¿Adónde irán las personas en busca de ese descanso y esa paz? ¿Acaso existe otro lugar fuera del Agua de Vida? ¿Quién esparcirá esta agua en sus caminos? ¿Acaso no corresponde que esto sea hecho por los cristianos?

Cierta vez, mientras viajaba en avión, me di cuenta de que estaba sentado al lado de un millonario. Al hablar con él, le hice sentir que yo estaba sinceramente interesado en lo que él tenía para decir. Luego de compartir conmigo las grandes cosas que él había hecho y los lugares interesantes que había visitado, con mucho tacto le pregunté si todas esas cosas maravillosas le habían dado la satisfacción de sentirse realizado. Mi pregunta pareció intrigarlo, y permaneció sentado como perdido en su pensamiento por un momento, luego del cual dijo en forma pausada, con cierto dejo de tristeza en su voz: "Me gustaría poder responderle que sí". Buscó mi mirada como si necesitara encontrar la pieza faltante de un rompecabezas y continuó: "Usted no va a creer lo que le digo, pero a pesar de todo lo que tengo, aún hay algo importante que me está faltando y no creo que pueda conseguirlo". Mientras yo continuaba escuchando comencé a orar silenciosamente para que Dios me ayudase a ser el tipo de sal que provocara en mi compañero de asiento una tremenda sed por el Salvador.

¿Quién más (o qué más) puede satisfacer el profundo anhelo de sentido y satisfacción en la humanidad? ¿Qué respuestas perdurables podríamos presentar a las personas lastimadas y sin Cristo? La inquietud espiritual humana está indicando una grieta fundamental entre el hombre y su Hacedor, y su sed es de algo que está más allá de él mismo. La gente puede buscar a tientas ese "algo" en el humanismo secular, en el ocultismo, en las religiones orientales y en el reciente movimiento de la Nueva Era.

Keller describe los vanos intentos humanos por encontrar esto cuando dice: "Muchas de las masas que están hipnotizadas por la falsas filosofías del hombre moderno, perciben muy poco de la deslustrada desesperación del humanismo, el absoluto vacío de las filosofías evolucionistas, el espantoso tedio de las falsas enseñanzas que las llevan sin esperanza hacia ningún sitio".[3]

Elena de White hace énfasis en que "no hay agente humano que pueda proporcionar lo que satisfaga el hambre y la sed del alma... No necesitamos apagar la sed en riachuelos superficiales; porque tan sólo un poco más arriba de nosotros se encuentra el gran manantial de cuyas aguas abundantes podemos beber libremente".[4]

En *segundo* lugar, la sal realza el sabor de los alimentos. Para quienes vivimos en el mundo occidental, no es fácil apreciar cuánto valor tiene la sal para hacer que un opaco y monótono menú sea aceptable a los millones de pobres alrededor del mundo. Algunas veces he oído quejas de los estudiantes en relación con la comida servida en los colegios con internado. Cuando escucho dichas cosas no puedo menos que comparar nuestros alimentos con los de las personas que he visto en otros lugares. Muchas veces tienen sólo maíz, mandioca o arroz todos los días, y a veces ni siquiera lo suficiente para calmar el hambre del día. Pongámonos en su lugar: nos resultaría casi imposible tragar diariamente esa monótona dieta sin la preciosa sal que la transforma en algo más apetecible.

Al notar a nuestro alrededor gente que apenas consigue mantenerse, recordamos la conocida frase de Henry Thoreau: "La gran mayoría de los hombres vive en silenciosa desesperación". Procuran una y otra vez sazonar su rutinaria existencia con emociones de nuestro mundo que son simplemente temporarias, sólo para quedar con un mal gusto en la boca.

Recientemente, un padre me comentó que se le estaban acabando las ideas para mantener a sus dos hijos alejados del aburrimiento. Completamente exhausto confesó que no sabía qué hacer en lo sucesivo. Me buscó aquel día porque sus hijos se habían quejado: "Papá, no podemos aguantar más este aburrimiento, ¿por qué no hacemos algo divertido"? Después de esto le dieron un "ultimátum": "Si las cosas no cambian por aquí, nos iremos por ahí a gozar de la vida". El padre los miró confundido y con-

testó en un tono meditativo: "¿Creen que podríamos hacer una fiesta divertida día por medio?" El comprendió que las especias de este mundo no los mantendrían realmente felices.

El sabor que la sal produce en los alimentos simboliza la vitalidad, el placer, la esperanza, y la alegría de Cristo que los cristianos "salados" transmiten a la exánime y desesperanzada sociedad. Nuestra vida está para dar coraje, ánimo y entusiasmo a otras vidas. Elena de White describe el sabor de la sal como representando "la fuerza vital del cristiano, el amor de Jesús en el corazón, la justicia de Cristo que compenetra la vida".[5]

Las personas lucharán contra las sobrecargas si pueden tener la esperanza de que realmente habrá una luz al final del túnel. Víctor Hugo, el renombrado autor francés, escribió: "El hombre vive por ánimo más que por pan". Mark Twain se hizo eco de una idea similar al decir: "Puedo vivir dos meses gracias a un buen cumplido".

¿Qué ánimo podemos encontrar en este desalentado mundo? ¿Cómo se sentiría usted si no hubiera absolutamente ningún propósito ulterior ni sentido en su vida, si no existiese salvación de nuestro dilema humano ni esperanza más allá del presente? William Shakespeare escribió en su pieza teatral *Macbeth*: "¡Apágate, vela de corta duración! La vida es una sombra que camina, un pobre actor que se pavonea y se luce en el palco de la vida y luego desaparece; es una historieta contada por un idiota, lleno de sonido y de furia que nada significa".

Felizmente, esta filosofía pesimista no es verdad. Cristo, por medio de sus agentes "salados", proveyó este máximo propósito, ánimo y esperanza. Keller amplía este concepto al decir: "El pueblo de Dios es realista. Reconocemos que estamos en una sociedad putrefacta. Vemos corrupción y podredumbre por todas partes. Empero, en medio de la confusión, nuestro espíritu se eleva en esperanza, porque nuestra confianza no está en la comunidad del hombre sino en la bondad y la gracia de nuestro Dios... Podemos mirar hacia arriba y ver las estrellas mientras que otros sólo miran hacia abajo y ven el lodo".[6]

De todos los grupos de creyentes, los seguidores de Cristo deberían ser los que den mayor ánimo, los más alegres y felices de este mundo. Tenemos buena razón para ello. Por otro lado, si estamos de cara larga, si somos críticos y pesimistas, revelamos que

la sal en nuestra experiencia personal ha perdido su sabor. Poner en evidencia el sabor en la vida de las personas significa relacionarnos con ellos como lo hizo Jesús, es decir, enfocando y reafirmando lo que es positivo en ellos. Este fue el método de Cristo. "En cada ser humano percibía posibilidades infinitas... Al mirarlos con esperanza, inspiraba esperanza... En su presencia, las almas despreciadas y caídas se percataban de que aún eran seres humanos, y anhelaban demostrar que eran dignas de su consideración".[7]

Posiblemente al llegar a una nueva iglesia, usted ya habrá sido advertido por alguien de que tenga cuidado con ciertos hermanos. También escuchamos esta advertencia al comenzar un nuevo trabajo. He tenido ambas experiencias. Pero en lugar de pensar lo peor de dichos individuos, he procurado pensar lo mejor de ellos. Los he escuchado y los he tratado con amor y respeto. He procurado enfatizar lo que era positivo y discernir sus potencialidades para lo bueno y para el crecimiento.

El apóstol Pablo asocia la sal con palabras amenas y elegantes cuando dice: "Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno" (Col 4: 6). Hablar con bondad y seguridad es algo bastante difícil para muchos de nosotros debido a nuestras actitudes críticas hacia los demás. Por esta razón es que precisamos, por la gracia de Dios, el consejo: "Cultivad la costumbre de hablar bien de otros. Espaciaos en las buenas cualidades de aquellos con quienes os asociáis y notad tan poco como sea posible sus errores y faltas. No podemos vivir de la hojarasca de los defectos y faltas de los demás... El mismo acto de buscar mal en los demás desarrolla mal en los que lo buscan".[8]

Como ya lo mencioné, me preocupé por descubrir las mejores características en las personas de quienes me habían hablado con recelo, y muy pronto llegamos a ser buenos amigos. Quienes me habían hecho el comentario de alerta no estaban equivocados en lo que me dijeron. Casi siempre dieron exactamente en el blanco. Los habían analizado muy bien; pero mi primera misión, como persona "salada" no es la de determinar cómo es la gente, sino relacionarme de tal manera que pueda rescatar lo mejor de ellos y no destacar lo peor. Incluso, tratándose de nuestros colegas, tenemos

la tendencia a ver sus rasgos positivos como algo natural y raramente les expresamos nuestro aprecio por eso.

Sin embargo, somos veloces para censurarlos y condenarlos si tropiezan de algún modo, y actuamos como si hubiésemos olvidado todo lo bueno que hay en ellos debido a este único defecto que acabamos de percibir. ¡Cómo me gustaría que fuésemos más equilibrados y justos en esta tan importante faceta del relacionamiento humano! En verdad, no debemos ignorar sus errores, pero mirémoslos en el contexto de las innumerables y significativas ocasiones cuando ellos nos fueron de ayuda. En lugar de permanecer silenciosos cuando las cosas están yendo bien, y expresarnos solamente cuando vemos que algo marcha en forma diferente a nuestra voluntad o erradamente, no olvidemos nunca que nuestra misión debe ser animadora, elevadora y salvadora.

Cierta vez, mientras visitaba una escuela, tuve el privilegio de pasar algún tiempo en compañía de una maestra de edad avanzada. Mientras escuchaba su descripción de los largos años de servicio abnegado, sus palabras me conmovieron. Sin pensarlo, me encontré diciendo lo siguiente: "Realmente aprecio mucho el amor que usted dio durante todos estos años a nuestros pequeñuelos".

Con lágrimas de gratitud que rodaban por sus mejillas, ella respondió: "¡Muchas gracias! Usted es una de las pocas personas que se han tomado tiempo para visitarme y expresarme su agradecimiento".

Vivimos en un mundo que no solamente es insípido, sino muchas veces es amargo. Mis padres usaban sal para "curar" el gusto amargo de las aceitunas que cosechaban de nuestro huerto de olivos. La transformación siempre lograba maravillarme. De algo amargo a algo sabroso. La sal puede transformar algo tan amargo como las aceitunas verdes en un alimento con buen sabor. Este es precisamente el impacto transformador que Jesús quiere que produzcamos en nuestro mundo. Como sal de la tierra, transformemos un mundo amargo en un mundo mejor.

Alguno podría decir que sólo necesitamos proclamar el evangelio sin preocuparnos por la manera como lo presentamos. Importa el qué, pero no el cómo. Sin embargo, el sabor es algo positivo, atrayente y apetecible. Por consiguiente, nuestra misión, como la sal, es presentar el evangelio de Cristo de manera tan atractiva y tentadora que la gente se sienta constreñida a aceptarlo. Es-

te era el método de Cristo, el que él desea que sigamos. "El presenta sus bendiciones en los términos más seductores. No se conforma con anunciar simplemente estas bendiciones; las ofrece de la manera más atrayente, para excitar el deseo de poseerlas".[9]

En *tercer* lugar, la sal derrite el hielo. Durante el invierno la esparcimos en las veredas donde se ha acumulado hielo, para que éste se derrita. Cuando las partículas de sal entran en contacto con el hielo es como si generaran calor, con lo cual el hielo se derrite. De la misma manera, si el fuego del amor de Cristo ardiera en nuestra vida, muy pronto todos podrían sentir el calor de su energía. Comentando Mateo 5: 13, Elena de White hace alusión al sabor espiritual que transmitimos a nuestro alrededor cuando somos sal para la gente: "Nos acercaremos a ellos hasta que su corazón sea enternecido por nuestro amor y nuestra simpatía desinteresada. De los creyentes sinceros mana una energía vital y penetrante que infunde un nuevo poder moral a las almas por las cuales ellos trabajan".[10]

Vivimos en un mundo que muchas veces es frío, insensible e indiferente. No es de maravillarse, entonces, que cuando mostramos genuino amor y consideración hacia los demás, sin que nada especial nos mantenga ligados a ellos, se inquieten y se sorprendan agradablemente. Sin embargo, el mundo tiene el monopolio de la frialdad. Incluso, muchas iglesias son frías. ¿Cómo puede ser? Ciertamente Cristo es una persona efusiva, que da calor, y no puede residir en nuestra vida sin exteriorizar su calor y amor mediante nosotros. Por eso, cuando nos encontramos frente a un cristiano frío, o entramos en una iglesia fría, no podemos evitar sentir la ausencia de Cristo en el corazón de la hermandad.

Si no estamos calentando este frío témpano de hielo, dándole vida a este mundo agonizante, entonces éste nos está congelando a nosotros hasta hacernos morir. Una vez pasé por una vieja y destartalada casa; el techo y algunas paredes habían desaparecido. Al venir de afuera, donde soplaba un viento helado, pude notar que todo parecía curtido por la intemperie y ruinoso, excepto el hogar de ladrillos que aún estaba en pie en un rincón de lo que había sido la sala. A medida que me aproximaba al rincón pude ver que estaba bien conservado. En el fondo aún había algunos troncos, pero alrededor se había formado hielo.

Así también sucede con los cristianos y las iglesias frías. El

hogar de nuestra vida parece estar en buenas condiciones, con una sólida chimenea y lleno de leña en su interior, pero sin el fuego del amor de Cristo encendido en nuestro corazón estaremos fríos y sin vida. El resultado es devastador. Produce chasco en los otros, por cuanto ellos realmente esperan encontrar en nosotros (que nos proclamamos seguidores de Cristo) amor y calor cristianos, pero, lamentablemente descubren que carecemos de él. Enseguida se dan cuenta de que somos sólo fachadas sin fuego interior. "Una religión fría y sin sol nunca atraerá almas a Cristo. Las ahuyenta de él, induciéndolas a acercarse a las redes que Satanás tendió delante de los pies de los que se extravían".[11] ¡Ojalá que el fuego de su amor pueda derretir la frialdad de nuestros propios corazones y hogares y, encendidos por él, podamos calentar a quienes están helados a nuestro alrededor!

En *cuarto* lugar, la sal lleva curación. En tiempos de Cristo, la sal frecuentemente era un remedio efectivo y conveniente contra las infecciones. Hoy no apreciamos el valor medicinal de la sal común. ¿Por qué preocuparnos por ella cuando tenemos farmacias y droguerías repletas de toda clase de medicamentos?

Como niño que creció cerca de las márgenes del mar Mediterráneo, aprendí acerca de la efectividad de las aguas saladas para luchar contra heridas o cortes que supuran. Largas horas de natación en el mar aparentemente aceleraban el proceso de curación. Incluso, actualmente reconocemos los beneficios de las gárgaras de agua tibia con sal para detener resfríos y dolores de garganta.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los heridos pasajeros del barco Athenia sobrevivieron gracias a que se sumergían regularmente en agua salada. Charles Bowen, el hombre que estaba a cargo del rescate dio la orden de hacer este tratamiento luego del ataque alemán. Como todos los medicamentos se habían terminado, debían encontrar algún medio de cuidar a los heridos. Ni un solo pasajero murió, y Bowen fue reconocido por haberlos salvado gracias al agua salada.[12]

Diariamente vemos personas heridas y fracturadas, golpeadas por las luchas de la vida, y muchas de ellas están a nuestro alrededor. Difícilmente hablaremos con alguien que no nos haga saber los momentos difíciles que está enfrentando y la manera como se esfuerza por hacerlo. La gente lucha contra la desconfianza, la depresión, la desesperación, la insensibilidad, la traición y fragmen-

tación, y sucumbe frente a sueños rotos y a esperanzas desvanecidas.

Constantemente me siento maravillado al ver cómo la gente puede soportar tantos y tan severos ventarrones. Esto no involucra solamente a los que están fuera de la iglesia. Los miembros de iglesia enfrentan un incremento de sobrecarga de problemas. Esta es la razón por la que los cristianos no debemos limitarnos a llegar a los no creyentes, sino también alcanzar a cada uno de los que encontramos a lo largo del camino de la vida, que pueda estar necesitando del amor de Cristo, y manifestarlo mediante nuestra vida.

La iglesia debería ser un refugio donde la gente golpeada encontrara cura y restauración en Cristo y su pueblo. El ministerio de Cristo debe ser nuestro ministerio, ya que el Padre nos confió la misma responsabilidad que le dio a su Hijo: el ministerio de reconciliación para el mundo quebrantado (2 Cor. 5: 18-20). Cristo describe su misión para con la humanidad al declarar: "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel" (Isa. 61: 1).

Esta es la razón por la cual me gusta la figura que describe la iglesia como un hospital para pecadores, y no como un museo para santos. ¿Pueden ustedes imaginar un paciente que es internado en un hospital con equipos modernos, que cuenta con personal calificado, pero donde no haya nadie que lo reciba, lo cuide o le administre tratamiento? Si hablamos con cualquier médico o enfermera, nos dirán que ni bien llega una persona herida al hospital, procuran por todos los medios que el paciente se restablezca. Lograr una rápida recuperación pasa a ser una prioridad. En realidad, éste es el único propósito de la existencia del hospital.

¿Y qué decir de la iglesia? ¿Se trata realmente de un hospital para contusionados y fracturados? ¿Están canalizadas todas nuestras energías en la recuperación espiritual? ¿Por qué algunas veces ni siquiera logramos llegar con seguridad y sanamiento a nuestros propios miembros de iglesia? Ellos permanecen en la iglesia por años junto a nosotros sin experimentar ningún tipo de mejora o recuperación espiritual. Algunas veces, incluso, dejan la iglesia sin sentir el amor genuino del cual tanto hablamos, un amor que se

manifiesta naturalmente en actos concretos de bondad y amistad. Jesús dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Juan 13: 35). "El Salvador dio su preciosa vida para establecer una iglesia capaz de atender a los que sufren, a los tristes y a los tentados".[13]

Investigaciones recientes, llevadas a cabo por Roger Dudley y Harold West para determinar por qué algunos adventistas abandonan la iglesia, mostró claramente que la razón más mencionada estaba relacionada con la forma como la iglesia los trataba.[14] En un artículo titulado "The Missing Tell Us Why" [Los apóstatas nos cuentan por qué] incluyeron una conmovedora carta anónima escrita por alguien que abandonó la iglesia. Dice así: "Para la mayor parte yo era alguien sin nombre, tenía un rostro que pasaba inadvertido... La iglesia puede ser doctrinalmente pura, pero, por favor, permitan que esta doctrina sea brillantemente enriquecida con un amor que se manifieste naturalmente mediante sonrisas de bienvenida, calurosos apretones de mano, interés y amistad".[15]

Podemos citar muchas otras funciones de la sal que ilustran la testificación cristiana. Haremos alusión a algunas de ellas en los siguientes capítulos. ¡Jesús usó un símbolo repleto de significación para describir su influencia mediante nosotros en este mundo! Sin bombos ni platillos, silenciosamente la sal toma la iniciativa, penetrando, invadiendo. Está esparcida en los alimentos (no viceversa), de tal manera que debemos tomar ya la iniciativa de alcanzar al mundo que tan desesperadamente necesita de Cristo.

Ofrezcamos el Agua de Vida a un mundo sediento. Hagamos resaltar su sabor y vitalidad en este planeta insípido. Transmitamos a un mundo frío e indiferente el calor del amor de Cristo. Ofrezcamos curación y restauración a un mundo lastimado y fracturado. Permitamos que Cristo nos "sale" para que a la vez podamos "salar" a otros. Bonhoeffer interpreta las palabras de Cristo "ustedes *son* la sal" en un sentido de esencia, no de tenencia. No dijo "ustedes *tienen* la sal".[16]

La testificación no es el simple resultado de un documento de procuración ni la consecuencia de compartir algo que tenemos. Es el resultado de darnos a nosotros mismos. Somos la sal, y así como la sal se da a sí misma, nosotros también debemos darnos a nosotros mismos. Verdaderamente, el darnos a nosotros mismos en servicio a otros es el mayor y más tangible amor de Cristo.

"Cuando se lo alberga en el corazón, este amor endulza la vida entera y vierte sus bendiciones en derredor. Esto, y únicamente esto, puede convertirnos en la sal de la tierra".[17]

Referencias

[1]W. Phillip Keller, *Salt for Society*, p. 96.

[2]EGW, *MC*, p. 70.

[3]Keller, *Ibíd.*, p. 110.

[4]EGW, *DMJ*, pp. 21, 22.

[5]*Ibíd.*, p. 34.

[6]Keller, *Ibíd.*, pp. 111, 112.

[7]EGW, *Ed.*, p. 80 (ed. ACES).

[8]EGW, *OE*, p. 493.

[9]EGW, *DTG*, p. 766.

[10]EGW, *DMJ*, p. 34.

[11]EGW, *OE*, p. 492.

[12]Keller, *Ibíd.*, pp. 116, 117.

[13]EGW, *MC*, p. 73.

[14]Monte Sahlin, "Where Are our Missing Members?" [¿Dónde están nuestros feligreses que han apostatado?], *Adventist Review*, 4 de mayo de 1989, p. 19.

[15]William G. Johnsson, *Adventist Review*, 7 de septiembre de 1989, p. 10.

[16]Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, p. 130.

[17]EGW, *DMJ*, p. 35.

CAPITULO
TRES

SOLAMENTE EL METODO DE CRISTO

Cuando soy invitado a dirigir clases de testificación, muchos me dicen que se abstendrán de emitir juicio en relación con lo que voy a presentar, pues en el pasado han escuchado muchas cosas que luego no les sirvieron para nada. Lanzándome una mirada irónica agregan: "Realmente esperamos que su propuesta de testificación sea diferente, que surta efecto".

No voy a presentar mi plan ni el plan de otra persona o institución, sino voy a presentar ¡el plan de Cristo! El único que tiene el éxito garantizado.

Rebecca Pippert dice por qué ella lamenta tanto que nuestras actividades de testificación sean improductivas: "Creo que mucho de nuestra evangelización no es efectivo porque dependemos demasiado de técnicas y estrategias. La evangelización parece haberse convertido en una tienda. Estoy convencida de que debemos mirar a Jesús y la calidad de vida que él nos propone como un modelo en el cual podemos confiar, y que nos orienta respecto de cómo alcanzar a otros".[1]

Precisamente, ¿en qué consistía el plan o método de Cristo? Déjenme compartir con ustedes sus puntos específicos y analizar la manera de llevarlo a la práctica. Esto puede transformar y revolucionar nuestra testificación por Cristo. Simple y altamente efectivo, es una verdadera expresión del carácter de Cristo y trasciende tiempo, cultura, raza, religión y geografía, pues tiene

una atracción universal. Es la ilimitada y segura manera de Cristo de encontrar el sendero que llega al corazón humano.

Elena de White describe los peldaños del método de Cristo de la siguiente manera: "Sólo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: 'Seguidme' ".[2]

Con demasiada frecuencia somos distraídos por sofisticados planes de testificación, y pasamos por alto o descuidamos el sencillo método de Cristo, tan lleno de sentido común. Es triste decirlo, pero es difícil encontrar sentido común en los altamente organizados planes que prevalecen hoy. Frecuentemente, la tendencia que manifiestan dichos planes es enfatizar tanto las tareas como el resultado final, en lugar de centrarse en la persona y el proceso. Robert Coleman, profesor de evangelización del Asbury Theological Seminary, afirma que el método de Cristo "no fue desaprobado; simplemente fue ignorado. Ha sido enfocado como algo para recordar y veherar del pasado, pero no para ser tomado seriamente como una regla de conducta en el presente".[3]

"Somos tardos en comprender cuán necesario es entender las enseñanzas de Cristo y sus métodos de trabajo".[4] Al destacar el hecho que Cristo ya eligió su método para terminar su obra, y que no nos corresponde reemplazarlo por otro, Bonhoeffer dice: "Felices aquellos cuyas obligaciones son determinadas por este tipo de preceptos y, por consiguiente, están libres de la tiranía de sus propias ideas y cálculos".[5]

En el plan de Cristo estaba primera y principalmente la gente. El no comenzó su ministerio publicando toda clase de actividades y reuniones tendientes a alcanzar al mundo, sino eligió lo que los líderes judíos describieron como "hombres sin letras y del vulgo" (Hech. 4: 13) para llegar a las multitudes. El invirtió su tiempo, sus ideas y su esfuerzo en ellos, equipándolos para hacer su trabajo. Su personalidad los modeló de tal modo que, incluso quienes los criticaban y los acusaban de ser ignorantes, "reconocían que habían estado con Jesús" (vers. 13). Al estar con Cristo, los discípulos emularon a su Maestro, interiorizando su ejemplo de testificación en sus vidas.

Coleman, describiendo los métodos de testificación de Cristo

escribió: "La evangelización era vivida en la presencia de ellos en espíritu y en técnica. Al mirar a Jesús, ellos aprendieron qué significaba. El los guió para reconocer la necesidad inherente en toda clase de gente, y el mejor método para aproximarse a ella. Los discípulos observaron cómo atraía a sí a la gente; cómo ganaba su confianza y les inspiraba fe; cómo les abría el camino de la salvación y los llamaba a una decisión... Su método era tan real y práctico que surgía en forma natural".[6]

Llama la atención cuánto se asemeja la descripción que Coleman hace del método de testificación de Cristo a lo dicho por Elena de White, y que fue citado al comienzo de este capítulo. Ambos autores parecerían indicar que si no perseveramos en seguir el ejemplo de Cristo en su trabajo personal, acabaremos desplazándolo con nuestros propios planes e instituciones. Esto sofocará todo tipo de amor y compasión genuinos, alejándolos de nuestra vida y nuestro testimonio.

Elena de White alerta: "En todas partes hay tendencia a reemplazar el esfuerzo individual por la obra de las organizaciones. La sabiduría humana tiende a la consolidación, a la centralización, a crear grandes iglesias e instituciones. Muchos dejan a las instituciones y organizaciones la tarea de practicar la beneficencia; se eximen del contacto con el mundo, y sus corazones se enfrían. Se absorben en sí mismos y se incapacitan para recibir impresiones. El amor a Dios y a los hombres desaparece de su alma".[7]

Wayne McDill se refiere a esta carencia de un toque de amor personal y humano en la testificación como "el ingrediente ausente". Para enfatizar este asunto cita un estudio realizado en la Universidad de Princeton, que revela que el 50% de los que reaccionaban desfavorablemente hacia la iglesia o la testificación respondían positivamente si la forma de aproximación era la correcta. Haciendo una ecuación entre la "forma correcta" y "el ingrediente ausente", que él define como un relacionamiento humano de amor, agrega: "El evangelio de Cristo no es consistente en una evangelización que busca ignorar o evitar las relaciones personales sinceras. La evangelización será efectiva según el grado de dependencia que establezca y cultive con los relacionamientos significativos".[8] El considera el término "significativos" como "espiritualmente importantes, es decir, el acercamiento por medio del amor, la franqueza, la sinceridad y la preocupación real".[9]

McDill tiene razón. ¿Cómo podríamos saciar la sed del alma humana si dejamos de lado el amor y la simpatía? ¿Cuán buenos son los programas y planes cuando están desprovistos de relacionamiento significativo? Las personas no son máquinas, artefactos u objetos que calcen perfectamente en nuestros esquemas de evangelización. Ellos saben si nosotros los amamos genuinamente o no. Dios no los ve como objetos para manipular, sino como sus preciosos hijos, a quienes ama sobremanera y en quienes invirtió la vida de su Hijo.

Ojalá él nos poseyese tan completamente que las personas con quienes nos asociamos pudieran sentir, sin lugar a equívocos, que él está revelando su gran amor mediante nuestra vida. Esta es la única manera como Dios puede honrar nuestro humilde esfuerzo. Nos garantiza el éxito en la medida en que llevemos a la práctica su método de testificación en nuestra vida diaria.

Otros métodos pueden darnos resultados cuando los miramos desde la limitada perspectiva humana, pero sólo el método de Cristo puede resultar en un verdadero éxito. Por consiguiente, cualquier verdadero esfuerzo para lograr una testificación exitosa debería originarse y crecer en base al método de Cristo. Si el Salvador ministra mediante nuestra vida consagrada —mente, manos y corazón—, y nos identificamos con él tanto en carácter como en la manera de aproximarnos a las personas con quienes entramos en contacto, éstas desearán entrar en contacto con él.

Jesús pasa a ser el testigo supremo al revelarse en nuestras palabras y acciones, y la posibilidad de éxito real dependerá del grado en que dejemos que nuestro yo decrezca para que él crezca continuamente en nuestra vida. "Todo obrero que trata con éxito con las almas debe entrar en el trabajo despojado del yo".[10] Cuando la sal se mezcla con el alimento, en cierto sentido se anula a sí misma. Al realizar su tarea se disuelve y desaparece. El comensal detecta solamente el alimento y no la sal. Del mismo modo, no debemos promover de ninguna manera el yo, pero discretamente debe concentrarse tanto en Cristo como en la persona en la que estamos tratando de influir con nuestra testificación.

Lo que debe animarnos es saber que cuando olvidamos el yo y nos concentramos en Cristo, cuando caminamos y trabajamos con él, nos damos cuenta de que no necesitamos preocuparnos por el resultado. En su lugar, experimentamos un sentido de liberación

en él que nos concede espontaneidad y nos da poder al testificar. "No necesitan cargarse de ansiedad por el éxito".[11]

Cierta vez me encontré con un evangelista tan sobrecargado por su tarea, que daba la impresión que ésta lo estaba destruyendo casi por completo. Los que trabajaban con él también habían llegado a estar sombríos y desalentados. "Amigo, por favor recuerde que ésta es la obra del Señor y que él es quien está a cargo de ella", le dije cierto día. "Debemos ser obreros fieles, pero, ¿cómo podemos atraer a la gente hacia Cristo si tenemos semejante estado de ánimo?"

Debido a que desde la niñez estamos condicionados a temerle al fracaso, procuramos probarnos a nosotros mismos y lograr el éxito a toda costa. Parecería que la sociedad no nos acepta por el simple hecho de ser personas, sino que exige que nos destaquemos en algo. A veces, ni siquiera intentamos algunas cosas sólo porque tememos que puedan terminar en un fracaso. Esto es triste cuando pensamos en las grandes cosas que podríamos haber hecho si simplemente lo hubiésemos intentado.

Naturalmente, una actitud tal se revela hasta en nuestra testificación. Muchas veces no testificamos porque agrandamos nuestra ineficacia en lugar de mirar la suficiencia de Cristo. Nos preocupamos por lo que "debemos" decir, por lo que otros podrían pensar de nosotros, o imaginamos que seremos mal interpretados o ridiculizados.

McDill detecta tres categorías de temores a las que todos los que testificamos debemos hacer frente: (1) Miedo a la insuficiencia, (2) miedo al rechazo y (3) miedo al fracaso.

Seguidamente, este autor comenta los remedios espirituales prácticos que el apóstol Pablo da en 2 Timoteo 1: 7: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" para fortalecernos contra dichos miedos. (1) El poder de Dios eliminará el temor y la insuficiencia; (2) el don del amor eliminará el miedo al rechazo; y (3) el don del dominio propio quitará el miedo al fracaso.[12]

Elena de White señala claramente la razón fundamental del fracaso de quienes testifican: "Están trabajando por el bien de otros; sus deberes apremian, sus responsabilidades son muchas, y permiten que su trabajo ocupe hasta el tiempo que deben a la devoción. Descuidan la comunión que deberían sostener con Dios

por medio de la oración y el estudio de su Palabra... Andan lejos de Cristo; su vida no está saturada de su gracia y se revelan las características del yo. Su servicio se echa a perder por el deseo de la supremacía y el trato áspero y falto de bondad del corazón insubordinado. He aquí uno de los principales secretos del fracaso en la obra cristiana".[13]

Debemos tener siempre en mente que nuestra definición de éxito puede ser diferente de la de Dios. En nuestro finito entendimiento humano, lo que sentimos como fracaso puede ser éxito para él; y lo que interpretamos como éxito puede ser fracaso ante sus ojos. Cierta vez, una hermana de iglesia vino a mí lamentándose de su total fracaso al testificar. Cuando le pregunté por qué se sentía así, me explicó con frustración: "Trabajé muy duramente durante cinco meses estudiando la Biblia con una señora, pero sin éxito". Al insistir que me diera información más específica, comentó con cierto desánimo en su voz: "Bueno, ella decidió no bautizarse, por lo que yo fracasé, ¿no le parece?"

Cuando le pregunté si al menos había nacido una amistad entre ellas, me contestó: "Sí, somos muy buenas amigas". Luego le pregunté si habían aprendido en la Biblia algo más acerca de Dios y si habían crecido espiritualmente juntas. "¡No solamente eso, sino que, además, por primera vez su vida mi amiga aceptó a Cristo!"

Testificar es una experiencia total, no se trata sólo de un fragmento que enfoca el resultado final e ignora a la persona y al proceso. Esa señora tenía éxito, pero no lo reconocía. Al ganar la confianza de la mujer y llegar a ser buenas amigas, ella le enseñó de Cristo y la Biblia. La guió a aceptar al Señor y ambas maduraron espiritualmente. El cristiano necesita aceptar que el proceso de testificar tiene éxito y valor en sí mismo. Pero esa dama no estaba lista aún para unirse a la iglesia por medio del bautismo. Probablemente más adelante tomara esa decisión. Jesús estaba usando su método mediante esta hermana de iglesia para conducir a su amiga al bautismo sin socavar su libertad de elección. ¿Qué otra cosa podemos hacer tanto él como nosotros?

Daniel Taylor, del Bethel College, señala que no es tan simple medir el éxito cuando se trata de la influencia que ejercemos en otras vidas para acercarlas a Cristo. No deberíamos perder nuestro tiempo tratando de imaginar qué acciones en particular producen

eternas consecuencias. "Es imposible medir las consecuencias de cualquier acción, se trate de una palabra casual, de un estímulo o de una condenación... Podemos sentirnos aliviados de esa compulsión de realización temporal. Entonces tendremos una concepción diferente de éxito".[14]

Taylor ilustra la naturaleza del verdadero éxito al señalar la obra de Thoreau y de la Madre Teresa. "Thoreau nos muestra convincentemente que el éxito es en realidad fracaso si anula nuestra verdadera naturaleza y nuestras necesidades. Sólo a la luz de este concepto podemos entender cómo la Madre Teresa, que lleva el amor de Dios a los más humildes entre los humildes, es más digna de ser envidiada que Madonna. Lo mismo sucede con algunos siervos de Dios que nadie conoce pero que son más exitosos que muchos grandes autores o artistas que admiramos".[15]

Después de afirmar que mucho de la ayuda que damos a quienes están a nuestro alrededor no será reconocida en este mundo, pero nos asegura el mayor éxito delante de Dios, Elena de White explica: "Como Redentor del mundo, Cristo arrostraba constantemente el fracaso aparente. Parecía hacer poco de la obra que él anhelaba hacer para elevar y salvar... Pero él no quería desalentarse... Sabía que la verdad iba a triunfar finalmente en la contienda con el mal".[16]

La sierva de Dios nos insta a seguir el ejemplo del Maestro y a no pensar que hemos fracasado cuando no vemos resultados inmediatos. Tratemos de mirar más allá de la situación presente y confiar en que Dios nos da verdadero éxito. "La vida de los discípulos de Cristo ha de ser como la suya, una serie ininterrumpida de victorias, no tenidas por tales aquí; pero serán reconocidas como tales en el gran más allá".[17]

Solamente el método de Cristo nos dará el verdadero éxito; ese éxito que desde la perspectiva de Dios es genuino e imbuido de su Espíritu. Debería ser el alma y el aliento de vida de todas y cada una de las actividades de evangelización.

La testificación verdadera y efectiva no es la realizada mediante planes sofisticados, sino mediante personas vacías del yo y llenas de Cristo, que llenará dichos planes con su amor y poder. "Esta es la nueva evangelización que necesitamos. No se trata de mejores métodos, sino de mejores hombres; hombres que conocen a su Redentor no por rumores; hombres que tienen la visión y

la pasión de su Redentor por el mundo; hombres que están deseosos de ser nada para que el Redentor pueda ser todo; hombres que no desean otra cosa que ver reproducidos en su vida y, mediante ellos, en otros el placer y la voluntad de Cristo".[18]

En los próximos capítulos examinaremos cada peldaño del método de Cristo. Como preparación para ello, recordemos la propuesta de Elena de White. Para lograr una referencia más fácil organizaremos esa propuesta en seis niveles progresivos:

1. Cristo se mezcló con la gente deseando su bien.
2. Cristo simpatizó con ellos.
3. Cristo suplió sus necesidades.
4. Cristo ganó su confianza.
5. Cristo los invitó a que lo sigan.
6. Cristo prometió hacerlos "pescadores de hombres" (Mat. 4: 19).

La sierva del Señor nos asegura que siguiendo el ejemplo de Cristo al tratar de alcanzar a la gente, obtendremos verdadero éxito pues "acompañada del poder de persuasión, del poder de la oración, del poder del amor de Dios, esta obra no puede fracasar".[19]

Referencias

[1]Rebecca Pippert, *Out of the Saltshaker*, p. 13.

[2]EGW, *MC*, p. 102.

[3]Robert Coleman, *The Master Plan of Evangelism*, p. 112.

[4]EGW, *CM*, p. 377.

[5]Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, p. 228.

[6]Coleman, *Ibíd.*, pp. 78, 79.

[7]EGW, *MC*, pp. 105, 106.

[8]Wayne McDill, *Making Friends for Christ*, pp. 13, 14.

[9]*Ibíd.*, p. 15.

[10]EGW, *TM*, p. 168.

[11]EGW, *CC*, p. 83.

[12]McDill, *Ibíd.*, pp. 98, 99.

[13]EGW, *PVGM*, p. 32 (ed. PPPA).

[14]Daniel Taylor, "The Fear of Insignificance", *Signs of the Times*, noviembre de 1989, p. 31.

[15]*Ibíd.*

[16]EGW, *OE*, p. 531.

[17]*Ibíd.*, p. 532.
[18]Coleman, *Ibíd.*, pp. 102, 103.
[19]EGW, *MC*, p. 102.

CAPITULO
CUATRO

CRISTO, EL ACOMPAÑANTE

Cuando era joven sentí muchas veces la convicción de mi deber de hablar a otros acerca de mi fe. Aún recuerdo la culpa que me asaltaba al eludir mis responsabilidades religiosas. Cuando estos sentimientos de culpabilidad aumentaban a niveles insoportables (cada pocos meses), me aventuraba temerosamente a ir a algún barrio y distribuir folletos. Totalmente reservado y lastimosamente tímido, encontraba que esa tarea de relacionarme con gente nueva era especialmente dolorosa.

Cuando los integrantes de nuestro equipo de visitación se apiñaban uno al lado del otro para orar pidiendo ayuda a Dios para testificar, yo rogaba silenciosamente pidiéndole que en las casas adonde me tocara ir no hubiese nadie. Quería dejar discretamente el folleto en la puerta y silenciosamente desaparecer. Una tarde, mientras iba de puerta en puerta golpeando muy suavemente, esperando pocos segundos para dejar el folleto junto a la puerta y, precipitadamente, encaminarme a la siguiente casa, sucedió algo que me marcó la vida.

Después de aproximarme furtivamente a una casa, toqué el timbre, introduje el panfleto en una rendija de la puerta y salí corriendo. En ese momento, un hombre corpulento y nada simpático, que aparentemente estaba cerca de la puerta mirándome, apareció en escena y me llamó airadamente. Quería saber por qué me había alejado tan abruptamente, sin siquiera darle la oportunidad de

abrir la puerta. No mencionaré todo lo que él dijo, pero dejó una marca en mí y en mi manera de testimoniar. En ese momento sólo quería esconderme en alguna parte, y me sentí como un fracasado total.

Por eso, cuando la gente comenta cuán natural y desenvuelto parezco al testificar, los sorprendo con experiencias similares a la que acabo de relatar. Descubrí que para que Cristo me usara como su testigo no era imprescindible ser extrovertido. El podía transformarme con su poder y llenarme de su amor. Se necesitan cristianos de todas las personalidades y con toda clase de dones para llegar a todo tipo de individuos. En efecto, sólo cuando desarrollamos y usamos nuestros talentos espirituales y naturales, Cristo puede usarnos más efectivamente. En otras palabras, necesitamos expresar el amor de Dios a otros de una manera que nos resulte cómoda y en un estilo que corresponda con nuestra personalidad. "Dios desea que nuestra alabanza ascienda a él señalada por nuestra propia individualidad".[1] "Obrad con la personalidad que Dios os ha dado. No seáis la sombra de otra persona. Contad con que el Señor obrará en vosotros, con vosotros y por medio de vosotros".[2]

Aún hoy es difícil para mí tomar la iniciativa y acercarme a otros, particularmente si no los conozco. Siempre necesito cierto tiempo para quebrar el hielo que me separa de la gente. Recuerdo cuando iba con un grupo de compañeros de estudio a testificar en un parque de la ciudad. Mientras algunos de nosotros nos debatíamos en nuestro interior sólo para comenzar una conversación informal con alguien, uno de mis compañeros más agresivos y desinhibidos ya estaba caminando en dirección a una madre que se encontraba allí con sus hijos. Las preguntas que él le dirigió eran personales, tenían que ver con su vida: "Si usted muriera hoy, ¿cree que se salvaría o se perdería?" Recuerdo que la mujer comenzó a ponerse nerviosa. Buscó a sus dos hijitos y se alejó del parque. Pero nuestro compañero, no queriendo que su "testimonio" se perdiera, la siguió y continuó disparándole preguntas molestas. Finalmente, la mujer comenzó a correr.

Al regresar, nuestro compañero comentó que había cumplido su deber y que seguramente le había dado a aquella mujer una "amplia posibilidad" de entrar en diálogo con Dios. El problema era que se había obstinado tanto en cumplir su plan, que se tornó

insensible y dejó de ver a la persona. Cuando somos sensibles con la gente y respondemos a sus sentimientos, las personas nos otorgan la posibilidad de relacionarnos con ellas de un modo satisfactorio. ¿Se sienten cómodos o están inquietos? ¿Prestan atención o rechazan lo que les decimos? Es mucho mejor retroceder un poco en nuestro testimonio para dejar la puerta entreabierta para un momento futuro, cuando la persona pueda estar más receptiva.

Un miembro de iglesia que conozco se jacta de la manera como logra entrar por primera vez en contacto con la gente. Siguiendo su táctica, y con un celo mal encaminado, no pierde tiempo en preliminares sino que instantáneamente va al punto. El recalca que cada vez que viaja en avión, ómnibus o tren, o cuando come en un restaurante, se esfuerza por sentarse en un área que tenga lugares vacíos en la proximidad. Cada vez que una persona —llena de ingenuidad— se acerca y pregunta si ese lugar está reservado, sonriendo le contesta "No, no está reservado, pero estoy yo. Por favor siéntese y permítame que le diga todo lo que quiero decirle". No quiero decir que este tipo de aproximación tan directa no sea válido a veces, pero, ¿por qué no presentar el evangelio de la mejor manera posible? ¿No nos sentimos mal al hacer que la gente caiga en una trampa, forzándola a escuchar lo que tenemos para decirle, sin ganarnos primeramente el derecho a ser escuchados?

Este "testimonio" es un ejemplo imprudente de cómo a veces usamos a la gente. Es como afirmar que el fin justifica los medios. Sin embargo, actuar con amor no siempre quiere decir que estamos haciendo lo que es fácil. Algunos echan mano de técnicas como la descripta, porque son mucho más fáciles que escuchar, demostrar interés o comprometerse con otros.

En nuestra sociedad occidental muchos preguntan si algo es *divertido* de hacer, en lugar de si es *correcto*. Naturalmente, acercarnos a otros puede ser entretenido y gratificante, pero ésta no debería ser nuestra principal motivación. El gran amor de Dios para con la humanidad es lo que debe impulsarnos a actuar. ¿Cómo la sal puede ser "la sal de la tierra" si se aísla de la tierra? ¿Cómo la luz puede ser "la luz del mundo" si se oculta de él? Ambos ejemplos de Cristo nos enseñan claramente que debemos asociarnos con el mundo que nos rodea pues su vida ya ha "salado" y "encendido" nuestra propia vida.

Satanás disimula sutilmente la orden tan clara que el Señor nos dio de ser la sal y la luz de esta tierra. El nos mantiene astutamente aislados del agonizante mundo, creando en nosotros una especie de miedo a ser contaminados por éste. Algunos, cómodamente relacionados con sus amigos en la iglesia, llegan a ser totalmente reacios a asociarse con personas que no pertenecen a la iglesia por miedo a que algunos "indeseables" puedan unirse a dicho "club" y disturbar sus relaciones.

El diablo se manifiesta en todo esto, porque él sabe muy bien que la única esperanza de vida que hay para nuestro mundo pecador es la influencia y el poder de Cristo que actúan mediante sus representantes. El sabe muy bien que el lugar de la sal no es el interior del salero, y que la luz no debe esconderse "debajo del almud". Sin embargo, él hace todo su esfuerzo para mantener "encerrados" a los representantes de Cristo. Así, espera lograr una doble meta: que los cristianos dejen de crecer y que priven a otros de su testimonio. De ese modo destruye a ambas partes.

Paul Little escribe: "Cuando el Ministerio de Salud teme estar frente a una epidemia de meningitis, inmediatamente procura aislar el germen infeccioso. Si cada persona enferma permanece en observación, el mal no se difundirá. De la misma manera, una segura prevención contra la propagación del evangelio es aislar a sus portadores (cristianos) de todo contacto con la otra gente. El enemigo de la humanidad intenta hacer exactamente esto al convencernos de que nos unamos y evitemos todo contacto innecesario con los no cristianos, no sea que nos contaminemos también nosotros".[3]

Naturalmente, tomar la iniciativa de acercarnos y entrar en contacto con desconocidos es más fácil para unos que para otros. Siempre me resultó más cómodo asociarme con las personas con quienes compartía el diario vivir: las que me rodeaban en mi lugar de trabajo, las que encontraba en el supermercado, en el banco, en el vecindario u otros que estaban dentro de mi esfera de acción o que se me presentaban en el camino.

No digo con esto que nunca me aproximo a algún desconocido o que siempre necesito ser presentado, pero interesarme en quienes veo con frecuencia es mucho más fácil y fructífero. Debido a que tenemos un punto de contacto con esas personas, ellas —y nosotros también— están mucho menos inclinadas a sentirse

aprehensivas o temerosas. Sea como fuere, un contacto inicial en estas condiciones es más fácil y probable que crezca y se transforme en una relación significativa, especialmente cuando es reforzado por una interacción frecuente.

Igual que cualquier otra actividad que vale la pena, llegar a otros puede ser difícil, especialmente al comienzo. Por ejemplo, hace dos años, usar una computadora parecía una tarea imposible para alguien como yo, que no está orientado hacia el tecnicismo. Ahora, mientras escribo estas palabras en la pantalla de mi computadora, apretando diferentes teclas y manipulando varias funciones, no puedo olvidar mi gran rechazo inicial. Después de bastante práctica y perseverancia, estoy capacitado para trabajar en ella. Esta capacidad me da, al mismo tiempo, alegría, a pesar de que tengo que preocuparse por coordinar varias cosas diferentes para poder dominar la máquina y no caer en un serio problema. Con paciencia y práctica, las tareas que aparentemente eran imposibles se tornaron automáticas.

La gente se asocia con otras personas por diferentes razones. Generalmente lo hace por algún motivo personal y no por razones altruistas. Debido a que tantos han sido manipulados, usados y explotados por inescrupulosos, podemos entender por qué, cuando nos relacionamos con la gente, ésta imagina que estamos buscando algo. Esta es la razón por la que escuchamos la tan familiar pregunta: "¿Cuál es su interés? ¿Qué es lo que usted está buscando? ¿Qué desea en definitiva? ¿Qué quiere a cambio de lo que ofrece? ¿Qué está vendiendo?" Estas preguntas nos ilustran cuán cautelosa se ha puesto la gente como consecuencia de haber sido usada.

La mayoría de nosotros ha vivido la fea experiencia de sentir que alguien nos ha usado o se aprovechó de nosotros. Nos hicieron sentir traicionados. Cierta vez compré un auto nuevo a un vendedor excepcionalmente cortés y amigable. No bien terminó la venta, me trató como si nunca me hubiese conocido, especialmente cuando quise llevar el auto nuevamente para que le hicieran un *service*. ¿No será que a veces actuamos como este vendedor de autos? Salimos fuera de nuestro camino para ofrecerle amistad a una persona, pero cuando se une a la iglesia, o cuando perdemos la esperanza de que lo haga, la dejamos caer como si fuese una papa caliente.

Nunca olvidaré a cierto grupo de jóvenes. Su comportamiento siempre había demostrado que se sentían demasiado importantes para hablar siquiera conmigo. De pronto, se mostraron sumamente amables. Al principio casi sentí placer por esta instantánea transformación, aunque quedé confundido. Más tarde supe que estaban tratando de ganar un premio por llevar un cierto número de invitados a unas reuniones de evangelización. "Infelizmente, muchos no cristianos hoy están recelosos en relación a los cristianos debido a contactos previos con una persona religiosa muy amigable que tenía motivos egoístas. Algunos no cristianos rehúsan escuchar una sola palabra acerca de nuestro Señor hasta que se aseguran de que seremos sus amigos aunque rechacen a Jesucristo. Debemos amar a cada persona por lo que ella es".[4]

En el primer peldaño de su método, Cristo no se asoció o relacionó simplemente con otros, sino que lo hizo en procura del bienestar de ellos. El llegó hasta ellos porque eran quienes eran. Pero ¿cómo lo hizo? El encontraba acceso a sus corazones "de tal modo que les hacía sentir la plenitud de su identificación con los intereses y la felicidad de ellos".[5]

Cierta vez pasé por una ciudad donde un conocido mío era pastor. Mientras caminaba con él hacia su oficina, me acribilló a preguntas, curioso por la razón de mi visita. "¿Estás buscando trabajo?", inquirió. "¿Necesitas algo?". Le expliqué que estaba allí simplemente por una breve visita amistosa, para saludarlo y saber cómo estaba.

Luego de charlar unos minutos oramos juntos y puedo decir que quedó agradablemente sorprendido y profundamente agradecido por mi genuino gesto hacia él. "Te pido disculpas", me dijo, "pero parece que todos los que vienen a verme siempre tienen alguna clase de pedido o problema. No estoy acostumbrado a que la gente se detenga aquí y me visite sólo porque se preocupe por mí y quiera saber cómo me va".

Al acercarse a la gente, Jesús lo hizo simplemente por amor a ella y porque tenía el mejor de los intereses en el corazón. Si buscamos excusas o razones para acercarnos a quienes están a nuestro alrededor, no necesitamos esperar más tiempo. La mayor de la razones para tomar la iniciativa es que ellos son *gente*. Esta es la razón por la que Jesús vino a este mundo. Las personas eran su principal objetivo, no por el nivel socioeconómico y cultural que

pudiesen tener ni por sus realizaciones, sino porque tenían valor por ellos mismos.

Hace unos años, alguien me presentó a un líder que tenía un cargo jerárquico muy elevado en la iglesia. Al principio, me trató con cierta frialdad y de un modo distante y frío. Las cosas cambiaron radicalmente cuando se percató de cuál era mi posición de liderazgo en la iglesia. De repente, pasó a ser casi amigable, a pesar de que yo seguía siendo la misma persona. Su percepción de mí había cambiado.

¡Qué trágico es que nosotros, que nos proclamamos seguidores del humilde Cristo, mostremos tal parcialidad! Jesús dijo a sus discípulos: "Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor" (Mat. 20: 26). El nos diría: "En mi reino, el principio de preferencia y supremacía no tiene cabida. La única grandeza es la grandeza de la humildad. La única distinción se halla en la devoción al servicio de los demás".[6]

Parecería que la gente solamente se asocia con otros cuando tiene alguna excusa o problema. Entonces, piden disculpas por "molestar" o "hacerles perder el tiempo". Ven las relaciones consecutivas dentro del contexto de su propia problemática.

Una de las mayores necesidades en nuestro mundo es la de un tipo de asociación como la que Jesús entabló en su vida. Nosotros podemos llenar ese vacío con el amor de Jesús en nuestra vida. Al hacerlo, provocaremos una agradable reacción en la gente cuando perciban que en este mundo hay seguidores de Cristo que los aman como Cristo amó, por su propio bien. ¿Somos conscientes de que tenemos a nuestra disposición el más imponente poder del universo para cambiar el corazón humano? ¡El enorme poder del amor genuino! La iniciativa de Cristo, llena de amor, para con la mujer samaritana, al rescatarla de la profundidad donde había caído, no solamente alteró radicalmente el interés por el curso de su propia vida, sino también de la vida de su pueblo (Juan 4: 1-42).

Generalmente reaccionamos contra la gente en lugar de actuar. Esperamos que los otros tomen la iniciativa. Si nos saludan, respondemos al saludo; si nos ignoran, hacemos de cuenta que no los hemos visto. En cierto sentido, perdemos nuestra prerrogativa

de actuar, dejando que las acciones o inacciones de otros determinen cómo nos vamos a relacionar con ellos.

Cierta vez vi un afiche que decía: "Yo soy yo y usted es usted. No estoy en este mundo para agradarlo, ni usted para agradarme a mí. Si nos encontramos, está bien; y si no nos encontramos, también está bien".

La filosofía de ese afiche me dejó con una sensación de vacío. Hasta los animales muestran mayor interés que éste. La Biblia contiene numerosas referencias de iniciativas que Cristo tuvo para con nosotros. Una vida modelada según su ejemplo no podría ser una vida pasiva. El cristiano es "guarda de su hermano" (Gen. 4: 9), "no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (Fil. 2: 4). En Romanos 14: 7 Pablo declara: "Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí".

Cada uno de nosotros es un catalizador por medio del cual Dios cambia nuestro mundo para mejor. Donde hay tristeza, nosotros difundimos alegría; donde hay desesperanza, esparcimos esperanza; donde hay odio y desavenencia, transmitimos su amor y reconciliación. La inseguridad y el sentimiento de insuficiencia pueden hacer que nos resulte difícil tomar la iniciativa, pero como sabemos que Dios está siempre a nuestro lado transmitiéndonos su amor y verdad, nuestra confianza y eficiencia en Cristo inevitablemente crecerán.

Acostumbraba memorizar algunas preguntas para hacer a la gente cuando iba a testificar. Lo que me dejaba muy preocupado era cómo lanzarlas en un orden lógico y en el momento oportuno. Dado que muchas veces me sentí confundido e incómodo, cambié mi forma de actuar. Decidí no tener más preguntas preparadas, sino más bien escuchar atentamente y permitir que la otra persona me sugiriera qué tipo de preguntas era conveniente hacer.

Cierta vez, entré en la biblioteca de una universidad pública y me ubiqué en una mesa, frente a un estudiante. Después de estar allí unos minutos, mis ojos se encontraron con los suyos y mirando sus anotaciones y libros le pregunté:

—Estás estudiando para un examen, ¿verdad?

—Sí, pero todavía no estoy bien preparado —fue la respuesta inmediata.

—¿A qué asignatura pertenece?

—A biología, pero realmente la detesto.

—Bueno, creo que a todos nos toca estudiar materias que no nos gustan mucho —enfaticé—. Pero, ¿cuál es la carrera que estás estudiando?

—Usted no lo va a creer, pero es ¡Biología!

—¿Cómo es que estás estudiando algo que te disgusta tanto?

—Porque mis padres me han presionado. Ellos lo quieren así.

Estar atentos a lo que los otros dicen no sólo nos permite hacer la pregunta correcta, sino también enfocar la atención en sus preocupaciones e intereses.

En Mateo 5: 13 Jesús nos llama "la sal de la tierra". Es obvio que la sal es esparcida sobre los alimentos ¡y no al revés! La sal toma la iniciativa. Consideraríamos totalmente ridículo que alguien esparciera alimentos sobre la sal. Cuántas innumerables oportunidades habremos perdido por no tomar la iniciativa, por no compartir una sonrisa genuina, por no dar un apretón de manos sincero, una palabra de aliento, una oración. Nadie debería subestimar estos pequeños y sinceros gestos pues muy seguido abren amplias puertas para testificar.

Fracasamos cuando no apreciamos o capitalizamos los gestos de amistad. "El pueblo de Dios no cultiva bastante la sociabilidad cristiana... Especialmente, los que han gustado el amor de Cristo deberían desarrollar sus facultades sociales, pues de esta manera pueden ganar almas para el Salvador".[7]

La sierva del Señor nos amonesta: "No debemos apartarnos de los demás... Rara vez nos buscarán por su propia iniciativa... El poder social, santificado por la gracia de Cristo, debe ser aprovechado para ganar almas para el Salvador".[8] Esta es la razón por la cual no debemos tomar la postura de que si los otros están interesados en ser nuestros amigos, deberían mostrarse amigos primeramente. Aunque ellos no lo fuesen, nosotros necesitamos serlo, y podemos modificar esta situación con la afectuosa iniciativa de Cristo.

Rebecca Pippert hace una observación para los que esperan que los no cristianos den el primer paso: "¡Qué traidora distorsión de la orden bíblica de ser la sal y la luz del mundo! Algunos cristianos se escabullen y permanecen aislados y apartados del mundo cuando en realidad han recibido la orden de penetrarlo. ¿Cómo podríamos ser la sal de la tierra si nunca salimos del salero?"[9]

La sal está en el salero para ser usada, no para ser guardada en un estante y ser admirada por quienes pasen por allí. Ha sido puesta en ese lugar con el único propósito de ser esparcida sobre el alimento y mezclada con éste para darle sabor. Elena de White usa el término "unirse" al ilustrar este punto: "La sal tiene que unirse con la materia a la cual se la añade; tiene que entrar e infiltrarse para preservar. Así, por el trato personal llega hasta los hombres el poder salvador del Evangelio".[10]

Entonces, ¿cómo haremos para sacar la sal fuera del salero? ¿Cómo lograr que los "pescadores de hombres" salgan a pescar? ¿Cómo lograr que los "segadores" vayan a los campos que están maduros? Muchas veces miramos a nuestro alrededor extrañados procurando encontrar a alguien que ande por allí para ser alcanzado por el Señor. El aparente desinterés de la gente por el evangelio puede dejarnos perplejos al punto que, incluso, oramos al Señor pidiéndole que se apure y que tenga el fruto listo para la siega. (Notemos lo que Jesús, el experto en siega de almas, dijo en Mateo 9: 36-38, inmediatamente después de ver la multitud.) El no les pidió a sus discípulos que orasen por la cosecha, sino les dijo que la mies era "mucha" y que había llegado el momento de segar. En realidad no tenemos problemas con la cosecha, los tenemos con los obreros. Por eso Jesús pidió a sus discípulos: "Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies". Ellos eran "pocos" e insuficientes para salir y realizar la urgente tarea de segar los campos.

Las mismas "multitudes" que Jesús vio, siguen estando a nuestro alrededor como una siempre lista y abundante cosecha. No podemos esperar que la mies venga a nosotros; somos nosotros los que debemos ir a ella. Francamente, la gente que nos rodea no parece estar preparada ni ansiosa de ser segada para el reino de Cristo. Jesús conocía el alma de cada persona de esas multitudes, y si nosotros pudiéramos verlos como él los veía, entenderíamos por qué a veces se mostraban duros e insensibles.

Sus vidas pueden tener dificultades que nosotros desconocemos totalmente. Pueden estar luchando con desafíos que son un reto a la comprensión humana. Muchos están sedientos de algo que nuestro mundo no puede ofrecerles, y aunque buscan por diferentes medios, nada puede calmar esa sed de sus almas. Pero si ellos sienten el amor tangible de Cristo expresado por medio de

nuestra vida, y comprenden que tanto la realización como la paz (cosas que anhelan desesperadamente) son posibles en Cristo, nos maravillarán con su receptividad.

El Señor de la siega, el Espíritu Santo y Jesús, el supremo testificador, han estado siempre trabajando en la preparación de la siega que nosotros debemos hacer. Al aproximarnos a otros, debemos hacerlo con la plena convicción de que la Trinidad ya trabajó en sus corazones y los hizo conscientes de sus errores. Nada puede ser más vigorizador que saber que nunca estamos solos en la tarea de testificar. No solamente Dios está trabajando con nosotros ahora, sino que él ya lo hizo y continuará la tarea.

Recuerdo cuando, en mi niñez, me ufanaba frente a mi padre por todo lo que había hecho en la cosecha de trigo.

—¡Papá, mira cuán duramente he trabajado! —me vanagloriaba frente a él.

—Sí, hijo, pero recuerda que el Señor ya hizo la mayor parte del trabajo —enfatizaba mi padre—. El Señor nos dio la semilla, el suelo, la lluvia, el sol y el milagro del crecimiento.

La Trinidad está ocupada influyendo en el corazón humano: "La misma Inteligencia divina que obra en la naturaleza habla al corazón de los hombres, y crea un deseo indecible de algo que no tienen. Las cosas del mundo no pueden satisfacer su ansiedad. El Espíritu de Dios está suplicándoles que busquen las cosas que sólo pueden dar paz y descanso: la gracia de Cristo y el gozo de la santidad. Por medio de influencias visibles e invisibles, nuestro Salvador está constantemente obrando para atraer el corazón de los hombres de los vanos placeres del pecado a las bendiciones infinitas que pueden disfrutar de él".[11]

El Señor no sólo conoce profundamente a la persona que estamos contactando, sino que está haciendo su máximo esfuerzo para alcanzarla por nuestro intermedio. Sencillamente es un milagro que podamos ver al Señor trabajando en forma efectiva mediante nosotros. Esa es su divina misión. Está a cargo y nosotros somos sus leales aprendices que lo acompañamos y aprendemos de él.

Caminar y trabajar con Jesús es el gran remedio contra el miedo y la insuficiencia. "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia" (Isa. 41: 10). Llegamos a tener seguridad en su presencia, fuerza en su fortaleza

y liberación en su amor. Al sentir su paz, estamos más cómodos y tenemos la seguridad de que con él todo se desarrollará de la mejor manera.

Siempre recordaré el momento cuando conocí a Jacques, un profesor de filosofía de origen francés (que se proclamaba ateo), en el aeropuerto de Tananarive, Madagascar. Sentado frente a mí en la sala de espera, daba la impresión de estar con la mente muy lejos de allí. Oré para que el Espíritu Santo me secundase ya que acercarme a él sería una especie de riesgo (casi siempre lo es), especialmente en los primeros momentos. Pero Jesús estaba allí y su intervención hizo que las cosas fueran más fáciles. Hablando un francés vacilante lo saludé e hice algunos comentarios informales en relación al atraso del vuelo (algo que teníamos en común, y al mismo tiempo no tan infrecuente en esa parte del mundo).

Poniendo verdadero interés en él y en lo que iba diciendo, pude percibir que cada vez era más accesible. Luego de haberlo escuchado atentamente durante unos minutos, se detuvo súbitamente y mirándome fijamente me dijo: "Le pido que me disculpe por esta charla, pero su aparente interés en lo que yo estaba diciendo me incentivó a hablar. Ahora, por favor, ¿podría usted contarme quién es y qué hace?"

Bueno, tengo que admitir que siempre me gusta cuando me gano la oportunidad de hablar. Me siento mucho más seguro, pues no me impongo de ninguna manera a la otra persona. El Espíritu Santo había estado trabajando en el corazón de Jacques. El interés sincero y el amor cristiano sorprenden a la gente. ¿Por qué? Porque muchos estamos tan atareados en promocionarnos a nosotros mismos, amando las cosas materiales o usando a la gente, que cuando alguien se preocupa genuinamente por nosotros y nos presta atención sin motivos egoístas o personales, nos produce una sorpresa agradable.

Compartí con este filósofo francés mi propia filosofía de la vida. Cuando percibí que estaba sumamente atento e interesado dije: "Sé, por experiencia personal, que Dios es real. Es mi mejor amigo y absolutamente confiable, lleno de amor incondicional, satisface mis más profundos anhelos; gracias a él logro sentido real y un propósito para mi vida". Dialogamos hasta que llegó el momento de subir al avión. Entonces, dirigiéndose a mí, hizo el si-

guiente comentario con un tono de mucha seriedad en su voz: "Realmente me gustaría tener el tipo de fe en Dios que usted tiene". Luego, con cierta vacilación continuó: "Quizás esto es lo que estoy buscando. Me siento verdaderamente sorprendido de decírselo a usted, pero creo que voy a investigar más el tema".

Sí, el Espíritu Santo toma nuestro simple contacto social y nuestro humilde y sincero testimonio y lo usa para ablandar y convencer el corazón más duro. "Siendo sociables y acercándoos a la gente, podréis atraer la corriente de sus pensamientos más fácilmente que por el discurso más capaz".[12] Dios tiene muchas oportunidades providenciales para testificar y desea ponerlas en nuestro camino. Si estamos en consonancia con su gran pasión de salvar al perdido y de tomar la iniciativa, podremos vivir experiencias notables que de otra manera no nos serían accesibles.

¿Hasta qué punto debemos entrar en sociabilidad con los otros? A veces nos sucede una de dos cosas: o no nos relacionamos con otros para nada, o vamos al extremo de asociarnos más allá de lo conveniente. Nuestra respuesta es Cristo mismo. Sí, él se identificó a sí mismo con la gente para transformarla a su imagen. Por ejemplo, en la experiencia de la mujer que fue llevada ante Jesús para ser apedreada (Juan 8: 2-11) detectamos los dos elementos paralelos: identificación y transformación.

Identificación: Jesús le preguntó a María:

—Mujer, ¿dónde están los que te acusaban?

—Ninguno, Señor —fue la respuesta de ella.

—Ni yo te condeno —afirmó Cristo.

Pero éste no es el fin de la historia.

Transformación: Su amonestación a vivir una vida piadosa basada en la manera como él la aceptó:

—Vete, y no peques más.

En un ministerio de tipo personalizado nos identificamos con la gente, sus necesidades y sentimientos, a la vez que les señalamos a Jesús como quien puede satisfacer sus más profundas ansiedades. Al estar anclados en Cristo, la Roca, podemos alcanzar a otros, identificarnos con ellos, sacarlos fuera del pozo del pecado y poner sus pies en un terreno espiritualmente más elevado.

Estamos en este mundo, pero no somos de él. Mientras cambiamos el mundo, debemos cuidar que éste no nos transforme a nosotros (Juan 17: 15, 16). Fish y Conant ilustran este im-

portante punto cuando nos dicen: "Es correcto que la iglesia esté en el mundo, siempre y cuando éste no esté en la iglesia. El barco no se hunde mientras está en el agua; se hunde cuando el agua entra dentro de la nave... A medida que la mundanalidad invade la iglesia, el trabajo de rescate de ésta decrece".[13]

Referencias

[1]EGW, *MC*, p. 68.
[2]*Ibíd.*, p. 398.
[3]Paul Little, *How to Give Away Your Faith*, p. 28.
[4]*Ibíd.*, p. 70.
[5]EGW, *OE*, p. 45.
[6]EGW, *DTG*, p. 605.
[7]EGW, *MJ*, p. 403.
[8]EGW, *DTG*, pp. 126, 127.
[9]Rebecca M. Pippert, *Out of the Saltshaker*, p. 124.
[10]EGW, *DMJ*, p. 34.
[11]EGW, *CC*, p. 26.
[12]EGW, *OE*, p. 201.
[13]R. J. J.Fish y J. E. Conant, *Every-Member Evangelism*, p. 48.

CAPITULO
CINCO

EL CRISTO COMPASIVO

El general Dwight D. Eisenhower no solamente ganó reputación por su coraje durante la Segunda Guerra Mundial, sino también por la manera como trataba a sus soldados. Siendo comandante de las Fuerzas Aliadas, se mezclaba con sus tropas para darles ánimo y apoyo. Se cuenta que durante una de las mayores luchas ofensivas contra las fuerzas nazis, el general Eisenhower estaba caminando cerca del río Rin, cuando, de pronto, avanzó precipitadamente hacia un soldado que parecía estar desalentado y abatido.

—¿Cómo te sientes, hijo? —le preguntó.

—General, estoy terriblemente nervioso —fue la respuesta.

—Bueno, entonces tú y yo formamos una dupla, porque me siento exactamente igual. Creo que si hacemos una caminata juntos nos haría bien a ambos.

La manera como Eisenhower se relacionó con aquel deprimido soldado ilustra lo que significa demostrar simpatía por el prójimo. El general escuchó empáticamente, se identificó, compartió abiertamente sus propios sentimientos, y caminó junto a aquel joven, no sintiendo pena por él, sino con el propósito de animarse mutuamente.

La palabra simpatía viene del término griego *sumpátheia*, que deriva de dos raíces: *sún*, "juntos, y *páthos*, "sentir profundamente". Entonces, simpatía significa literalmente "sentir juntos o con-

dolerse profundamente". El diccionario inglés Webster la define como "entrada en, o habilidad para entrar en el estado mental, los sentimientos y las emociones de otra persona".

Lamentablemente, muchos entienden erradamente el significado de simpatía, condolencia o solidaridad. Piensan que simpatizar con alguien es sentir pena por él, bajar a su nivel o aproximarse a él con un aire de superioridad y condescendencia. De esta manera, la palabra tiene frecuentemente una connotación negativa, como lo ejemplifica la reacción defensiva: "¡No necesito su simpatía!" En nuestra cultura occidental queremos demostrar fortaleza y autosuficiencia al mismo tiempo que rechazamos cualquier cosa que sugiera debilidad y dependencia.

Douglas Cooper afirma: "Damos especial valor a la indiferencia y la frialdad. Incluso en la iglesia, elogiamos a la persona que es capaz de permanecer incólume e indiferente frente a cualquier cosa".[1]

Durante el funeral del presidente John F. Kennedy, la gente se admiraba de que la viuda permaneciese fuerte y estoica sin derramar siquiera una lágrima ni mostrar mucha emoción. Simpatizar o condolernos de una persona que tiene una debilidad, que es lisiada o que tiene algún tipo de herida puede resultarnos realmente incómodo o embarazoso. Nos sentimos atraídos por personas o situaciones que aparentemente son felices, y procuramos escabullirnos de la presencia de los que sufren. Buscando "pasarlo bien", evitamos circunstancias dolorosas para que ellas no nos recuerden nuestra propia vulnerabilidad.

Por esta misma razón, cuando un paciente terminal nos comenta que está próximo a morir, solemos responder: "¡No diga eso! Usted no va a morir, ya va a mejorar". La persona puede estar buscando desesperadamente nuestra comprensión y simpatía para que la ayudemos a enfrentar la muerte.

Cooper relata su propia experiencia, vivida cuando era capellán. Cierta vez visitó a una joven madre que estaba muriendo de cáncer. "No es posible imaginar cómo una persona podría sentirse más miserable al tratar de simpatizar con alguien. En lugar de apoyar mis respuestas en sus sentimientos, las basé en los míos. Lo que ella estaba compartiendo me angustiaba y me hacía sentir incómodo ya que no coincidía con mi humor. Me resultaba desa-

gradable y me acobardé. No pude aceptar el desafío ni me sentí afectado, por lo cual la ignoré".[2]

En una ocasión le pregunté a una persona que tenía una funeraria por qué se acostumbra maquillar a los muertos. Me contestó que es preciso quitarles la palidez natural con un poco de color ante de presentarlos a sus seres amados o amigos. En inglés suele decirse que una persona "se alejó" en lugar de decir que ha muerto. Una mujer, tratando de animar a su amiga que acababa de perder a su esposo, le decía:

—Se lo ve lindo, ¿verdad?

—No, no está lindo. ¡Se lo ve muerto! —estalló la viuda.

Incluso respecto de la muerte queremos falsificar o disimular nuestra verdadera situación. Parecemos incapaces o reacios a enfrentarnos con la realidad desagradable. Pero Jesús mostró simpatía y consideración para con los dolidos y sufrientes, y no retrocedió frente al dolor humano o el sufrimiento. Incluso visitaba al enfermo y al encarcelado (situaciones que fácilmente esquivamos) como ejemplo de preparación para su venida (Mat. 25: 36).

Existen al menos otros tres términos que están íntimamente asociados a la palabra simpatía: empatía, compasión y consuelo. Empatía viene del griego *empátheia*, término que se compone de *en*, "en", y *páthos*, "sentir profundamente". En otras palabras, significa ponernos nosotros mismos en el lugar de la otra persona para comprender sus sentimientos y sus pensamientos. Como decimos a veces, es ponernos "en los zapatos del otro".

Compasión viene del término latino *compati*, que a su vez está formado por *com*, "con", "juntos", y *pati*, "sufrir". El término indicaría, entonces, "sufrir con" o "sufrir juntos". Significa compartir el sufrimiento con las víctimas y sentirse motivado a ayudarlas a salir de su dificultad.

El profesor Harvie M. Conn, del Westminster Theological Seminary, explica qué significa ser compasivo. Según él, la compasión debería abarcar no solamente a la persona que es transgresora, sino también a aquella contra quien se dirige la agresión. "Compasión significa más que ternura maternal; es más que la hija de Faraón viendo llorar al bebé Moisés; es la hija de Faraón viendo llorar al bebé de un hebreo oprimido (Exo. 2: 6). Es sensibilidad transformada en acción en beneficio del que fue víctima del pecado ajeno".[3]

La palabra compasión está íntimamente ligada al ministerio de Jesús. Sabemos que él es el Señor de la compasión, pues cuando vio al leproso se sintió "compadecido de él" (Mar. 1: 41, BJ); y cuando observó a la viuda de Naín haciendo duelo por su único hijo, "tuvo compasión de ella" (Luc. 7: 13, BJ). Al salir al encuentro de las muchedumbres asoladas y sin esperanza, nuevamente "sintió compasión de ellas" (Mat. 9: 36, BJ). La religión de Cristo no era simplemente de la mente, sino también del corazón. Al final, murió con el corazón quebrantado.

¿Sentimos en nuestro corazón una compasión similar por nuestro prójimo? ¿Sentimos en nuestro interior compasión semejante a la que Cristo tuvo respecto de la humanidad perdida?

John Jowett, conocido como el mayor predicador de su época, escribió: "El evangelio de un corazón quebrantado implica el ministerio de corazones sangrantes... Tan pronto como dejemos de sangrar, dejaremos de ser una bendición... Nunca podremos curar las necesidades que no sentimos".[4]

Las Escrituras asocian la palabra consuelo con Jesús y el Espíritu Santo (1 Juan 2: 1; Juan 14: 16). Ambos son consoladores según un importante significado de la palabra griega *paráklētos*, que deriva de *pará*, "junto" y *klētós*, "alguien llamado".

Paracleto es alguien que viene hacia nosotros y permanece a nuestro lado. Cristo, por medio del Espíritu Santo, está presente junto a nosotros, nunca nos dejará ni nos abandonará; siempre está cerca para empatizar, darnos ánimo y ayudarnos. Este concepto está muy claro en Lucas 24: 15, donde dice que "se acercó" a los dos discípulos y los acompañó en su camino.

Jesús sintió compasión por la gente. La mayor parte de sus expresiones de simpatía o compasión fueron dirigidas en forma individual. Aparentemente, no consideraba que la demostración de esa compasión fuera una pérdida de tiempo. Como la sal es esparcida grano a grano, él derramaba su consuelo sobre las personas a medida que se encontraba con ellas. Imaginémoslo hablando y consolando a la prostituta, al ladrón, al hombre ciego, a la viuda, a la madre, al niño, al joven rico, a la samaritana (y la lista continúa). "El trabajo de Cristo generalmente estaba compuesto por entrevistas personales. El daba una consideración especial a sus plateas de una sola alma".[5]

Muchas veces nos sentimos incómodos al relacionarnos con la

gente en forma individual o en pequeños grupos. Estamos asustados y temerosos de que nuestras máscaras que, con toda seguridad ocultan nuestro verdadero yo, puedan encogerse un poco y queden al descubierto algunos de nuestros temores o deficiencias. O también pensamos que ellos podrían descargar alguno de sus problemas en nosotros, lo que nos pondría en la obligación de ayudarlos. Naturalmente, esto nos llevaría a correr riesgos, a invertir parte de nuestro tiempo, de nuestros recursos y de nosotros mismos en función de ellos. Elena de White dice que "el mayor de los trabajos misioneros" es realizado mediante un "trabajo personal" al entrar en relación con quienes están a nuestro alrededor. "Al visitar a la gente, y conversar, orar y simpatizar con ella, ganaréis sus corazones".[6]

En otra de sus obras, ella sostiene que "debemos acercarnos a los hombres individualmente con la simpatía de Cristo... Aun cuando la lógica no pueda conmover, y los argumentos puedan resultar inútiles para convencer, el amor de Cristo, revelado en el ministerio personal, puede ablandar un corazón pétreo".[7]

Un hombre que aparentemente estaba recibiendo grandes bendiciones espirituales gracias a un pequeño grupo de personas que estudiaban la Biblia, después de pocas semanas, inesperadamente, dejó de asistir. Cuando conversé con él más tarde y le mencioné que todos lo echábamos de menos, aproveché para preguntarle con mucho tacto cuál era la razón que lo llevó a dejar de asistir. Me confió que a pesar de estar necesitando desesperadamente ese tipo de compañerismo espiritual, prefería sacrificarlo para proteger su posición y la posibilidad de promoción en el liderazgo de la iglesia. Aun después de mi comentario en relación a que todos tenemos imperfecciones, él sentía que tenía que continuar proyectando la imagen de "está todo bien".

Creo que ésta puede ser la razón por la cual algunos se sienten más cómodos en grupos mayores, como una iglesia grande o una reunión de camaradería, donde pueden esconderse en la multitud y no precisan llegar cerca de los individuos. La sociedad moderna despersonalizó la humanidad, incluyendo a la iglesia, conduciéndola a la fragmentación, alienación y constante volubilidad.

Muchos de nosotros parecemos haber sido alcanzados por la desenfrenada arremetida de ganar más dinero para comprar más artefactos. En lugar de dedicar nuestro precioso tiempo libre a de-

sarrollar relaciones personales significativas, lo malgastamos frente a la televisión, la computadora u otro tipo de entretenimiento. Como resultado, ha disminuido nuestro grado de humanidad haciéndonos sentir suficientes, egocéntricos y encerrados en nuestra propia opinión, y tan apáticos que no queremos ser molestados. Cada vez más seres humanos se sienten como un número perdido en un laberinto de estadísticas, o un miserable guarismo arrojado en la complicación de la vida.

Una mujer compró cierta mercadería por correo y cuando recibió la cuenta se apresuró a enviar a la compañía el cheque por el monto total de la compra. Dos meses más tarde, para su sorpresa, recibió el aviso de que la cuenta estaba aún sin pagar, acompañado de un estado de cuenta con un saldo de U$S 00,00. Con toda dedicación escribió una carta a la compañía con el comprobante de su pago total, creyendo que esto cerraría el asunto.

Aparentemente, el sistema computadorizado no prestó mucha atención a su carta, pues durante varios meses siguió recibiendo avisos semejantes. Cuando le llegó la información de que se tomarían otras medidas, ella consultó a un abogado que le aconsejó enviar un cheque por el monto de U$S 00,00. A pesar de sentirse tonta, escribió ese cheque por valor de ¡cero dólares! Después de todo, ¿qué perdería? Para su gran alivio, dejó de recibir los avisos amenazantes y se sintió feliz de que la compañía finalmente diera el asunto por concluido... aparentemente. Un día, llegó otro aviso, y cuando abrió la carta no podía creer lo que estaba viendo. ¡Allí, se le estaban debitando U$S 15 en carácter de multa por atraso en el pago!

Quizás incidentes como éste no sean comunes, pero revelan dónde ha llegado, en algunas áreas de la vida, nuestra sociedad impersonal. La forma mecánica que usamos para tratar a otras personas ha creado un vacío de contacto y calor humano. Los seres humanos no somos máquinas. Al haber sido creados a la imagen de Dios deberíamos dar y recibir compasión, simpatía y amor.

Arthur McPhee escribe: "Muchos hombres y mujeres no buscan la religión, ni tampoco tienen tiempo o inclinación para hacerse preguntas acerca del significado de la vida... sólo están buscando amor".[8]

La falta de confianza y solicitud cristianas existe no sólo en el

mundo, también entre los miembros de iglesia. Confianza que nos ayudará a ser abiertos y solícitos para demostrar interés genuino hacia el prójimo. Una experiencia o compromiso personal de este tipo no puede ser votado o planeado. Solamente puede fluir desde un corazón que está bien asegurado en Cristo y lleno de su amor y simpatía porque "el alma del problema humano es el problema del alma y el corazón humanos".[9] Según George Sweeting, del Instituto Bíblico Moody, "antes que la evangelización pueda ser un plan, debe ser primero una pasión. Si queremos testificar por Cristo exitosamente, debemos mostrar genuina preocupación y solicitud por la gente".[10]

Si en la iglesia, el cuerpo de Cristo, no encontramos este amor y esta compasión, entonces, ¿dónde podemos buscarlo? La mayor razón de que tanta gente luche con problemas mentales y emocionales es que no ha podido satisfacer su necesidad de amor. Karl Menninger, el notable psiquiatra norteamericano, le da un valor de curación al poder del amor que está por encima de todo otro tratamiento. El dice: "El amor es la clave de todo plan terapéutico de un hospital psiquiátrico moderno".[11]

La iglesia debe ser el lugar donde encontremos abundantemente este tipo de amor y simpatía. Cristo, nuestro ejemplo, mostró su simpatía para con la gente y su ejemplo debe invadir nuestra propia vida y nuestras iglesias. Las personas que entren en contacto con nosotros deben llegar al convencimiento de que en este mundo hay, efectivamente, gente que emula a Cristo de manera que otros puedan verlo y experimentarlo. Sin embargo, sin la gracia de Cristo como nuestro supremo modelo, esto sería imposible.

"El que se humanó sabe simpatizar con los padecimientos de la humanidad. No sólo conoce Cristo a cada alma, así como sus necesidades y pruebas particulares, sino que conoce todas las circunstancias que irritan el espíritu y lo dejan perplejo".[12] ¿Será que la gente encontrará en nosotros un refugio de afecto y simpatía en contraposición a la frialdad y crueldad tan comunes en las relaciones humanas? ¿Somos conscientes de que "la inhumanidad del hombre para con el hombre es nuestro mayor pecado?"[13] ¡Oh cuán desesperadamente necesitamos tener un corazón compasivo como el de Cristo en este mundo indiferente!

Pero lo que realmente distingue al cristiano es su genuina sim-

patía para con los otros. "Verdadera simpatía entre el hombre y su prójimo es lo que distingue a quien ama y teme a Dios de los que descuidan su ley".[14] John Ruskin, el notable escritor inglés, concuerda con Elena de White cuando dice: "La ennoblecedora diferencia entre un hombre y otro es que uno siente más que otro".

Ray Stedman señala que la iglesia primitiva utilizaba dos formas de testificar ante el mundo: la *proclamación* (*kérugma*) de las buenas nuevas, y la *comunión* o compañerismo (*koinōnía*) entre los creyentes. Los paganos podrían rechazar la proclamación por tratarse de otra idea o filosofía, pero no podían ignorar los resultados tangibles de la camaradería cristiana. El amor y la simpatía genuinos, que provienen únicamente de un conocimiento íntimo de Cristo, eran tan claramente manifestados en la relación cristiana para con el prójimo, que provocó la siguiente exclamación de un escritor pagano: "¡Cómo se aman estos cristianos entre ellos!"

Stedman lamenta la escasez de ese amor y compañerismo cuando compara la iglesia primitiva con los efectos destructivos del presente sobre nuestra vitalidad espiritual y nuestro testimonio. El asegura: "En el presente, la iglesia se ha alejado de la *koinōnía* casi completamente, limitando las actividades de testificacion de la iglesia exclusivamente a la proclamación (*kérugma*). De esta manera ha logrado dos cosas simultáneas: quitar el mayor resguardo para la salud interna de la iglesia, y debilitar su testimonio efectivo delante del mundo".[15]

Creo que el análisis de Stedman también se aplica a nuestra propia denominación. Mientras somos definidamente una iglesia que proclama, desafortunadamente no nos caracterizamos por ser una iglesia llena de compañerismo cristiano. En efecto, algunas veces me pregunto si realmente entendemos qué es el compañerismo cristiano. Estamos tan condicionados a lanzar rápidas advertencias al mundo acerca del pronto regreso de Cristo y su juicio inminente, que descuidamos comunicar a otros que somos sus discípulos, por medio de nuestro amor para con el prójimo. Las dos cosas deben ir de la mano, pues una fortalece a la otra. ¿Cómo podríamos estar preparados para el regreso de Cristo y preparar a otros a menos que experimentemos el compañerismo y el amor fraternal?

Probablemente esta es la razón por la cual publicamos los

triunfos de nuestro ministerio de proclamación, pero guardamos silencio acerca del fracaso de nuestro ministerio de camaradería. Proclamamos ampliamente la llegada de nuevos miembros a la iglesia, pero extrañamente callamos cuando ellos se van. ¿Por qué? Quizá la agudeza y gravedad de la siguiente frase nos señala la respuesta: "Los descarriados, los que apostatan, los miembros inactivos o cualquier otro nombre que pudiésemos darles, nos causan dolor. Es la faceta de la iglesia de la cual solamente hablamos en un susurro. Nos resulta difícil hablar de ella públicamente, pues al admitir que los apóstatas existen, hablamos de fracaso. Puede tratarse de un fracaso de ellos o de nosotros. De todos modos es un fracaso, y es duro de aceptar, particularmente por una iglesia que siente el llamado profético del día final, que quiere ser vista como exitosa, creciente, amistosa y que comparte el verdadero evangelio de Cristo".[16]

Sin la simpatía de Cristo en nuestra vida, y sin sentir la misma compasión que él, nuestro testimonio llega a ser una formalidad, un deber desprovisto de calor, vitalidad y poder. ¡Cuánto necesitamos seguir "el ejemplo admirable de Cristo! La incomparable ternura con que compartía los sentimientos de los demás, llorando con los que lloraban, regocijándose con los que se regocijaban, debe ejercer honda influencia en el carácter de los que lo siguen con sinceridad".[17]

Cada uno de nosotros debe orar a Jesús pidiendo que transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne capaz de sentir la pena ajena, para que podamos conmovernos por sus enfermedades. Necesitamos más compasión y simpatía semejantes a las de Cristo, que broten de un verdadero corazón amante. Ojalá que la predicción de Jesús que se encuentra en Mateo 24: 12: "Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará", nunca sea una realidad entre nosotros.

A pesar de que podemos mostrar simpatía de diversas maneras, probablemente la mejor forma de conseguirla es escuchando a otros atentamente y con un interés solícito.

Mientras me tomaba un descanso, al escribir este libro, pude ver un emotivo ejemplo de simpatía en el programa televisivo "60 Minutos", presentado por la cadena CBS, el 10 de diciembre de 1989. Un equipo de televisión francés recibió finalmente permiso de parte de las autoridades soviéticas para visitar y entrevistar a

algunos prisioneros, privados de su libertad durante muchos años, por motivos de conciencia.

Estos prisioneros se mostraron visiblemente impactados e incluso grandemente animados de saber que en el mundo, que sentían tan lejano, no se habían olvidado de ellos durante su tribulación. Cuando los periodistas franceses les contaron que estaban allí con el único propósito de escuchar todo lo que ellos quisiesen decir, se sintieron sobrecogidos al saber que alguien había tomado la iniciativa y enfrentado el riesgo de escucharlos. Un prisionero en particular exclamó: "¡Ustedes están aquí *realmente* para escucharnos!"

No necesitamos preocuparnos (al menos por ahora) por los peligros del encarcelamiento físico y la privación de nuestra libertad. No obstante, en nuestra sociedad libre, muchos carecen de amigos confiables con quienes puedan sentirse libres de abrir su corazón; amigos que los acepten simplemente como son y que los escuchen llenos de simpatía y compasión. Es realmente una rara bendición tener amigos así hoy. Sabemos que muchos suicidios no tendrían lugar si la desafortunada víctima hubiese tenido un buen amigo que se preocupara por ella y hubiera escuchado sus sufrimientos y preocupaciones.

Algunos pueden decir que sólo necesitamos que Cristo nos escuche y simpatice con nosotros. Esto es en parte verdad, pero, ¿cómo podría creer la gente en las maravillosas cualidades del Señor si no las ve ejemplificadas en nuestra vida? ¿Cómo sabrían que el cristianismo obra concretamente en la vida real sin ser testigos de cómo éste actúa en nosotros? En cierto sentido, somos las manos de Jesús que tocan con compasión, sus oídos que escuchan con interés y su corazón que sobreabunda de actos tangibles de amor. Cuando vean esto, creerán.

"Poco después de la Primera Guerra Mundial un escultor se ofreció para restaurar una estatua de Cristo dañada que se encontraba en una iglesia de Alemania. Ambas manos de la estatua habían sido destruidas. Luego de considerar el asunto, la congregación votó dejar la estatua sin manos para comunicar el mensaje de que Cristo depende de nuestras manos para su trabajo".[18]

McDill confirma esta idea básica cuando escribe: "El incrédulo será mucho más receptivo a la idea de que Dios realmente tiene interés y cuidado por nosotros cuando tenga un amigo cristiano

que le demuestre este cuidado divino".[19] Luego, puntualiza que este interés y preocupación genuinos hacen un gran impacto, pues no son esperados, y porque es totalmente inusual en nuestro mundo indiferente. "En este sentido el cristiano tiene buenas nuevas. Hay pocos a nuestro alrededor que muestren realmente interés y presten atención. El cristiano es único, fuera de lo común y particularmente bienvenido en un mundo egoísta".[20] ¿De qué otra manera es posible implementar el consejo dado en Gálatas 6: 2: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo", si no nos preocupamos sinceramente por conocer cuáles son dichas cargas? ¿Y cómo podríamos conocerlas sin escuchar —como lo hacía Jesús— lo que la gente tiene para decir?

"La ley o el principio que motivaba la vida de Cristo era llevar las cargas de otros. Cristo vino a la tierra como el gran portador de las cargas del hombre (Isa. 53: 6)".[21] Cristo podría haber amonestado a la gente que tenía pesadas cargas a que acudiesen al Padre, pero no lo hizo. En vez de eso los invitó a ir a él (Mat. 11: 28) demostrándole cómo es Dios. Nosotros también, como sus representantes, debemos seguir el ejemplo de Cristo porque su ministerio es el nuestro (2 Cor. 5: 18-20). Al participar en dicha curación y restauración, estamos viviendo en forma visible su ley de amor hacia los otros, como él nos amó a nosotros (Juan 13: 34). Mucha gente podría entrar en contacto con Jesús y conocerlo si lo viera actuar poderosamente en nuestra vida.

Naturalmente, debemos reconocer que algunas cargas sólo pueden ser llevadas por Cristo, y otras sólo por los miembros de la familia o amigos muy cercanos. Pero aún hay cabida para compartir mutuamente muchas otras preocupaciones. Es importante que prestemos cuidadosa atención a lo que Stedman dice al respecto. El sostiene que compartiendo las cargas con otros se "apela a la honestidad y la franqueza entre los cristianos, y a un mutuo reconocimiento de que no es anormal ni falto de espiritualidad que cada uno tenga cargas y problemas en su experiencia cristiana. De algún modo deben ser quitadas las máscaras y fachadas que indican que 'todo está bien', cuando en realidad nada está bien".[22]

Alguien ha hecho la observación de que necesitamos escuchar el doble de lo que hablamos, porque el Señor nos creó con dos oí-

dos pero con una sola boca. Lamentablemente, muchos no sólo escuchamos menos de lo que hablamos, sino que el auténtico "escuchar" es prácticamente inexistente. Yo mismo lo sé, pues constantemente debo recordarme la necesidad de escuchar con atención.

Cuando visito a pastores jóvenes para promocionar la evangelización en sus distritos, mi mente queda impresionada por el tremendo valor que encierra el escuchar. En lugar de forzarlos a aceptar mis planes, les doy la oportunidad de compartir libremente sus propias cargas, desafíos y aspiraciones. Luego visito a su esposa e hijos. Frecuentemente dedico todo el día a escuchar lo que estaba guardado en sus corazones, apoyándolos y orando con ellos. Siempre terminan expresando su aprecio por mi interés personal, tanto en lo relacionado con su ministerio como con su vida.

¿Será que perdí mi tiempo al no concentrarme específicamente en la promoción de los planes de testificación? ¡No! Testificar es contactar con la gente, y cuando los edificamos en Cristo, se intensifica la efectividad de nuestro testimonio. Aun el mundo secular reconoce este principio. Las empresas japonesas de autos que operan en los Estados Unidos se caracterizan por escuchar, buscar el aporte y demostrar interés en sus empleados y sus familias. Consecuentemente, su estado de ánimo, su satisfacción en el trabajo y rendimiento permanecen altos. Si estas compañías, motivadas por la ganancia material, pueden aplicar este principio cristiano, ¡por qué no la iglesia de Cristo!

Dietrich Bonhoeffer lo expresa así: "El primer servicio que le debemos al prójimo... consiste en escucharlo... Muchas personas están buscando un oído que quiera escucharlas. No lo encuentran entre los cristianos porque estos cristianos están hablando cuando deberían estar escuchando... Los cristianos han olvidado que el ministerio de escuchar les fue confiado por el gran Escuchador, cuya tarea ellos deben compartir. Debemos escuchar con los oídos de Dios de manera que podamos compartir su Palabra".[23]

Seguramente usted tuvo la experiencia de que alguien le agradeciera profundamente por haberlo ayudado a resolver un problema. Cuando le preguntó a esa persona cómo la había ayudado, ella le dijo que dedicándole tiempo, escuchándola y comprendiéndola. Con frecuencia, la mayor ayuda que podemos dar, co-

mo también la mayor ayuda que otros pueden recibir, es simplemente escuchar y dar amor y valor a la otra persona.

Paul Tournier dice: "Las personas que más me han ayudado no fueron quienes respondieron a mis confesiones con consejo, exhortación o doctrina, sino las que me escucharon en silencio y me hablaron de su vida personal, su experiencia y sus propias dificultades".[24]

Keith Miller nos dice más específicamente cómo el ministerio de oír puede expresar profundo amor y ser un modificador de vidas: "Creo que esta atención básica hacia las personas en el momento presente es la mayor demostración de amor que podemos ofrecerles, ya que de un modo extraño les estamos dando nuestra vida en un instante, al prestarles nuestra completa atención. He llegado a creer que quizá la manera más real de valorar a una persona como ser humano es estar realmente con ella y aceptarla como es. Un simple contacto de este tipo puede modificar totalmente la dirección de una vida".[25]

Sin embargo, muy poca gente ha experimentado esta forma de escuchar. No es fácil ser discretos y a la vez orientar nuestro corazón y nuestra mente hacia lo que la otra persona está diciendo. Frecuentemente nos distraemos mientras nos están hablando. Miramos el reloj, a otra persona o a nuestro alrededor. O quizá seamos un poco más corteses y sutiles. Podemos estar mirando a la persona y simular que prestamos atención, pero en realidad desear que llegue nuestro turno de hablar, o estar preparando la respuesta que ansiosamente queremos darle. A menudo interrumpimos y continuamos sin preocuparnos en relacionar lo que respondemos con lo que la persona estaba diciendo.

Esto no es escuchar. Es más bien un deporte competitivo, una especie de juego, que a medida que lo jugamos damos la idea de que lo que queremos decir es mucho más importante que lo que la otra persona está diciendo. En esencia, indicamos que sus palabras no merecen ser escuchadas. Consecuentemente, damos la impresión de que ellos no son importantes para nosotros. ¿Cómo podríamos convencerlos de que son importantes para Dios si no lo son para nosotros? Las personas se retiran de nuestra presencia con la convicción de que no nos preocupamos ni nos interesamos en ellas, sino sólo en nosotros mismos.

McDill considera cinco habilidades vitales para poder escu-

char.[26] La *primera* que menciona es "una actitud de genuino interés". Escuchamos porque queremos y no porque tenemos que hacerlo. No lo hacemos fundamentalmente por nuestro bien sino por el de la otra persona y sus motivos. La *segunda* habilidad es el "contacto visual". ¿Dónde están enfocados nuestros ojos cuando estamos escuchando? ¿Están absortos en lo que se está diciendo o están aburridos buscando algo más interesante?

La *tercera* habilidad es la "expresión facial". Quizá podamos tener éxito al forzar nuestros ojos a fijarse en la persona que nos está hablando, pero la expresión facial puede fácilmente delatar dónde está realmente nuestra mente. ¿Muestra que estamos emocionados por lo que oímos? La expresión del rostro puede revelar si somos compasivos o insensibles, si nos interesamos o si estamos distraídos.

La *cuarta* habilidad implica estar alerta al lenguaje corporal: movimientos de cabeza, manos y resto del cuerpo. Dichos ademanes o gesticulaciones, aunque no seamos conscientes en el momento, proveen pistas sutiles a quien escucha y transmiten un mensaje.

Finalmente, las "respuestas" que damos: una carcajada, una sonrisa, un pedido de aclaración, una inclinación de cabeza, etc., demuestran si realmente estamos "en sintonía" con la conversación. Con todo, debemos cuidar que la habilidad de escuchar no nos quite la naturalidad de nuestros ademanes o expresión facial.

Recordemos que todas estas habilidades ofrecen una expresión honesta de lo que sentimos realmente en nuestro interior. Lo que fundamentalmente necesitamos es tener claro que el amor de Cristo se manifiesta mediante nuestra vida y nuestra genuina preocupación e interés por los demás. Si verdaderamente éste es el caso, todo el resto marchará bien.

McDill menciona también siete "señales o síntomas" que debemos cuidar para poder ser compasivos al escuchar a otros. Si estamos atentos a estas señales o síntomas, ellos nos revelarán mucho acerca de la actitud y puntos de vista que tienen de sí mismos, de otros y de la vida en general. Nos ayudarán a entender a los otros y a testificar en forma efectiva. Alcanza aquí con mencionarlos: (1) aburrimiento, (2) actitud centrada en uno mismo, (3) queja y lamento, (4) alienación y conflicto, (5) culpa, (6)

temor y preocupación, y (7) enojo, resentimiento y amargura.[27]

Al tratar este importante tema, debemos mencionar algunas actitudes prohibidas en la técnica de escuchar. Hemos hecho rápida alusión a alguna de ellas. Jard DeVille, un profesor cristiano de psicología, nos facilita una beneficiosa lista. Bajo el título "Errores que cometemos al escuchar", él enumera varias advertencias:

1. Prejuzgar a la persona presumiendo cuáles serán sus respuestas.
2. Dedicar demasiado tiempo a los hechos y poco a los sentimientos.
3. Ignorar el significado real de las palabras que la otra persona usa.
4. Dejar que nuestros sentimientos bloqueen nuestra sensibilidad para con sus necesidades.
5. Permitir que nuestros propios intereses seculares nos distraigan.
6. Pretender que estamos escuchando cuando en realidad planeamos hacernos cargo de la conversación tan pronto como la persona haga una pausa para respirar.
7. Irnos por la tangente, cuando en realidad ésta no lo llevará hacia Cristo.[28]

En síntesis, debemos tener siempre presente en nuestra mente que Cristo es la fuente de todo verdadero acto de escuchar con compasión, empatía y simpatía. Nos desempeñaremos bien en este aspecto del método de testificación sólo si estamos en continua comunión con él. Cristo, nuestro ejemplo y sumo sacerdote, no es alguien "que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo" (Heb. 4: 15). En la medida en que experimentemos su simpatía hacia nuestra debilidad, podremos tener la misma actitud hacia los demás.

Un pastor relató un incidente que tuvo lugar en su iglesia cuando un hombre desaliñado entró desde la calle en la mitad del sermón. El visitante comenzó a buscar un lugar vacío en el fondo del templo. Al no encontrarlo, caminó lentamente en procura de alguno, por la nave lateral. Como no logró su objetivo, se dirigió hacia el frente del santuario. A esa altura, el extraño ya había producido bastante conmoción entre los adoradores. Al llegar al fren-

te y no ver a nadie que le ofreciese un asiento, simplemente se sentó de cuclillas en el piso, frente a la impactada congregación.

Mientras estaba sentado, escuchando el resto del sermón, un diácono de cierta edad se aproximó al extraño e inesperado visitante. "¿Qué hará el diácono?", se preguntaba la gente. "Lo conducirá afuera o le...?" Para sorpresa de todos los presentes, el hombre lo palmeó en la espalda ¡y se acuclilló a su lado! Esto es realmente simpatía y compasión.

Referencias

[1]Douglas Cooper, *Living God's Love*, p. 153.

[2]*Ibíd.*, pp. 154, 155.

[3]Harvie M. Conn, *Evangelism*, p. 45.

[4]George Sweeting, *How to Witness Successfully*, p. 83.

[5]EGW, *Testimonies for the Church*, t. 6, p. 115.

[6]EGW, *SC*, p. 148.

[7]EGW, *PVGM*, p. 37 (ed. PPPA).

[8]Arthur McPhee, *Friendhip Evangelism*, p. 56.

[9]David Watson, *I Believe in Evangelism*, p. 17.

[10]Sweeting, *Ibíd.*, p. 83.

[11]McPhee, *Ibíd.*

[12]EGW, *MC*, pp. 192, 193.

[13]*Ibíd.*, p. 121.

[14]EGW, *Medical Ministry*, p. 251.

[15]Ray C. Stedman, *Body Life*, pp. 108, 109.

[16]Myron Widmer, "My Fiends, the 'Missing' ", *Adventist Review*, 4 de mayo de 1989, p. 5.

[17]EGW, *MC*, p. 115.

[18]George E. Knowles, *How to Help Your Church Grow*, p. 81.

[19]Wayne McDill, *Making Friends for Christ*, p. 65.

[20]*Ibíd.*, pp. 65, 66.

[21]*Comentario bíblico adventista*, t. 6, p. 984.

[22]Stedman, *Ibíd.*, p. 109.

[23]Dietrich Bonhoeffer, *Life Together*, pp. 79-99.

[24]Paul Tournier, *The Meaning of Persons*, citado por B. Larson en *Ask Me to Dance*, p. 64.

[25]Keith Miller, *A Second Touch*, pp. 62, 63.

[26]McDill, *Ibíd.*, pp. 61, 62.

[27]*Ibíd.*, pp. 62-64.

[28]Jard DeVille, *The Psychology of Witnessing*, pp. 84, 85.

CAPITULO
SEIS

CRISTO, LA RESPUESTA A NUESTRAS NECESIDADES

La revista *Times* publicó hace años una noticia de United Press de Roma. La noticia informaba que Concetta Brigante había sido encontrada junto a la ventana de su departamento, ubicado en un séptimo piso, haciendo equilibrio en la cornisa. Los vecinos, desesperados, llamaron a la policía. Los bomberos colocaron una escalera y rescataron a la mujer por la fuerza. Nadie escuchó sus protestas. La llevaron a una clínica psiquiátrica, invocando "intento de suicidio".

Sin embargo, lo que había sucedido era que ella, empleada doméstica del departamento en cuestión, había quedado accidentalmente encerrada en su habitación, y sólo estaba tratando de pasar a la habitación contigua usando la cornisa.[1]

Esta historia de Larson (tan divertida como triste) nos enseña dos cosas: *Primero*: con frecuencia no escuchamos lo que otros tienen para decir. Entramos en la situación con nuestras mentes bloqueadas con ideas preconcebidas y presuposiciones ("Ya tengo una idea clara del asunto, por lo tanto no me confunda con los hechos"). *Segundo*: consecuentemente, fracasamos al no satisfacer el verdadero nivel de necesidades de la gente. En otras palabras, rascamos, pero no donde "pica". ¿Cómo podemos suplir efectivamente las necesidades de la gente sin primero saber cuáles son?

Es como si disparásemos un arma sin apuntar, y confiáramos ingenuamente en que una de las balas dará en el blanco. Tengo un

amigo que justifica su técnica de testificación diciendo que él no necesita escuchar a la gente, porque como la bombardea con muchas ideas y planes, supone que alguno de todos ellos dará resultado. Está realmente convencido de que escuchar y simpatizar para detectar necesidades es, sencillamente, una pérdida de tiempo.

Incluso Jesús, el más experto testigo, dedicaba tiempo a escuchar y simpatizar. Sólo después suplía las necesidades de la gente. Seguir su ejemplo nos ayudará a entender a nuestro prójimo y ministrarlo en forma más efectiva, conforme a sus necesidades y dolencias, y a ganar su corazón y su confianza.

Jesús dedicó tiempo a relacionarse socialmente con pecadores y degradados como Zaqueo (Luc. 19: 1-10), con el objetivo de determinar y satisfacer sus necesidades de comprensión y aceptación. Dialogó con el joven rico (Mar. 10: 17-27) respecto de su pregunta, y continuó comentándola aun después que el joven se alejó entristecido. En efecto, el corazón de Jesús se llenó de compasión por él, ya que su anhelo era responder a sus necesidades espirituales. Las Escrituras dicen: "Entonces Jesús mirándole, le amó" (vers. 21).

En contactos personales de este tipo, "la gente fue hacia Cristo o se encontró con él de manera natural. El estilo fuerte y agresivo estaba ausente. El nunca dio la impresión de estar vendiendo un producto en una manera artificial o compulsiva. Su evangelización siempre fue el resultado natural de su interés por ellos como personas, directamente relacionado con sus necesidades".[2]

Es triste decirlo, pero algunos métodos de testificación incentivan a los participantes a no escuchar, lo que hace que no simpaticen ni descubran las necesidades humanas. Sus defensores alegan que este tipo de compromiso distrae a los cristianos de presentar la esencia del "evangelio".

Un pastor visitó a un apóstata que se sentía ofendido para animarlo a que regresara a la iglesia. Cada vez que el individuo procuraba compartir alguna de sus heridas espirituales, el pastor decía: "Hermano, lo que usted está pensando es algo trivial. No debería reparar en la paja sin valor, sino en el 'grano' ". Quizá sea así, pero el individuo no regresó a la iglesia porque, obviamente, no sintió que el pastor se interesara en él como persona, ni en sus sentimientos o necesidades personales.

Estos métodos proveen de herramientas tales como discursos

prefabricados. Los testigos avanzan precipitadamente con sus presentaciones sin tener en cuenta lo que la otra persona podría decir. La única oportunidad de intervenir que tiene el oyente es cuando el testigo hace una pausa para toser, estornudar o bostezar. Sin embargo, el discursante no presta atención a dichas palabras y retoma su discurso prefabricado.

Cierta vez, llegaron a mi casa dos personas que estaban testificando. No bien los invité a entrar, los gallardos jóvenes procedieron inmediatamente a recitar con precipitación un bosquejo ya memorizado, sin darme ni una posibilidad de intervenir. Al fin, prácticamente ya sin aliento, me invitaron a someterme a las creencias que acababan de presentarme. Entonces tuve mi oportunidad para decir algo. Les pregunté si por casualidad estaban interesados en saber quién era yo. ¿Me había convertido al cristianismo o no? ¿Les interesaba conocer alguna idea o pregunta que yo tuviese? ¿Querían saber si yo tenía alguna necesidad particular, espiritual o de otra índole? Como no estaban preparados para ningún tipo de interacción, mis preguntas los dejaron perplejos. Finalmente, uno de ellos, queriendo considerar el asunto en cuestión, me inquirió abruptamente si quería aceptar sus doctrinas o no. Estaban apurados por contactar otras personas que fuesen más receptivas.

No quiero ser demasiado duro con ellos, pues al menos estaban haciendo algo. Puedo entender cuán fácil resulta dejarnos envolver por nuestros planes, programas o temas doctrinales al punto de descuidar a la gente, sus dificultades y problemas.

Nunca olvidaré el estudio bíblico que le di a Samuel. Parecía algo distante, y trataba continuamente de distraer mi atención de nuestro importante estudio. Aún bajo su vigorosa presión, yo trataba delicadamente de controlar sus interrupciones.

En mi poco equilibrado compromiso con la verdad me sentía obligado a usar mi tiempo en forma efectiva, no dejando que nada me distrajese de la importante tarea de enseñar la Palabra de Dios. Al fin, sin poder sujetarse más, Samuel insistió en que tenía algo que lo estaba preocupando y causándole una tremenda sobrecarga emocional. Pidió disculpas diciendo que no le era posible prestar atención a lo que estábamos estudiando porque en su mente estaba su esposa, que al comienzo de esa semana lo había abandonado llevándose el auto y los niños.

Dos días antes, al llegar a su casa después del trabajo, encontró una nota de ella en la que le decía que estaba cansada de todo y que lo dejaba para siempre. Olvidando mi estudio lo escuché atentamente, y me sentí avergonzado por haber considerado una presentación sobre el estado de los muertos más pertinente que la necesidad de un amigo.

Hay quienes aparentemente se muestran interesados en conocer más acerca de nuestra religión, cuando en realidad están anhelando una verdadera amistad y fraternidad. El Dr. Jauncey, un experto en testificación personal, relata su experiencia con Hugo, un compañero de estudios que se sentía insignificante e ignorado por el grupo. Después de una reunión, Hugo buscó a Jauncey para averiguar un asunto bíblico. Sin embargo dio la sensación de que en realidad no estaba tan interesado en la respuesta que le daba Jauncey. "Fue sólo después de hacerle algunas preguntas personales que tomé conciencia de su grado de desdicha. El realmente no precisaba mis respuestas; me necesitaba a *mí*, necesitaba relacionarse con alguien que demostrase interés en él".[3]

Lamentablemente, no todos los líderes cristianos son del mismo calibre de Jauncey, en términos de su relación con la gente al testificar. A veces, incluso los evangelistas y pastores tratan a los seres humanos como objetos o máquinas que manipulan y adaptan para que les sean útiles para lograr sus propios objetivos.

Cierta vez asistí a una serie de evangelización en la que el predicador hablaba elocuentemente del amor de Dios y de cómo necesitamos demostrarlo aquí en la tierra. Profundamente impresionado por lo que había escuchado, quise agradecerle y compartir una necesidad espiritual con él. Cuando comencé a hablar, me interrumpió, dejándome de lado. Ni siquiera me preguntó mi nombre. Cuando me di cuenta de que no se interesaba por los individuos del público como personas, sentí como un duro despertar. Debido a que estaba interesado en atrapar dentro de la red a tantas almas como fuese posible, el ser humano no significaba nada para él.

Otra deplorable variación es usar algo tan sagrado como la oración para librarnos de quien busca nuestra ayuda. Este comportamiento es una burla del evangelio de Cristo, especialmente por parte de los que deberían conocerlo mejor. El evangelio no solamente debe provenir de nuestros labios, también debe fluir de la acción de nuestra vida.

No interesa quiénes somos, ni cuál es nuestro trasfondo, todos compartimos las mismas necesidades fundamentales. En la médula de nuestro ser todos tenemos la necesidad universal de aceptar y ser aceptados; de amar y ser amados; de confiar y que se confíe en nosotros; de ser libres y sentir satisfacción personal.

El psicólogo Abraham Maslow es bien conocido por su jerarquía de las motivaciones y necesidades básicas del ser humano. Estas necesidades básicas y universales se presentan en cinco categorías enumeradas en orden de importancia. *Primeramente* menciona las necesidades fisiológicas; *luego* la necesidad de seguridad; en *tercer* lugar la de pertenencia y amor; en *cuarto* lugar la autoestima y en *quinto* lugar un grado superior de autorrealización del individuo.[4]

Maslow argumenta que no todas las necesidades son dominantes simultáneamente en la experiencia humana. Si una no puede ser satisfecha pasa a ser el foco de atención, y no podremos satisfacer una necesidad superior sin antes haber satisfecho las inferiores. Por ejemplo, una persona no sentirá la necesidad de autoestima y autorrealización si antes no ha resuelto su carencia de amor y pertenencia.

Jesús estaba completamente al tanto de las necesidades básicas y apremiantes del ser humano cuando se mezclaba con la gente. Esta es la razón por la cual él, el Pan de Vida y el gran Médico, alimentó a los hambrientos y curó a los enfermos. No necesitaba tocar la lepra para sanarla, sin embargo, antes de sanar al leproso "extendió la mano y le tocó" (Mar. 1: 40-42). Este toque no era necesario para su cura física, pero sí esencial para la curación emocional del leproso. Nuestro Salvador sabía que ese miserable necesitaba desesperadamente aceptación y amor. Como los judíos despreciaban a los samaritanos, Jesús sabía que la mujer samaritana necesitaba la experiencia de ser aceptada y respetada por él, como judío. Esta fue la razón por la cual le pidió de beber (Juan 4: 7-10).

Es imperativo que dediquemos tiempo a conocer a la gente y a descubrir sus necesidades. Esto nos exigirá que sustituyamos los planes prefabricados por los necesarios: simpatía y amor. Muchas veces es mejor no ayudar que ofrecer una ayuda irrelevante. Por ejemplo, tratar a alguien con un agudo dolor de cabeza poniéndo-

le crema medicamentada en los pies en lugar de darle una aspirina para calmar su verdadero dolor, lo dejará peor.

Un cálido y sofocante domingo estaba sembrando mi huerta y cubriéndola con aserrín. Al final del día me sentía cansado, sucio y con todo el cuerpo dolorido. Necesitando un inmediato alivio, antes de tomar un baño, le pedí a mi esposa que me masajeara el centro de la espalda pues me resultaba inaccesible. No sabiendo bien dónde se ubicaba exactamente el dolor, ella, con toda dedicación intentó encontrarlo. Luego de varios intentos, algo frustrada, me pidió que le fuera guiando la mano hacia el punto irritado, y ¡qué alivio sentí cuando finalmente lo encontró!

A veces llegamos a la gente en una forma tan fortuita que no conseguimos tocar el punto que duele. Para Cristo, la gente y sus necesidades estaban en primer lugar y ellos sentían que él entendía lo que estaban experimentando. El estuvo con ellos para suplir sus necesidades a todo nivel.

Ahora consideremos la reciprocidad —dar y recibir— al atender las necesidades humanas. Cuando nos acercamos a otros, ¿siempre estamos en la posición de dar y ellos en la de recibir? La gente estará más dispuesta a aceptar nuestra ayuda si sabe que también puede auxiliarnos de alguna manera. No a todos les gusta estar siempre recibiendo. Quieren sentir que otros también los necesitan de alguna manera.

No recuerdo haber encontrado una persona de la cual no haya aprendido algo. Podemos acumular mucho conocimiento interesante y práctico sólo interesándonos en lo que otros piensan y hacen. Al mismo tiempo, podemos ganar su confianza haciéndoles saber que ellos también pueden ayudarnos, pues nosotros, igual que ellos, tenemos dudas y necesidades. También sentimos el deseo interior de ser "ayudados", no solamente ayudadores.

Después de haber dado una charla acerca de la reciprocidad a un grupo de alumnos, me encontré con Daniel, un estudiante a quien había ayudado a resolver un problema unos días antes. Al expresarme nuevamente su gran aprecio por mi ayuda mencionó que quería hacer algo por mí.

—Quiero pagarle un almuerzo en el restaurante que está enfrente —dijo en forma un tanto vacilante—. ¿Aceptaría usted mi invitación?

—Vamos Daniel, no te preocupes por eso —le respondí—. Realmente fue un placer ayudarte.

Como él siguió insistiendo, recordé que yo debía practicar lo que acababa de predicar. Pude percibir el placer que sintió al saber que era capaz de hacer algo agradable por otra persona.

Carl Kromminga asegura que si permitimos que las personas a las cuales nos acercamos nos ayuden de alguna manera, ellos obtienen un sentido de autovaloración a la par que un incentivo para ser menos egocéntricos. "Los cristianos también tienen necesidades. Hay momentos cuando pueden pedir ayuda a un vecino, y esto le dará al vecino la seguridad de ser valorado en la relación. Cuando tenga una oportunidad de ayudar y de ser ayudado, comenzará a liberarse de las garras de la autopreocupación y el interés en sí mismo".[5]

Jesús, nuestro gran ejemplo en testificación, fue a cenar de buena gana a la casa de Zaqueo. Aunque éste era un cobrador de impuestos que necesitaba ayuda, Jesús no sólo le dio la oportunidad de servirlo, sino que lo trató bondadosamente (Luc. 19: 1-10). Aunque Jesús ayudó de muchas maneras y en diversas ocasiones a Lázaro y sus hermanas María y Marta, también aceptó la amable hospitalidad que ellos le ofrecían (Luc. 10: 38-42).

Elena de White dice: "Jesús hallaba con frecuencia descanso en el hogar de Lázaro. El Salvador no tenía hogar propio; dependía de la hospitalidad de sus amigos y discípulos... Sentía anhelos de ternura, cortesía y afecto humanos".[6]

Cristo le pidió a la mujer samaritana que le ofreciera agua para beber, sabiendo que él le daría a ella el Agua de Vida (Juan 4). "Aunque judío, Jesús trataba libremente con los samaritanos... y aceptaba la hospitalidad de aquel pueblo despreciado. Dormía bajo sus techos, comía a su mesa y los trataba con la mayor bondad y cortesía".[7] Por otra parte, él, el Pan de Vida, que podría haber creado grandes cantidades de pan a partir de la nada, estaba deseoso de usar la donación del muchachito que tenía cinco panecillos y dos peces (Juan 6: 8-14).

En el jardín del Getsemaní esperaba que sus tres discípulos permaneciesen despiertos y orando por él (Mat. 26: 36-46). "El corazón humano anhela simpatía en el sufrimiento. Este anhelo lo sintió Cristo en las profundidades de su ser. En la suprema agonía de su alma, vino a sus discípulos con un anhelante deseo de oír

algunas palabras de consuelo de aquellos a quienes había bendecido y consolado con tanta frecuencia".[8]

Harry Williams escribe acerca de una mujer que se encontró con un cristiano que le habló de su necesidad de ser salva y de asistir a la iglesia, pero olvidó totalmente una necesidad física de ella: su brazo quebrado. Ella dijo: "El me habló durante una hora de mi alma y de su iglesia, pero ni una sola vez me preguntó qué me había sucedido en el brazo".

De este incidente, Williams deduce dos puntos importantes: *Primero*, "no seremos capaces de localizar el dolor sin antes tocar el punto donde la persona cree que más le duele... *Segundo*, cuando tocamos a una persona donde ésta cree que está localizado el dolor, debemos tener en mente que puede existir una necesidad mucho más urgente".[9]

Vivimos en un mundo complejo, lleno de gente que pasa por severas pruebas y dificultades. A veces están tan confundidas que simplemente no saben cuál es su verdadera necesidad. Al andar a tientas en busca de respuestas, precisan nuestra paciencia y orientación compasiva. Por supuesto, primero necesitamos prestar atención al brazo quebrado y luego al corazón golpeado. El amor nos impide que sólo nos preocupemos por satisfacer las necesidades externas y que seamos negligentes en percibir las internas.

Imaginemos que estamos dirigiendo un plan de prevención de enfermedades cardíacas y debemos enfatizar la importancia de la alimentación. Si realmente amamos a las personas que asisten, ¿nos interesaremos meramente en mejorar su alimentación para que no mueran de un ataque de corazón, e ignoraremos los problemas más serios del espíritu y la muerte eterna debido a un corazón corrupto? El amor genuino nos orienta hacia las necesidades perceptibles y también las más profundas, las del alma. Cuando mostramos genuino interés en las necesidades visibles de la gente, frecuentemente, para nuestra sorpresa, ellas nos revelarán las invisibles.

El evangelio nos muestra la capacidad de Jesús de equilibrar ambas necesidades en su ministerio: las aparentes y las ocultas. Por ejemplo, no sólo estaba interesado en la sed física, sino también en las vehementes ansiedades espirituales. No se ocupó simplemente de cuidar la visión física, sino también la agudeza espiritual. Cuando sanó la lepra del cuerpo, trató la lepra del pecado.

Además de identificarse con la gente, buscó también su transformación. Al seguir el ejemplo de Cristo nos sentiremos motivados a desarrollar nuestros planes de salud no como un fin en sí mismos, sino como una forma que nos permitirá satisfacer las necesidades causadas por la falta de salud espiritual.

Recuerdo una vez cuando dirigí algunos planes comunitarios relacionados con la salud en forma totalmente diferente de lo tradicional. Los miembros de iglesia me ayudaron orando por los asistentes, mostrándose amigables con ellos, conversando y escuchándolos. Se sentaron junto a ellos y los acompañaron hasta su auto, al final de la reunión.

Fue muy gratificante ver lo que sucedió. Se establecieron relaciones significativas entre los miembros y quienes asistieron, y al final se oían frases como: "Espero que no sea la última vez que la vea", "No olvide llamarme de tanto en tanto", "Si llega a pasar cerca de donde vivimos, por favor siéntase libre de detenerse un instante". Una relación tal nos conducirá a satisfacer también las necesidades espirituales.

Dedicaremos unos párrafos a dar algunos aspectos prácticos de cómo satisfacer las diversas necesidades de la gente. Por ejemplo, siempre debemos tener presente que a pesar de que hagamos nuestra parte, no podremos resolver todos los problemas del mundo. Sólo Cristo puede hacerlo, y como miembros de su cuerpo, partícipes de varios dones espirituales y gobernados por él, debemos permitirle el trabajar mediante nosotros.

La experiencia de Pedro y Juan al curar al inválido en la puerta del templo, cuando iban a adorar, nos revela varios principios importantes a tener en cuenta cuando abordamos necesidades humanas. Cuando el lisiado les pidió dinero, Pedro contestó: "No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hech. 3: 6). Sus palabras sugieren, en *primer* lugar, tres aspectos: (1) Raramente la gente mira más allá de la difícil situación del presente; (2) no siempre es consciente de que lo que más le duele son sus necesidades reales, no las imaginarias; (3) quizás ha perdido la esperanza de que existe ayuda real para sus problemas. Podemos comprender entonces por qué se concentraron tanto en satisfacer sus carencias superficiales.

En *segundo* lugar, la gente raramente piensa en algo que vaya

más allá del momento presente, ni imagina si podremos o no suplir sus necesidades más profundas, o cómo lo haríamos; pero cuando lo hacemos responde con intensa gratitud.

Williams se pregunta qué hubiera hecho el inválido si le hubieran dado a elegir entre el dinero y la restauración del cuerpo. El mismo sugiere: "Yo hubiera dicho: 'Denme piernas fuertes y pies y no necesitaré pedir más limosna. Sí, por favor, ¡ayúdenme a caminar!' "[10] Después, contesta la pregunta que él mismo hace acerca de por qué el lisiado no pidió curación en primer lugar: "El no comprendió las opciones que tenía porque no sabía que volver a caminar era una posibilidad".[11]

En otro párrafo, Williams dice: "Si arrojamos dinero a las multitudes, les daremos lo que piden; pero fracasaremos al no darles lo que realmente necesitan".[12] Si bien el ministerio social es vital para los cristianos, no debería ser un fin en sí mismo, sino debería conducirnos a comprometernos en un ministerio espiritual más profundo.

"Una iglesia fracasa o no hace lo que debe para con el mundo cuando dedica todo su tiempo y recursos a distribuir limosnas y no se adelanta para decir al lisiado en el pecado: 'En el nombre de Jesús ¡levántate y anda!'... Necesitamos ayudar a los necesitados como lo hizo Jesús: calmar su dolor donde ellos lo sienten y cuando lo sienten, pero especialmente donde y cuando *más* lo sienten".[13]

En *tercer* lugar, cuando se trata de suplir diversas necesidades de la gente, sólo podemos dar lo que tenemos. Pedro y Juan no podían ofrecer lo que no poseían (plata y oro) pero sí lo que tenían: la curación de Cristo. En este mundo, donde parecería que todo estalla debido a problemas y necesidades humanas muy complejos, debemos hacer un inventario de nuestros puntos fuertes y débiles para ver qué podemos hacer por los otros y qué no podemos hacer. Cada uno tiene diferentes talentos y dones espirituales "para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efe. 4: 12). Para un estudio más amplio de los diferentes tipos de dones espirituales ver, Romanos 12, 1 Corintios 12 y Efesios 4.

Estos dones, bajo la dirección de Cristo, se complementan unos a otros de tal modo que si no podemos hacer frente a determinada necesidad, otros miembros del cuerpo estarán en condiciones de hacerlo. Como seguidores de Cristo, ninguno de noso-

tros tiene todos los dones del Espíritu, pero todos estamos obligados a tener el fruto del Espíritu: "amor, gozo, paz, paciencia, bondad..." (Gál. 5: 22, 23). Esta es la razón por la cual, aunque no estamos capacitados para dar a otros una ayuda completa, podemos brindarles amor y bondad, y podemos dirigirlos hacia otros miembros del cuerpo que pueden estar calificados para ayudarlos en su necesidad.

Aunque no podemos hacer todo lo que debe ser hecho, al menos podemos tratar de encontrar ayuda, simpatía y mostrar que realmente nos preocupamos.

"Durante la Primera Guerra Mundial, un soldado estaba mortalmente herido en tierra de nadie en medio de las dos líneas de trincheras, y clamaba pidiendo ayuda a su amigo. Este se dirigió a su oficial y le dijo: 'Señor, autoríceme a ir a buscarlo'. El oficial dijo: '¡No! Cuando llegues allí, él ya habrá muerto'. Pero el amigo siguió insistiendo.

"Finalmente el oficial se enterneció y dijo: 'Está bien, ve'. El soldado subió la trinchera y fue alcanzado por el fuego enemigo. Horas después regresó arrastrándose y acarreando el cuerpo de su amigo. El oficial le dijo: '¿No te lo dije? El está muerto y tú ¡estás herido! ¿Qué lograste?' El soldado respondió: 'Señor, él no estaba muerto cuando llegué allí y al verme dijo: Sabía que vendrías' ".[14]

Cuando mostramos interés por la gente y nos esforzamos en atender sus necesidades, debemos preguntarnos a nosotros mismos: "Al comunicarnos y estar junto a otros, ¿estamos comunicándonos y viviendo junto a Cristo? ¿Estamos escuchando su voz, permitiéndole que nos guíe en todo momento? Al satisfacer las necesidades de otros, le estamos permitiendo a Dios que satisfaga las nuestras. ¿Estamos aferrados fuertemente a él?" Sí, debemos alcanzar a otros y ayudarlos, pero debemos hacerlo desde una posición de fortaleza en Cristo, y no desde nuestra debilidad personal. ¡Cristo, y sólo él es capaz para el gran desafío de dar ayuda en las diversas y difíciles necesidades que nos rodean!

Finalmente, quisiera compartir un ingenioso cuento de hadas de Wes Seelinger. "Una vez, hace mucho tiempo, había un sapo que en realidad no era un sapo. Era un príncipe que parecía un sapo. Una perversa bruja había lanzado una maldición sobre él, y sólo el beso de una hermosa niña podría salvarlo. Pero ¿desde cuándo las muchachas bonitas besan a los sapos? Allí permane-

cía, sin ser besado, el príncipe con forma de sapo. Como los milagros son posibles, un día, una preciosa niña lo alzó y le dio un estruendoso beso. ¡Crash! ¡Boom! ¡Zap!, apareció un príncipe hermoso. Usted puede imaginar el resto. Vivieron felices para siempre. ¿Cuál es la tarea de la iglesia? Besar sapos, naturalmente".[15]

Cierta vez, presenté esta historia en una reunión de jóvenes de un colegio para animarlos a ayudar y amar a quienes estuviesen a su alrededor para que se operara la milagrosa transformación en príncipes de Cristo. Poco después, me encontré en la biblioteca con dos señoritas que nerviosamente se reían sin parar mientras miraban una revista que tenían en las manos. Curioso por saber qué era eso tan divertido, insistí en verlo. Negándome la revista, me dijeron:

—¡Usted no lo va a creer! ¡Es tan divertido!

Finalmente, me mostraron un chiste en cuatro cuadros. El primero mostraba un horrible sapo, completamente solo. El segundo contenía una hermosa princesa que se aproximaba al feísimo sapo. En el tercero, ella tenía al sapo alzado y lo besaba. Comenté:

—Bueno, no veo nada de inusual o divertido.

—Espere un momento —dijeron.

Muy divertidas me mostraron el último cuadro, que no era del un hermoso príncipe y la linda princesa viviendo felices para siempre, sino que eran ¡dos horribles sapos!

Es figurativamente cierto que la tarea de la iglesia es besar sapos. Pero, debemos agregar que antes de hacerlo, necesitamos ser "besados" por el Príncipe de Vida. Sólo entonces podremos transformarlos en sus príncipes y princesas.

Referencias

[1]Bruce Larson, *Ask Me to Dance*, pp. 9, 10.

[2]James H. Jauncey, *One-on-One Evangelism*, p. 11.

[3]*Ibíd.*, pp. 37, 38.

[4]Abraham Maslow, *Motivation and Personality*, pp. 88-106.

[5]Carl Kromminga, *Bringing God's News to Neighbors*, p. 141.

[6]EGW, *DTG*, p. 482.

[7]EGW, *MC*, p. 17.

[8]EGW, *DTG*, p. 639.

[9]Harry Williams, *Prime Time People*, citado por James A. Ponder, *Motivating Laymen to Witness*, pp. 79, 80.

[10]*Ibíd.*, p. 80.

[11]*Ibíd.*

[12]*Ibíd.*

[13]*Ibíd.*, p. 81.

[14]Delos Miles, *Overcoming Barriers to Witnessing*, p. 67.

[15]Wes Seelinger, *Faith at Work*, febrero de 1972, p. 13.

CAPITULO
SIETE

PODEMOS CONFIAR EN CRISTO

Mientras avanzaba por la carretera desde Seattle hacia Portland, podía ver claramente a la distancia una delgada y oscura nube de ceniza que crecía en el cielo azul. Aquel fatal domingo de fines de mayo de 1980, muy temprano, el monte St. Helen había tronado y estallado violentamente salpicando más de 2.000 m^3 de escombros. La impresionante erupción volcánica tenía una fuerza estimada en 500 veces el poder de la bomba de Hiroshima.

En el momento de la explosión, David Crockett, que trabajaba en un canal de televisión de Seattle, estaba parado en la base de la montaña. Desesperado, tratando de no morir quemado, Crockett se mantenía en movimiento y hablaba audiblemente para que su grabadora pudiese guardar la información: "Estoy caminando hacia la única luz que puedo ver. Escucho rugir la montaña y en este instante tengo que admitir que estoy teóricamente muerto. La ceniza que ha entrado en mis ojos me quema. ¡Se queman mis ojos! Oh querido Dios, ¡esto es el infierno! Es muy, pero muy difícil respirar y está muy oscuro. ¡Si tan sólo pudiera respirar! Señor, dame la posibilidad de respirar... La ceniza me cubre pesadamente. Está todo oscuro... o estoy muerto. Señor, ¡quiero vivir!"[1]

David Crockett sobrevivió. Fue rescatado por un helicóptero. Muchas personas no tuvieron la misma suerte, y más tarde encontraron sus cuerpos.

Una de las víctimas fue Harry Truman, un rudo hombre de edad que vivía en una cabaña cerca de la montaña. Tozudamente rehusó ser evacuado, alegando ante la cadena nacional de televisión que él había convivido con el monte St. Helen durante 50 años, que siempre se había sentido bien a su lado, y que no quería abandonarlo pues confiaba en él. Mirando desafiante hacia el volcán, agregó: "Nadie conoce más acerca de esta montaña que yo. Ella no se atreverá a estallar sobre mí". La erupción lo sepultó a él y a su cabaña.[2]

Podríamos decir que la montaña traicionó su confianza. La inmerecida confianza en el monte St. Helen puede simbolizar la inseguridad prevaleciente en nuestro mundo. La gente, las cosas y las circunstancias cambian, y cuando pensamos que nuestra montaña es invencible e inconmovible, nos estamos encaminando obstinadamente hacia el chasco.

La única montaña perfectamente sólida e inconmovible es el monte de Sion, el símbolo bíblico de la morada del Señor y de los que ponen su confianza en él. "Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre" (Sal. 125: 1). Mientras vivimos en medio de la desconfianza, la incertidumbre y la inconstancia, tenemos en Cristo un amigo perfectamente confiable y veraz: "Es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Heb. 13: 8). Unicamente cuando seamos tan dignos de confianza como él, la Fuente, podremos ganar la confianza de la gente y guiarla hacia el Maestro.

Quizá no seamos tan obstinados como Harry Truman, pero todos tenemos la necesidad innata de confiar en alguien. La necesidad básica de confiar y que confíen en nosotros va de la mano con la de amar y ser amado, y es tan necesaria para la vida como lo era el aire para el fotógrafo Crockett. Por otro lado, la desconfianza y la sospecha sofocan tanto como las cenizas que llenaban sus pulmones.

Una relación de confianza es una motivación de los más altos niveles de la existencia humana, pues donde hay confianza hay amor y vida. Al tener el amor y la vida de Cristo nos asemejamos más a él. "Cuando los hombres manifiesten confianza en sus semejantes estarán mucho más cerca de poseer la mente de Cristo".[3]

De este modo, confiar y merecer confianza es reflejar la mente de Cristo. Esto significa ser afectuosos, compasivos, tener unidad

de criterio, no hacer nada por orgullo o presunción, ser humildes, considerar a los otros mejores que nosotros mismos y ser cuidadosos de sus intereses (Fil. 2: 1-8). Jesús ganó la confianza del pueblo. El cuarto peldaño del método de Cristo —su capacidad para ganar confianza— era la consecuencia de mezclarse con la gente para ayudarla, escucharla, ser compasivo con ella y suplir sus necesidades.[4]

Desde que Lucifer dejó de creer en Dios, en el cielo, la desconfianza infectó toda la creación. Las naciones y los pueblos son recelosos entre ellos. No hay un rincón de la sociedad que sea inmune a la desconfianza, incluyendo la familia. La infidelidad, por ejemplo, ha destruido la confianza entre el esposo y la esposa. Si la gente no puede ni siquiera confiar en esta relación, que es la más cercana, podemos decir que la sociedad está en una verdadera decadencia. "Los hombres y mujeres que esta semana se declaran mutuamente eterna fidelidad, la próxima semana estarán apartándose uno del otro".[5] En verdad, podemos asegurar que todas las relaciones humanas arruinadas y los problemas sociales se deben a la desconfianza.

Esto no quiere decir que la gente no tenga motivos válidos por los cuales ser desconfiada. Muchos han sido explotados, manipulados y sienten que de alguna manera otros sacaron ventajas de ellos. Quizá se sintieron estafados en una transacción comercial fraudulenta, o por querer ser buenos samaritanos fueron heridos. Como resultado, levantan un escudo para protegerse y anuncian que nunca más permitirán que los hieran nuevamente. "Hemos aprendido la lección —dicen de manera defensiva—. Es suficiente".

Hace algunos años, en un sofocante día de verano, estaba tratando de vender mi auto de dos puertas, que se encontraba en muy buen estado. Puse un aviso en el diario; lavé y enceré el auto y lo estacioné frente a casa. Poco después recibí una llamada telefónica de una señora de edad que quería traer a una amiga para ver el auto. Anticipándome a la llegada de ellas, comencé a alegrarme de que el aviso en el diario diera resultados tan rápidamente. Cuando abrí la puerta, me encontré con dos mujeres que daban una sensación de estar muy recelosas.

Mientras nos dirigíamos hacia el auto, pude notar por sus preguntas el grado de desconfianza que sentían. "¿Usted realmente

cambia el aceite?" "¿La cantidad de kilómetros que marca es real?" "Parece que hubiera sufrido un accidente". De pronto, tuve que esforzarme por esconder mi fastidio a la vez que defendía a mi buen auto (y a mí mismo). Las mujeres quisieron probarlo. Se sentaron adelante y yo me acomodé en el asiento de atrás.

Salimos calle abajo y, a medida que avanzábamos sin rumbo por la ciudad, yo trataba de permanecer calmo mientras ellas continuaban hostigándome con más preguntas.

Finalmente, una de ellas me arrinconó. Debo explicar que estábamos soportando una ola de calor y en el asiento de atrás yo transpiraba profusamente (el auto no tenía aire acondicionado). La pregunta de ambas fue:

—¿Trabaja bien el sistema de calefacción?

—¿Por qué no habría de hacerlo? —respondí impacientemente—. La calefacción de los autos siempre trabaja, ¡¿no es así?! Vamos, señoras, ¿por qué hablar de calefacción ahora, con un clima como éste?

Exactamente en ese instante ¡hicieron funcionar la calefacción! El auto se calentó hasta lo insoportable y, para mi gran horror, una nube de vapor y humo comenzó a aparecer por las entradas de calor invadiendo totalmente el auto. Me parecía imposible que hubiera algún tipo de defecto en el funcionamiento de la calefacción, pero tengo la seguridad de que el humo las convenció de que yo estaba tratando de venderles un "pescado".

Tosiendo, y en medio de una confusión notable, ubicaron una casa que era parecida a la mía. Avanzaron hacia el garage desconocido, abrieron las puertas bruscamente y huyeron. Eso fue lo último que supe de ellas.

Tuve que forcejear para salir del asiento de atrás y enfrentar a un hombre furioso, confundido y receloso, que se preguntaba qué estaba pasando, y por qué yo había estacionado en su patio recién regado. ¿Qué podía decirle? Le pedí disculpas tratando de darle explicaciones, pero en realidad yo sabía que lo mejor que podía hacer en esas circunstancias era alejarme rápidamente. ¿Podemos culpar a la gente por ser cada vez más desconfiada de todos y todo?

Observemos lo que sucedió con la Caja de Ahorros y Préstamos de los Estados Unidos. Se suponía que era la manera más segura y conservadora de invertir el dinero de una familia normal.

Pero, debido a la codicia y la corrupción de algunos funcionarios hubo que usar millones de dólares de los impuestos para salir de esa situación. Siempre hemos oído decir que no podemos confiar en los políticos ni en los abogados, pero ahora incluso los evangelistas y pastores están bajo un manto de sospechas debido a los publicitados escándalos que sacuden la iglesia y el país.

¿Adónde podrá ir la gente para encontrar confianza? ¿Cómo haremos nosotros, discípulos de Cristo, para ganar la confianza de ellos? ¿Y si no lo logramos, quién podrá llenar este vacío?

No hay respuestas acerca de lo que este mundo puede ofrecer, porque el amor genuino y la confiabilidad provienen solamente de Dios, que es su fuente. El no espera que los seres humanos lleguen a ser confiables antes de confiar en ellos mediante su único Hijo. El omniconfiable Dios confió en quienes no son dignos de confianza a fin de atraerlos hacia él, transformarlos y redimirlos. Todo esto gracias a su inmenso amor por nosotros. Cristo "honraba con su confianza al hombre dándole así la oportunidad de demostrar que era digno de esa confianza".[6]

Es realmente decisivo que ganemos la confianza de la gente cuando los guiamos hacia Cristo, y la única manera de lograrlo es permitiendo que Cristo viva en nosotros y ministre por nuestro intermedio.

Los siguientes principios nos ayudarán a modelar nuestros intentos de ganar confianza por intermedio de Cristo:

1. **Cuando alcanzamos a otros, ellos necesitan sentir que nos preocupamos por sus intereses**; que no los estamos manipulando por motivos egoístas, sino que tenemos preocupación genuina por ellos, su propio bien y el gran valor que Dios asignó a cada uno. Como Jesús, necesitamos alcanzar "el corazón de la gente yendo en medio de ella como quien desea su bien".[7]

2. **Los alcanzados deben tener la seguridad de que seguiremos siendo sus amigos aunque ellos no asistan a nuestra iglesia ni se bauticen**. No es consecuente con el amor de Cristo que seamos afectuosos con nuestro prójimo cuando lo necesitamos por algún motivo, y repentinamente lo abandonemos porque no nos es de utilidad. Tristemente, esto sucede con frecuencia.

"Lamentablemente, muchos no cristianos en la actualidad desconfían de todos los cristianos por contactos previos con alguna persona religiosa que se mostró amable pero que en realidad tenía

motivos personales. Algunos no cristianos rehúsan escuchar una sola palabra acerca de nuestro Señor a menos que se sientan seguros de que seremos sus amigos, no importa lo que piensen. Debemos amar a cada persona por lo que ella es".[8]

3. **Como verdaderos cristianos, deberíamos escucharlos, identificándonos y simpatizando con ellos.** Su intensa simpatía personal le ayudaba a ganar los corazones. Elena de White describe esta actitud como "el más elevado trabajo misionero"[9] que podemos hacer.

4. **Debemos hacer todo lo que podamos para ministrar sus necesidades a medida que las percibimos.** Primero, debemos recordar que lo que la gente realmente desea es ser aceptada, tener un amigo, ser incluida en nuestras actividades. Ralph Neighbour dio en el blanco cuando dijo: "Es realmente difícil para la gente creer que deseamos que llegue al cielo si antes no deseamos tenerlos en la sala de nuestro hogar".[10]

5. **Cuando manifestamos pequeños actos de bondad, palabras de ánimo o un genuino apretón de manos preparamos un sendero para llegar a sus corazones.** Estas cosas simples ganan la confianza, no porque representen una gran inversión de tiempo o esfuerzo, sino debido al espíritu genuino con que las hacemos. Incluso, la forma como le damos un apretón de manos a alguien puede ser de gran significación. Mucho depende de la manera como usted se encuentre con aquellos a quienes visita. Puede tomar firmemente la mano de la persona a quien saluda para ganar su confianza inmediatamente, o hacerlo de una forma tan fría que la persona piense que usted no tiene interés en ella.

Pedir un simple favor a alguien y hacerle saber que lo necesita y que está deseoso de aceptar su bondad, puede contribuir para que crezca la confianza. Jesús demostró este principio cuando le pidió a la samaritana un vaso de agua. Este simple acto ayudó a romper barreras que se habían acumulado por años, y mostró a la mujer que Jesús la aceptaba y confiaba en ella. La tradición dice que las mujeres samaritanas estaban siempre ceremonialmente inmundas, por lo que un judío devoto jamás aceptaría nada que ellas hubiesen tocado.

La mujer se sorprendió cuando Jesús le pidió y aceptó el agua junto al pozo, porque la tradición afirmaba que su sola presencia hacía que la vasija que contenía el agua fuera inmunda. Pero la

confianza de Cristo provocó confianza en su propio corazón. "El Salvador estaba tratando de hallar la llave de su corazón, y con el tacto nacido del amor divino, él no ofreció un favor, sino que lo pidió. El ofrecimiento de un favor podría haber sido rechazado; pero la confianza despierta confianza. El Rey del cielo se presentó a esta paria de la sociedad, pidiendo un servicio de sus manos... El dependió de la bondad de una persona extraña para una cosa tan insignificante como un sorbo de agua".[11]

6. **Así como la confianza genera confianza, la desconfianza produce desconfianza.** Si actuamos con miedo y desconfianza, estaremos provocando en los otros un sentimiento similar hacia nosotros. La gente rápidamente tomará sus precauciones y llegará a la conclusión de que existe alguna razón para nuestro comportamiento cauteloso.

Por otro lado, si llegamos a ellos en una forma amigable, confiada y tranquilizadora, desearán responder del mismo modo. Este es un principio que observé repetidamente al viajar como misionero por diferentes países del Africa. Al hacer los trámites gubernamentales con los funcionarios de los aeropuertos, pude observar que estas personas, totalmente extrañas, a veces deponían su actitud y se mostraban confiadas si yo me acercaba a ellos y los consideraba confiables.

Ciertamente, Zaqueo no tenía fama de ser una persona confiable. Por el contrario, era conocido por cobrar los impuestos en forma fraudulenta. Sin embargo, cuando Jesús le demostró aceptación y confianza al ir a su hogar, despertó sus características más nobles y le permitió sentirse merecedor de la amistad de Cristo. No podemos negar la impresión de que el publicano estaba esperando la invitación de alguien como Jesús, que creyera y mostrara confianza en él. La gente lo miraba constantemente con desprecio, lo que hacía más difícil su ya complicada situación. Pero Jesús lo liberó.

Elena de White describe conmovedoramente cómo Jesús inspiró y ganó la confianza de los que entraban en contacto con él. Ella dice: "En cada ser humano discernía posibilidades infinitas... Al mirarlos con esperanza, inspiraba esperanza... En su presencia, las almas despreciadas y caídas se percataban de que aún eran seres humanos, y anhelaban demostrar que eran dignas de su consideración. En más de un corazón que parecía muerto a todas las

cosas santas, se despertaron nuevos impulsos. A más de un desesperado se presentó la posibilidad de una nueva vida".[12]

7. **Debemos decir lo que nos proponemos, y proponernos hacer lo que decimos.** No solamente debemos enseñar la verdad, sino ser veraces. Así, ganaremos siempre la confianza de la gente. Como cristianos debemos ser hombres y mujeres de palabra; de lo contrario perderemos credibilidad. "Puede ser que alguien no tenga un aspecto muy agradable, tal vez sea deficiente en muchos respectos; pero si tiene fama de honrado e íntegro, conquistará la confianza de los demás".[13]

Un pastor marcaba citas con diversas personas en su oficina, pero frecuentemente no acudía. No pasó mucho tiempo hasta que la gente comprendió que no era cumplidor ni confiable. Ciertamente, ser informales no nos ayuda a ganar confianza. "En nuestras filas se practica la falta de honradez... Me duele declarar que hay una alarmante falta de honradez aun entre los observadores del sábado".[14] "Todo cuanto hacen los cristianos debe ser transparente como la luz del sol. La verdad es de Dios; el engaño, en cada una de sus muchas formas, es de Satanás".[15]

Keller comenta cuán desvergonzadamente la deshonestidad llena nuestra sofisticada y artificial sociedad. "Nuestra cultura nos condiciona a vivir detrás de una falsa fachada de cordialidad. Somos sofisticados al punto que pretendemos ser otra persona. Nuestro cinismo civilizado induce a muchos 'a sonreírnos con el rostro mientras nos cortan la vena yugular' ".[16]

8. **Para representar debidamente a Cristo nunca debemos traicionar la verdad sagrada.** Muchas veces divulgamos cosas personales que alguien nos confió. Ser confidenciales nos ayuda a ganar confianza, y no serlo nos hace perderla.

9. **Por encima de todo, necesitamos practicar lo que predicamos y enseñamos.** La gente responderá con confianza cuando vea que nuestra vida es consecuente con nuestras palabras. Jesús ganó confianza porque su vida demostró lo que él enseñaba.

Keller explica que ser la sal espiritual en la vida de la gente es ser digno de confianza, leal y veraz. Una antigua y muy difundida tradición usa la sal para afirmar relaciones leales y confiables entre la gente. Comentando acerca de la desesperada necesidad de la sociedad de alcanzar este tipo de relaciones, afirma que la gente

se sorprende cuando ve a alguien que hace lo que dijo que haría. "Esta integridad de cristiano, y el comportamiento diario digno de confianza hará más para fomentar y generar fidelidad en otros que las predicaciones de una vida entera. No solamente incentivará a quienes nos rodean para depositar confianza en nosotros, sino algo mucho más importante aún: los conducirá a encontrar al Maestro y depositar su confianza en él".[17]

No es difícil confiar en el confiable, pero dudamos en confiar en individuos cuya integridad cuestionamos. Quizá tratemos de evitarlos y no tener nada que ver con ellos. ¿Qué pasa si nos arriesgamos con personas en las que nuestra confianza no despierta reciprocidad?

Naturalmente, nos arriesgamos cada vez que mostramos amor genuino y confianza. Eso no significa que debamos amar con los ojos cerrados. Como Jesús, mostraremos confianza en otros siempre que conozcamos a fondo los problemas y riesgos potenciales. Los profetas, Jesús y los discípulos demostraron claramente por medio de su sufrimiento y muerte que el amor también es peligroso. Como el amor impulsaba a Cristo a correr riesgos, así, cuando su amor fluye en nuestra vida nos impele a arriesgarnos.

Aquí van algunas consideraciones y sugerencias que pueden ayudarnos a saber por qué y cómo arriesgarnos cuidadosa y generosamente a correr el riesgo de confiar en otros:

1. Jesús nos creyó cuando en realidad no somos confiables, porque él nos ama y anhela inspirar esperanza y confianza recíproca en nosotros. A pesar de que bajo ningún concepto somos meritorios de su confianza, él nos la da de todos modos. ¿No deberíamos reflejar la misma actitud cuando nos relacionamos con la gente?

2. Si aplicamos el método de Cristo al relacionarnos con la gente, escucharemos, simpatizaremos y llegaremos a familiarizarnos con las otras personas y sus necesidades. Como consecuencia, abordaremos la situación de una forma mucho más eficaz.

3. Debemos reconocer que es imposible determinar siempre la confiabilidad de una persona. A veces nos sorprendemos de que aquellos de quienes menos esperábamos que fuesen confiables, demostraron serlo, mientras que aquellos en quienes habíamos puesto gran confianza nos chasquearon.

4. Cuando nos arriesgamos a creer en otros, debemos recordar que no estamos solos. Cristo está allí con nosotros, experimentando las consecuencias junto a nosotros. Algunas de las personas a quienes ayudó, amó y confió, se volvieron contra él; por lo tanto, no sólo entiende nuestros desafíos, sino que prometió darnos todo lo que necesitamos para realizar su trabajo mediante nosotros.

5. Aunque el hecho de creer en la gente no logre despertar en todos la misma confianza (ésta es una opción personal), proporcionará el mayor incentivo para que la gente nos responda positivamente. Recuerde que cuando éramos niños, y nuestros padres o maestros expresaban confianza en nosotros, nos sentíamos ansiosos por corresponder a sus expectativas.

Henry Stimson, el estadista norteamericano que sirvió bajo cinco presidentes y entendía muy bien la naturaleza humana, dijo cierta vez: "La principal lección que aprendí durante mi larga vida es que la única manera de hacer que un hombre sea confiable es confiando en él. La forma más segura de hacer que él sea indigno de confianza es desconfiando de él y mostrándole esa desconfianza".[18]

6. Finalmente, necesitamos considerar cuidadosamente los principios prácticos del consejo que Cristo dio a sus discípulos cuando los envió a testificar: "He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas" (Mat. 10: 16).

A. No necesitamos abandonar nuestro idealismo de mostrarnos confiados en la gente. Cristo nos compara con dos indefensas e inocentes criaturas: la oveja y la paloma.

B. Sin embargo, a la vez que precisamos mantener nuestro idealismo, también debemos equilibrarlo con una realidad práctica. Cristo dijo que los lobos andan errantes por todas partes, y a veces vestidos de ovejas.

C. Jesús nos pidió que testificáramos en el mundo real, lleno de pecado y pecadores. Pero a la vez que vamos hacia allí, él espera que mantengamos nuestros ojos bien abiertos pues desea que sepamos discernir, que seamos sensatos y prudentes como serpientes.

D. Es interesante que Cristo usó una serpiente, símbolo de Satanás, para enseñarnos prudencia. Obviamente, en nuestro revuel-

to y confundido mundo no es suficiente poseer sólo las características de una paloma. Además, debemos tener la prudencia de una serpiente. Cristo desea que amemos, pero quiere que amemos inteligentemente. Es bueno ser inocentes, pero la inocencia debe estar sazonada con sabiduría.

E. Si mantenemos un equilibrio esencial entre idealismo y pragmatismo evitaremos ser demasiado aprensivos, o lo que es aún peor: cínicos, cuando se trate de confiar o ganar la confianza de otros. Stimson dice: "El único pecado mortal que conozco es el cinismo". El Señor quiere mantenernos apartados del cinismo y de que nos sintamos descorazonados o hastiados de hacer buenas obras (Gál. 6: 9). Amamos a las personas porque amamos al Señor, y al amarlas y confiar en ellas lo hacemos como si fuese para el Señor. El abre de par en par su corazón para darnos confianza, seguridad, amor y sabiduría.

La máxima confianza, naturalmente, reside sólo en Cristo. Cuando otros depositan su confianza en nosotros porque reflejamos el carácter de Cristo en nuestra relación con ellos, deberían sentirse impulsados a acompañarnos e ir hacia el Maestro, en quien juntos depositaremos nuestra confianza y lo seguiremos. Debemos ayudarlos y luego conectarlos con Cristo.

La gente necesita saber que nosotros depositamos nuestra máxima confianza en un Dios perfecto e inamovible, y no en inestables seres humanos. Si no los dirigimos hacia Cristo, los estamos colocando en riesgo de que se chasqueen. "Propendemos a buscar simpatía y aliento en nuestro prójimo, en vez de mirar a Jesús. En su misericordia y fidelidad, Dios permite muchas veces que aquellos en quienes ponemos nuestra confianza nos chasqueen, para que aprendamos cuán vano es confiar en el hombre y hacer de la carne nuestro brazo. Confiemos completa, humilde y abnegadamente en Dios".[19]

"Necesitamos tener una confianza mucho menor en lo que el hombre puede hacer, y una confianza mucho mayor en lo que Dios puede hacer por cada alma que cree".[20]

Esto no significa que ellos no podrían tener confianza en nosotros, o centrarla solamente en Cristo. No es una situación que se trate de "uno o el otro", sino más bien es la necesidad de encontrar un equilibrio estable entre los dos. Es natural que la gente deposite su confianza en una persona que puedan ver y tocar. Es

más difícil relacionarse con un Dios invisible. Esta es la razón por la cual debemos ser cuidadosos, especialmente en el caso de que su confianza en nosotros reemplace la necesidad de ir a Cristo. Al depositar su confianza en nosotros, ellos deben tener en cuenta que somos humanos, con flaquezas e imperfecciones, y que su confianza en nosotros no los gratificará tanto como si la depositaran en Cristo. Todos debemos confiar en un Dios totalmente amante, perfectamente comprensivo, suficientemente confiable y que no sea caprichoso. Ellos deben entender que cuando descubren confiabilidad en nosotros, no es por nuestros propios méritos, sino porque Dios nos la dio, y él, fuente de todas las dádivas, se la concederá también a ellos.

"Hay consignadas allí largas y rudas batallas libradas en circunstancias críticas, tal vez dificultades de familia que día tras día debilitan el ánimo, la confianza y la fe. Los que pelean la batalla de la vida contra fuerzas superiores pueden recibir fortaleza y aliento merced a menudas atenciones que sólo cuestan un esfuerzo de amor. Para ellos, el fuerte apretón de mano de un amigo verdadero vale más que oro y plata. Las palabras de bondad son tan bien recibidas como las sonrisas de ángeles".[21]

Joan era miembro de iglesia y estaba tratando de testificar frente a sus compañeros de trabajo, pero cierta vez me comentó acerca de su reticencia de hablar de Cristo a quienes estaban en su oficina. Me dijo que le resultaba especialmente difícil llegar hasta una mujer en particular "pues ella fuma demasiado, bebe y es impetuosa; además es inescrupulosa y su lenguaje deja mucho que desear". Cuando le pregunté por qué me contaba todo eso, me contestó que a pesar de que sentía que testificar era su deber cristiano, no tenía fuerzas para autoimponérselo; no se imaginaba cómo podía llegar a ser amiga de esa mujer. Me confesó: "Me siento cautelosa frente a ella y no quiero que me enrede en sus problemas. Por otro lado, es probable que ni se interese en las cosas espirituales".

Sin embargo, admitió sentir que Dios le estaba ofreciendo una oportunidad para llegar hasta aquella mujer y, consecuentemente, la culpabilidad la turbaba, pues se daba cuenta de que estaba evitando a su compañera. En medio de su frustración lanzó al aire estas palabras: "¡No puedo hacer nada! Simplemente no me siento cómoda en su presencia y no quiero tener nada que ver con ella.

No puedo tenerle confianza". Continuó la conversación manifestando que no sabía cómo Dios podría usar su testificación ya que su actitud era tan negativa. "Creo que hago más daño que bien", confesó.

Finalmente, le pedí que me dijese por qué este asunto la intranquilizaba tanto. Ella confesó que cuando oraba, parecía que el Señor le indicaba que debía acercarse a esa mujer. Luego de orar y comprender su problema, le dije amablemente que no debía mirar las posibles complicaciones que su compañera podría traerle, sino que mirara a Jesús y lo que él podía hacer mediante ella. Le insistí que convenía que el comienzo fuese simple: una sonrisa, un gesto, una pregunta; que viese qué sucedía, para luego partir hacia algo más importante.

Hice hincapié en que lo que Jesús más necesitaba en esa situación: su disposición y no tanto su habilidad. "El puede encargarse de la habilidad pues es 'omnihábil' " —le expliqué—"pero lo que realmente necesita es su disponibilidad para manifestarse mediante usted". Inmediatamente, ella admitió que se había preocupado demasiado de sí misma y de lo que podía o no podía hacer, sin tener en cuenta lo que podía hacer Cristo.

Pocos días después me llamó, muy agitada y feliz, para contarme lo que estaba sucediendo en su oficina, con su amiga. Noté que esta vez describió a la otra mujer como su "amiga". Contó que unos días después de nuestra conversación le había pedido a Cristo que la ayudase. Al llegar al trabajo al día siguiente, se encontró de pronto frente a frente con su compañera. De pronto sintió muy intensamente que Dios en su providencia había arreglado dicho encuentro, pues en realidad todo lo que tuvo que hacer fue una simple pregunta y luego escuchó demostrándole simpatía. Aquella mujer estaba esperando que alguien le manifestase genuino interés.

Durante la conversación, le confió que se sentía sumamente preocupada por su padre, que apenas había conseguido sobrevivir a un ataque de corazón. También la inquietaba la situación de su hijo adolescente, que recientemente había abandonado el hogar paterno. Al sentir que la mujer necesitaba tener una conversación amigable, Joan manifestó: "Quiero que sepas que cada mañana mi familia y yo estaremos orando por tu padre y tu hijo".

Sorprendida por este gesto, la mujer no pudo impedir que se le

llenaran los ojos de lágrimas al decir: "¡Gracias! Por favor, no se olviden de orar, pues lo necesito y mucho. Puedo asegurarte que es la primera vez que alguien se ofrece a orar por mí y esto significa mucho, más aún en esta circunstancia".

A medida que la experiencia de Joan continuó desarrollándose, ella manifestó que le era difícil recordar que esta nueva amiga que había encontrado era la misma "desagradable y odiosa" mujer a quien tanto temía anteriormente. De algún modo, cuando Joan enfocó su mira en lo que Cristo podía y quería hacer mediante ella, las pesadas cargas desaparecieron y, a medida que se involucraba más y más en compartir, amar y confiar, su corazón se llenaba de compasión. La mujer dejó de ser un objeto odioso y, por la gracia de Cristo, pasó a ser un centro de simpatía y amor. A medida que pasaron las semanas la relación fue creciendo. Joan ganó su confianza y pocos meses más tarde consiguió guiarla hacia Cristo y vio cómo la mujer depositaba toda su confianza en él.

Wayne McDill, al resumir qué es la evangelización de relación dice: "Ellos escucharán nuestro testimonio y observarán atentamente para descubrir si verdaderamente se ve a Cristo en nuestra vida. Llegarán a ver a Jesucristo como un amigo confiable cuando hayan encontrado en usted y en mí la misma clase de amistad. Luego, tendremos el gozo de presentarles al Amigo que dio su vida por ellos. Esto es evangelización de relación: llevar amigos a Cristo".[22]

Referencias

[1]David Crockett, "God, I Want to Live", *Time*, 2 de junio de 1980, p. 26.

[2]*Ibíd.*

[3]EGW, *TM*, p. 189.

[4]EGW, *MC*, p. 101.

[5]Phillip W. Keller, *Salt for Society*, p. 134.

[6]EGW, *TM*, p. 190.

[7]EGW, *DTG*, p. 125.

[8]Paul E. Little, *How to Give Away Your Faith*, p. 52.

[9]EGW, *Testimonies for the Church*, t. 9, p. 41.

[10]Ralph Neighbour, *Witness, Take the Stand*, p. 42.

[11]EGW, *DTG*, p. 156.

[12]EGW, *Ed*, pp. 75, 76 (ed. ACES).

[13]EGW, *1JT*, p. 514.

[14]*Ibíd.*, p. 510.

[15]EGW, *DMJ*, p. 60 (ed. ACES).

[16]Keller, *Ibíd.*, p. 133.

[17]*Ibíd.*, pp. 134, 135.

[18]Henry Stimson, "The Bomb and the Opportunity", *Harper's Magazine*, marzo de 1946.

[19]EGW, *MC*, p. 387.

[20]EGW, *PVGM*, p. 112 (ed. PPPA).

[21]EGW, *MC*, p. 115.

[22]Wayne McDill, *Making Friends for Christ*, p. 86.

CAPITULO
OCHO

SIGUEME

La mayoría de los adultos recuerda tiernamente a algún animalito que tuvo en la infancia. Uno de mis favoritos era un corderito blanco como la nieve. Recuerdo que me atrajo desde que nació, y llegamos a ser amigos inseparables. Me seguía a todas partes en forma incondicional. Cuando me escuchaba caminar, silbar o llamarlo, inmediatamente venía a mi lado. A veces me sorprendía descubrir que andaba detrás de mí aunque no lo había llamado. Era asombroso cómo percibía cada movimiento que yo hacía y confiaba ciegamente en mí. Estaba siempre listo para ir doquier yo anduviera y hacer cualquier cosa que yo le ordenase.

En este capítulo enfocaré el *quinto* peldaño del método de testificación de Cristo. El invitaba a la gente a que lo siguiera, y ésta respondía con vehemencia. Podemos imaginar la situación: Jesús era un hombre que se mezclaba con la gente y se identificaba con ella. Conocía a las personas por nombre, las escuchaba atentamente y simpatizaba profundamente con sus circunstancias. Su amor encontró un sendero para llegar al corazón de las multitudes y capturar su confianza. Al ocuparse genuinamente de ellos, les dio significado para el presente y esperanza para el futuro.

"De no haber sido por el espíritu suave y lleno de simpatía que se manifestaba en todas sus miradas y palabras, no habría atraído las grandes congregaciones que atraía. Los afligidos que

venían a él sentían que vinculaba su interés con los de ellos como un amigo fiel y tierno, y deseaban conocer más de las verdades que enseñaba. El cielo se acercaba. Ellos anhelaban permanecer en su presencia, y que pudiese acompañarlos de continuo el consuelo de su amor".[1]

En Juan 10: 27 encontramos una de las muchas veces que Jesús usó la expresión "me siguen", al describir su relación con los que le respondían: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen". Notemos que antes de esto se había establecido una relación personal que fluía en dos direcciones. Seguir a Cristo también significa implícitamente confianza en él y en su liderazgo. El amor genuino y el interés que el Pastor les mostró no les permitía apartarse de él.

En Juan 10: 4 se menciona que Cristo, el buen Pastor, "Cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz". Los "seguidores" necesitan un líder que conozca el camino y "vaya delante de ellos".

A veces, al servir a Jesús, nos apresuramos y vamos delante de él, o lo encontramos en el camino. Pero seguir a Cristo no es algo mecánico sino una experiencia vital resultante de una relación de confianza. Seguir significa "ser guiados por", "imitar o hacer una cosa por el ejemplo de otro", "obedecer".

Por consiguiente, cuando Jesús invitó al pueblo de sus días a que lo siguiera, también estaba invitando al Israel de hoy. Cuando hayamos ganado la confianza de la gente, ésta se asirá de nuestra mano confiando en que le presentaremos a nuestro Salvador y Señor. Entonces podremos poner nuestras manos y las de ellos en las amorosas y todopoderosas manos de Cristo, donde "nadie las arrebatará" (vers. 28). Servimos como enlace que los conecta con Cristo mientras les muestra que nosotros también necesitamos tanto de él como ellos mismos. "Hay almas afligidas por la duda, cargadas de flaquezas, débiles en la fe e incapacitadas para comprender al Invisible; pero un amigo a quien pueden creer, que viene a ellos en lugar de Cristo, puede ser el vínculo que corrobore su temblorosa fe en Cristo".[2]

Al llevar a la oveja perdida hacia el buen Pastor, nunca deberíamos pensar que esta importante tarea descansa solamente en nuestros hombros, sino recordar que Cristo se involucra íntimamente en el rescate, incluso, de una sola oveja. El siempre está

preparando el camino para que nosotros hagamos la tarea en beneficio del perdido. Cristo conoce sus nombres, dónde viven y "dio a veces instrucciones a sus siervos para que fueran a cierta calle en cierta ciudad, a tal casa, para hallar a una de sus ovejas".[3]

¿Cómo hacer para invitarlas a seguir a Cristo? Primeramente, el sólido fundamento de la relación ya establecida con la gente al implementar los primeros cuatro peldaños del método de Cristo, nos ayudará a encontrar a las personas más receptivas hacia el evangelio. Ellas habrán tenido la experiencia de nuestra simpatía y amor al ministrar sus necesidades y, por eso, habremos ganado su confianza.

En *segundo* lugar, los motivos altruistas y el amor genuino (cosas que difícilmente encontrarán en este egocéntrico mundo) los habrá impresionado e influido en ellos. Seguramente, desearán saber por qué somos como somos.

En *tercer* lugar, probablemente ya habrán aprendido, directa o indirectamente, acerca de Cristo, la Biblia, la iglesia, etc., mediante nuestra amistad.

En *cuarto* lugar, a esta altura ya es natural invitarlos a seguir a Jesús. Si han llegado hasta aquí, lo aceptarán gozosos.

Al estar agradablemente sorprendidos de encontrarse con cristianos que se preocupan e interesan en ellos genuinamente, sentirán curiosidad de saber por qué obramos de un modo diferente al que están acostumbrados a ver. Debemos contarles honestamente que toda expresión de simpatía, amor e interés que han recibido, en realidad proviene de Cristo, la fuente de todas las cosas buenas. Al hacerlo, estaremos otorgando a Cristo el mérito de nuestro reconocimiento: sin él seríamos egocéntricos.

Si al llegar a este punto no hemos dado nuestro testimonio personal completo, sería la oportunidad de hacerlo. Al mismo tiempo, los invitaríamos a que se unan con nosotros en seguir a Jesús, nuestro mejor amigo. Dicho testimonio no debería llegar como una sorpresa sino como algo que ellos esperan, algo que reafirma en sus mentes la razón y fuente de nuestra auténtica y significativa relación con ellos. Naturalmente, nuestro testimonio no debería ser rígido ni estereotipado, sino espontáneo e interesado en el problema particular de la gente.

Este es el resultado lógico de seguir a Cristo, pues cuando él

trabaja en y por medio de nuestra vida, diremos y haremos cosas que valen la pena de ser dichas y hechas.

Elena de White escribe: "Como testigos de Cristo, debemos decir lo que sabemos, lo que nosotros mismos hemos visto, oído y palpado. Si hemos estado siguiendo a Jesús paso a paso, tendremos algo oportuno que decir acerca de la manera como nos ha conducido... Este es el testimonio que nuestro Señor pide y por falta del cual el mundo perece".[4]

Nunca lograremos hacer suficiente énfasis en la importancia y la potencialidad de un testimonio genuino y sincero, ya que puede superar los argumentos teóricos y los debates teológicos, y más que ninguna otra cosa puede impresionar al corazón humano para que responda a Cristo.

Un joven pastor me pidió que lo acompañara a saludar a un hombre al que le estaba dando estudios bíblicos. Me explicó que la esposa ya había aceptado a Cristo, pero el marido se mantenía distante, haciendo preguntas acerca de la existencia de Dios y otros temas. Cuando nos encaminábamos hacia la casa, le pregunté:

—Para usted, ¿cuál es el verdadero problema?

—Creo que dedico demasiado tiempo a discutir con él complicados argumentos teológicos —respondió cándidamente.

A medida que nos acercábamos seguimos hablando y orando. De pronto, este pastor me dijo:

—Realmente hoy me siento impulsado a darle a este hombre sólo mi testimonio. Nada de entrar en grandes debates o discusiones. Esta vez testificaré de lo que Cristo ha hecho en mi vida.

Después de saludar, comenzó a decir:

—Juan, de un tiempo a esta parte hemos estado discutiendo varios asuntos, pero hoy quisiera dedicar unos minutos para compartir con usted mi testimonio personal.

Juan escuchaba atentamente mientras el pastor abría su corazón y le explicaba la diferencia que marcó el amor de Cristo en su vida. Era sorprendente ver a un hombre que había sido tan discutidor escuchar atentamente. Era evidente que el amor de Cristo manifestado en el testimonio del pastor estaba ablandando su duro corazón. Finalmente, sollozando, Juan pidió a Cristo que le perdonase sus pecados y entrara en su corazón.

No es de extrañar que Elena de White haya escrito: "Nuestra

confesión de su fidelidad es el factor escogido por el Cielo para revelar a Cristo al mundo. Debemos reconocer su gracia como fue dada a conocer por los santos de antaño; pero lo que será más eficaz es el testimonio de nuestra propia experiencia... Apoyados por una vida semejante a la de Cristo, tienen un poder irresistible que obra para la salvación de las almas".[5]

Podemos compartir nuestro testimonio personal de muchas formas, pero nunca deberíamos presentarlo de manera rápida, memorizado mecánicamente o buscando producir una conversión instantánea. Esto no significa que no debemos pensar con anticipación acerca de lo que diremos. Incluso, para algunos podría ser aconsejable que escribieran su testimonio, pero que mantuvieran la flexibilidad suficiente como para mostrarse espontáneos y sensibles ante las necesidades particulares de cada persona. Es de vital importancia que el evangelio se presente "no como una teoría inerte, sino como una fuerza viva capaz de transformar la conducta".[6]

¿Qué podemos decir o incluir en nuestro testimonio? Encontramos la respuesta en lo que Jesús le pidió al endemoniado que acababa de curar: "Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti" (Mar. 5: 19). La gente de su ciudad sabía todo acerca de la vida pasada del endemoniado. El no necesitaba dedicar tiempo a esto. En vez de eso, Jesús quería que enfatizara cómo había encontrado al Señor y qué había producido ese encuentro en su vida.

Esto no significa que debamos permanecer silenciosos en cuanto a nuestra vida pasada, pero no debería ser el foco de atención de nuestro testimonio, especialmente si contiene algún incidente sensacional o negativo. El propósito de cualquier testimonio personal no es ensalzar el pecado, sino glorificar a Jesús.

El testimonio que el apóstol Pablo dio a sus compañeros judíos a su regreso a Jerusalén puede servir como ejemplo útil al preparar nuestro propio testimonio.

De lo relatado en Hechos 22 podemos sacar cuatro componentes principales. *Primero,* una síntesis de su vida antes que Cristo entrase en ella. *Segundo*, cómo llegó a ser un seguidor de Cristo. *Tercero*, lo que Cristo hizo en su vida después de la experiencia en el camino a Damasco (en nuestro caso, nuestra conversión). *Fi-*

nalmente, su perspectiva para el futuro como un resultado de seguir a Cristo.

Usando los cuatro puntos principales, podemos preparar un esbozo de lo que queremos decir. No debería ser prolongado ni pesado, sino palpitante y lleno de la fragante presencia de Cristo en nuestra vida.

Debemos recordar que a pesar de que es útil tener un testimonio acabado y perfecto, lo que lo hace realmente efectivo es el revelar a Cristo como una realidad viviente en nuestra vida diaria. El poder de una vida semejante a la de Cristo puede convertir un testimonio presentado torpemente en uno que transforme vidas. "Nuestra influencia sobre los demás no depende tanto de lo que decimos, como de lo que somos. Los hombres pueden combatir y desafiar nuestra lógica, pueden resistir nuestras súplicas; pero una vida de amor desinteresado es un argumento que no pueden contradecir. Una vida consecuente, caracterizada por la mansedumbre de Cristo, es un poder en el mundo".[7]

Cuando invitamos a las personas a aceptar a Cristo, ¿los estamos guiando para aceptarlo y seguirlo como Salvador y Señor? Algunos testigos enfatizarán solamente el amor y la redención de Jesús, otros lo harán en su obediencia, señorío y poder. La palabra *equilibrio* ha adquirido importancia para mí, pues actualmente es muy fácil ir a los extremos en todas las cosas.

No se trata de un asunto o del otro, sino ambos. Cuando elegimos seguir a Jesús, necesitamos estar comprometidos con todo lo suyo. Cristo no está dividido, lo tenemos todo o no tenemos nada de él. No es sólo nuestro Salvador; también es nuestro Señor. No sólo lo amamos; también lo obedecemos y lo servimos. No solamente nos justifica; también nos santifica. Por lo tanto, necesitamos no sólo aceptarlo sino también seguirlo "dondequiera que va" (Apoc. 14: 4).

Hace varios años, mi hermana me pidió que cuidase a mi sobrinita de cuatro años mientras ella hacía unas compras. Lamentablemente, estuvo ausente varias horas, y durante ese tiempo la niñita tuvo hambre y me pidió que le diera su almuerzo. Como no soy un gran cocinero, saqué a relucir lo más sencillo: sándwiches de manteca de maní y jalea.

Pocos minutos más tarde quise controlar si todo transcurría normalmente, y descubrí que ella había raspado la manteca de

maní y la jalea y se las había comido, mientras las tajadas de pan habían quedado abandonadas. Cada vez que recuerdo la experiencia pienso cuán a menudo muchos de nosotros somos como mi sobrinita: apetecemos las dulzuras del evangelio pero desechamos sus nutrientes.

Cuando explicamos a nuestros amigos de una manera clara cómo seguir a Jesús, y ellos lo aceptan de corazón y se comprometen con él para el resto de su vida, están listos para estudiar la Biblia. Hay dos razones para ese estado de receptividad. Primeramente, porque tales estudios estarán asentados en un sólido fundamento de relación con nosotros: somos buenos amigos. En segundo lugar, están asentados en un sólido fundamento de relación con Cristo: han elegido seguirlo como Salvador y Señor.

Si, por el contrario, no los hemos ayudado a establecer un fundamento de relación seguro, tanto con nosotros como con Cristo, nuestra estructura de querer hacerlos discípulos puede desmoronarse en cualquier momento. ¿Por qué? Porque ninguno de nosotros ha invertido en la relación. Si, en verdad ellos han escuchado algunas ideas teóricas y les hemos presentado un plan, pero el énfasis en la persona y el método fue dejado de lado. Esto explica la razón por la cual a veces nos dicen que no quieren continuar estudiando la Biblia. Sienten que no perderán mucho al dejar la amistad y la relación con nosotros y con el Señor.

Si hemos logrado implementar los peldaños del método de Cristo, ellos sentirán el deseo de aumentar su conocimiento de él y agradarlo en todo. Pablo y Jesús afirman repetidamente este importante principio.

El apóstol combina la experiencia, siempre creciente, de conocer a Cristo con la obediencia a él. Por ejemplo, escribe a los Colosenses: "Y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador" (Col. 3: 10, BJ). (En la versión inglesa TLB dice: "Ustedes están viviendo un nuevo tipo de vida que continuamente les permite aprender más y más acerca de lo que es correcto, y busca constantemente ser más y más semejante a Cristo, que creó esta nueva vida dentro de ustedes".) "Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios" (Col. 1: 10).

En Juan 14: 15 Jesús dice: "Si me amáis, guardad mis mandamientos".

Uno de los primeros estudios bíblicos que di fue a un hombre joven que después de mucho accedió a mi incesante pedido de estudiar con él. Había crecido con algunas ideas un tanto negativas acerca de Dios. Cuando esparcí frente a él todos los textos y el apoyo histórico que prueba la observancia del sábado en lugar del domingo, hizo un comentario que permanece indeleblemente impreso en mi mente. "Usted sabe, no puedo permanecer ante Dios durante un minuto, ¡y ahora quiere que le dedique un día íntegro, de puesta de sol a puesta de sol!"

Esto explica por qué es atinado permitir que cada enseñanza bíblica sea motivada en Cristo y centrada en él. Como discípulos de Cristo debemos tener la seguridad de que cada cosa que enseñamos estará enfocándolo a él. Es la razón más atractiva, apremiante y duradera que motiva a establecer un verdadero compromiso personal. Ya que hemos hecho alusión a la doctrina del sábado, usémosla como ejemplo. ¿Cuál es la razón principal y más efectiva que debemos dar a los otros para observar el sábado?

1. Desde el mismo comienzo, Cristo se comprometió con el hombre y le demostró su amor no solamente dándole vida, sino también separando un día especial para comulgar con él.

2. El amor de Cristo siempre busca al hombre y trata de aproximarse a él. La Biblia está saturada de referencias que hablan de su intenso deseo de estar con su pueblo. Al establecer un día especial Jesús hizo una demostración concreta de su amor por nosotros y de lo especiales que somos para él.

3. Dado lo importante que es el hombre para el Creador, hizo el sábado pensando en él, y lo consideró como un día especialmente reservado y separado del resto de la semana para que nos comunicáramos con nuestro Hacedor. Consecuentemente, considerando que el sábado es tan importante para el Señor, se desprende que debería ser igual para nosotros.

4. El sábado es un precioso don de amor de Dios. Es tiempo creado pensando en nosotros. ¿Cómo recibimos un presente de amor de un amigo especial? Aceptándolo. Con el sábado, regalo de Cristo, deberíamos actuar de la misma forma: no sustituirlo por nada.

5. Cristo mismo acostumbraba adorar en el séptimo día. Sus

profetas y discípulos también lo hicieron. Hemos aceptado un compromiso con él y queremos vivir como él lo hacía. ¿Cometeríamos errores al seguir su ejemplo?

6. El sábado simboliza la creación de Cristo y la redención del hombre. El descansó durante ese día, luego de haber terminado la creación. También descansó el sábado luego de haber terminado el acto de redención en el Gólgota.

La gente que sigue estudios bíblicos adquiere el compromiso de seguir el ejemplo de Cristo en cada una de sus enseñanzas. Cuando llegan al final de las lecciones, deciden emular nuevamente el ejemplo de Cristo mediante el bautismo por inmersión. No toman este importante paso sólo porque se han sentido fascinados por las doctrinas, sino porque el Cristo de esas doctrinas los ha cautivado. Incluso, su bautismo puede ser un servicio de consagración por testificación. Después del bautismo, siguen nuevamente el ejemplo de Cristo: ungido por el Espíritu Santo para su ministerio (Luc. 3: 21-23).

Cuando testificamos, ayudamos a la gente a que tome el modelo de Cristo en cada aspecto, incluyendo el bautismo y la consagración al servicio. Como nuevos miembros del cuerpo de Cristo, ellos comienzan a testificar de la misma manera como lo hicieron sus amigos. En otras palabras, llegan a otras personas como lo hizo Jesús aplicando su método de testificación.

Desarrollaremos este punto más a fondo en el siguiente capítulo. Aquí alcanza con mencionar la declaración: "Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como misionero. Apenas llega a conocer al Salvador, desea hacerlo conocer a otros. La verdad salvadora y santificadora no puede quedar encerrada en su corazón".[8]

Cuando Jesús llamó a sus discípulos para que lo siguieran (Mat. 4: 19), con toda intención ignoró a las personas más educadas y cultas, y eligió a un conjunto de pescadores rudos e ignorantes. ¿Con qué propósito? Dejar establecido que "su cargo era el más importante al cual hubiesen sido llamados alguna vez los seres humanos y únicamente el de Cristo lo superaba".[9]

¿Qué tipo de cualidades poseían? No muchas, para el mundo. Cristo conocía bien sus defectos antes de seleccionarlos, pero era el tipo de líder que tomaba a las personas donde estaban y las entrenaba para el ministerio en favor de otros. Esto era posible por-

que los discípulos (sin dejar de ver sus imperfecciones y errores) "eran hombres de capacidad innata, humildes y susceptibles de ser enseñados; hombres a quienes él podía educar para su obra".[10]

Las mejores cualidades para el entrenamiento espiritual son la humildad y la disposición a ser enseñados. Los discípulos poseían ambas características, aunque muy pocos líderes religiosos de sus días las tenían. Ambas características, combinadas con la posibilidad de tener a Jesús como su inigualable maestro durante más de tres años, los transformaron a su semejanza. ¡Y qué maravilloso maestro tuvieron! Enseñaba hora tras hora, oraba continuamente por ellos, los amaba y creyó en ellos hasta el fin. "Cuando los discípulos terminaron su período de preparación con el Salvador, no eran ya ignorantes y sin cultura; habían llegado a ser como él en mente y carácter, y los hombres se dieron cuenta de que habían estado con Jesús".[11]

Quizá no poseamos las cualidades mencionadas anteriormente para testificar: Tener el carácter de Cristo y arrancar de la gente la expresión "Se nota que ha estado con Jesús". Ambas constituyen el poder más atractivo que existe en el mundo. Ese poder no es autogenerado, procede de la transformación lograda por Cristo, que revela su presencia en nuestra vida. En Zacarías 8: 23 se describe vívidamente el poder de atracción que tiene una persona tal. "En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto de un judío diciendo: 'Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros' ".

No podemos testificar exitosamente a menos que Cristo more en nosotros y transforme nuestra vida. Bonhoeffer, que ciertamente conocía lo que significaba ser un discípulo de Cristo, dijo: "Cuando somos llamados a seguir a Cristo, se nos convoca a una unión exclusiva con él... Ser discípulos significa adherirnos a Cristo".[12] Esto es precisamente lo que Jesús buscaba al llamar a sus discípulos a "que estuviesen con él" (Mar. 3: 14). El dijo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mar. 4: 19). Notemos que su deseo era que permaneciesen concentradamente con él, para seguirlo, y no que se preocupasen tratando de transformarse en testificadores. Esta era *su* responsabilidad, no la de ellos.

Es imprescindible que tengamos en mente el llamado de Cristo a seguirlo y permitirle que nos transforme en testificadores. Esta-

mos inclinados a centrarnos en nosotros mismos y lo que podemos realizar, en lugar de poner la mira en Cristo y permitirle que nos transforme en el tipo de testigos que él desea que seamos. "No llegamos a ser efectivos si al influir en la gente y llevarlos a Cristo nos concentramos en nosotros mismos y en el desarrollo de nuestras habilidades. Nuestra efectividad nunca dependerá de esto. La clave del éxito será siempre nuestra relación personal e inmediata con el Señor a medida que lo seguimos".[13]

Finalmente, Pedro aprendió la lección principal: cómo seguir al Maestro. Cristo, paciente y amorosamente, le enseñó a asirse constantemente de él. Este discípulo había sido impetuoso, agresivo, lleno de suficiencia propia y ambicioso. "Hasta entonces Pedro había estado inclinado a obrar independientemente. Había procurado hacer planes para la obra de Dios en vez de esperar y seguir el plan de Dios. Pero él no podía ganar nada apresurándose delante del Señor. Jesús le ordena: 'Sígueme' ".[14] Felizmente, debido a su actitud de dejarse enseñar y su confianza y amor por Cristo, Pedro emergió de la mano modeladora del Maestro transformado y firmemente arraigado a él.

Un predicador relata cuánto gustaba caminar a lo largo de la playa recolectando caracoles abandonados aquí y allí por las olas. Vagabundeando solo, seleccionando los mejores trofeos marinos, de pronto vio en una gran roca cercana uno que le interesaba mucho para su colección. Al llegar al lugar, descubrió que la pieza estaba fuertemente aferrada a la roca. Trató de desprenderla, tirándola con ambas manos, pero no logró que se soltara. Estaba tan adherida a la roca que separarla era tan imposible como lo hubiera sido el mover la roca entera.

De la misma manera, todos los Pedros llamados a seguir a Cristo comienzan siendo guijarros o caracoles diseminados por las olas a lo largo de la playa y las circunstancias de la vida. Sin embargo, cuando tenazmente se incrustan en Cristo, la sólida Roca, llegan a ser inamovibles y a formar parte de él.

Referencias

[1]EGW, *DTG*, pp. 219, 220.

[2]*Ibíd.*, p. 264.

[3]*Ibíd.*, p. 445.

[4]*Ibíd.*, p. 307.
[5]*Ibíd.*, p. 313.
[6]EGW, *MC*, p. 67.
[7]EGW, *DTG*, p. 115.
[8]EGW, *MC*, p. 80.
[9]EGW, *DTG*, p. 258.
[10]EGW, *Ibíd.*, p. 215.
[11]*Ibíd.*
[12]Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, p. 63.
[13]Wayne McDill, *Making Friends for Christ*, p. 108.
[14]EGW, *DTG*, p. 754.

CAPITULO
NUEVE

PESCADORES DE HOMBRES

John Drescher escribió una ilustrativa parábola: "Había un grupo que se autodenominaba pescadores. Y he aquí que había muchos peces alrededor de ellos. En efecto, toda la región estaba irrigada por corrientes de agua, y había hermosos lagos llenos de peces. Y los peces tenían hambre.

"Semana tras semana, mes tras mes, año tras año, estos autodenominados pescadores se reunían y hablaban acerca de su vocación y llamamiento a pescar, de la abundancia de peces y de los mejores métodos para pescar. Periódicamente definían con cuidado qué significaba pescar, defendían la pesca como profesión y declaraban que pescar era, es y sería siempre la primera tarea de los pescadores.

"Continuamente buscaban nuevas y mejores técnicas para lograr renovadas definiciones de pesca. Decían convencidos: 'La industria pesquera existe gracias a los pescadores, como el fuego viene a la existencia al producirse la combustión'. Les gustaban las frases como: 'Pescar es la tarea de cada pescador', 'Todo pescador es un recolector de peces' y 'Un puesto de pesca por cada club de pescadores'.

"Patrocinaban reuniones especiales que llamaban 'Campañas de Pescadores' y 'El Mes de la Pesca Abundante'. También patrocinaban costosos congresos nacionales e internacionales para discutir acerca de pesca y de cómo promoverla. Oían disertaciones

acerca de nuevos equipos, sonidos especiales, y cualquier nueva carnada que fuese descubierta.

"Estos pescadores construyeron grandes y hermosos edificios llamados 'Sedes de Pescadores'. La consigna era que cada uno debía ser un pescador modelo, y cada pescador debía obtener una buena pesca. Sin embargo, había una cosa que ellos no hacían: pescar.

"Además de reunirse regularmente, organizaron un consejo para enviar pescadores a otros lugares donde había muchos peces. Parecía que todos los pescadores concordaban en que era necesaria una junta administrativa que pudiese desafiar a los pescadores a que confiasen en la pesca. La junta estaría formada por los que tenían la gran visión y el coraje de hablar acerca de la pesca, de definirla y de promocionar la idea de ir a pescar por corrientes de aguas y lagos lejanos, donde vivían muchos peces de diferentes tamaños y colores.

"Esta junta contrató personal, nombró comisiones y organizó muchas reuniones, asambleas, concilios y seminarios para consolidar la pesca y decidir qué nuevas corrientes se deberían considerar. Pero el personal y los miembros de las comisiones no pescaban.

"Se edificaron grandes, elaborados y caros centros de entrenamiento donde el principal propósito era enseñar a los pescadores cómo pescar con eficacia. A lo largo de los años se dictaron muchos cursos acerca de la necesidad de pescar, la naturaleza de los peces, dónde encontrarlos, sus reacciones psicológicas y cómo aproximarse a ellos para alimentarlos.

"Quienes enseñaban eran doctores en 'pescalogía'. Estos profesores enseñaban muy bien a pescar... pero no pescaban. Luego de un tedioso entrenamiento, muchos pescadores se graduaron y recibieron sus licencias para pescar. Con el tiempo, completaron estudios de posgrado en Ciencias de la Pesca, y fueron enviados para dedicarse tiempo completo a su profesión. Algunos se trasladaron a aguas distantes, saturadas de peces.

"Otros dedicaron mucho tiempo a estudiar y viajar para aprender acerca de la historia de la pesca, y conocer lugares lejanos donde los padres peregrinos o pioneros habían realizado grandes pescas en siglos pasados. Elogiaban, admirados, a los fieles pes-

cadores de los años anteriores que habían ideado, cultivado y transmitido diversos planes de pesca.

"Estos pescadores también construyeron una gran imprenta para publicar guías de pesca. Las máquinas trabajaban día y noche produciendo materiales relacionados únicamente con los métodos de pesca, equipos, planes y programas para organizar y estimular reuniones y asambleas que trataban acerca de la pesca. También se estableció una oficina en la cual se organizaban conferencias especiales acerca del tema. Se estudiaba, leía y hablaba de pesca, pero nadie pescaba.

"Muchos que sintieron el llamamiento a ser pescadores, respondieron. Fueron autorizados y enviados a pescar. Pero, igual que los pescadores que quedaron en su casa, nunca pescaron. Como ellos, se involucraron en todo tipo de ocupaciones. Construyeron plantas poderosas para bombear agua para los peces y tractores para abrir nuevas zanjas para el agua. Compraron todo tipo de equipos para viajar por diferentes lugares y observar las incubadoras de peces.

"Algunos dijeron que también querían formar parte de los equipos, pero sintieron la necesidad de dedicarse a proveer equipos de pesca. Otros sintieron que su trabajo era hacer una pesca 'buena' para que los peces conocieran la diferencia entre un buen pescador y uno ineficiente. Otros pensaron que era suficiente dejar que los peces los observaran y vieran que eran buenos vecinos, afectuosos y amables. Pero, ni unos ni otros pescaban.

"Luego de una reunión conmovedora acerca de 'La necesidad de pescar', un joven lleno de ideales fue a pescar. Al día siguiente informó que había pescado dos peces notables. Le dieron honores por su excelente pesca, y se organizó la manera de presentarlo ante la mayor cantidad posible de reuniones para que él contara cómo había logrado capturar esos peces. Por lo tanto, dejó de pescar para tener tiempo de contar su experiencia a los otros pescadores. Debido a su gran experiencia, lo nombraron miembro de la Junta General de Pescadores.

"Es verdad que muchos de los pescadores se sacrificaron y tuvieron que tolerar todo tipo de dificultades. Algunos vivían cerca del agua y se hartaron del hediondo olor a pescado muerto. Otros fueron ridiculizados por algunos que se burlaban del club de pesca y de los autodenominados pescadores, porque nunca habían pes-

cado. Estos burladores no comprendían a los sacrificados pescadores que no valoraban la pesca y se contentaban con asistir a las reuniones semanales para hablar de peces y pesca. Después de todo, ¿los pescadores no estaban siguiendo al Maestro, que dijo: 'Síganme y los haré pescadores de hombres'?

"Imaginemos cuán heridos se sintieron algunos cuando un día una persona sugirió que los que no capturaban peces, no eran realmente pescadores, aunque se autodenominaran así. ¿Se puede considerar pescador a una persona que en el transcurso de varios años no captura un solo pez? ¿Es 'pescador de hombres' el que no está pescando?"[1]

Podemos contestar la pregunta de Drescher con un resonante "¡No, no lo es!" No puede haber pescador sin pesca, ni pesca sin pescador. *Seguir* a Cristo y *pescar* con él son dos acciones ligadas por los mismos intereses. Ambas están tan entrelazadas que no pueden existir separadamente. Es fácil caer en el sutil engaño de imaginar que podemos hacer una cosa o la otra.

Algunos cristianos piensan que pueden seguir a Cristo sin servirlo. Preocupados tratando de ser espirituales, estudiosos y asiduos asistentes a las reuniones religiosas, reciben complacientes las bendiciones de Dios, aunque rehúsan compartirlas con otros. "Los que se esfuerzan por mantener una vida cristiana aceptando pasivamente las bendiciones que vienen por la gracia, sin hacer nada por Cristo, procuran simplemente vivir comiendo sin trabajar".[2]

Estos cristianos insisten en que su testimonio silencioso y su buen ejemplo es todo lo que Dios espera de ellos. Naturalmente, un buen ejemplo es vital, pero no suficiente. Nuestra experiencia interior debe manifestarse exteriormente tanto al hablar como al actuar.

Como esparcimos la sal sobre el alimento, debemos ir en busca de los peces. El gran amor de Cristo en nuestro corazón no puede permitir que seamos pasivos; por el contrario, nos da un deseo urgente y ardiente de llegar hasta los perdidos. Cuando el profeta Jeremías pensó que podía silenciar su testificación, descubrió que esto era imposible. "No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude" (Jer. 20: 9).

R. J. Fish y J. E. Conant admiten que, lamentablemente, hay demasiados cristianos que creen en la testificación, pero no la practican en la forma debida. La llaman "testificación silenciosa". Estos autores escriben: "Han hecho su máximo esfuerzo para conseguir que la mies madure y se formen las gavillas en el campo, para lograr que los peces vayan hasta la orilla para ser capturados, o para lograr que los agonizantes vayan tras la vida. El fruto está maduro y listo para ser cosechado, pero los cosechadores están sentados en el silo, ¡preguntándose por qué el fruto no llega! La mies será recolectada tan pronto como los cosechadores salgan al campo a buscarla".[3]

Existe también el otro extremo: convertir en dios la frenética actividad y los planes de testificación externa, mientras somos negligentes con la testificación interior. Quienes obran así, probablemente están tratando de llenar el vacío que produce el no seguir a Cristo ni estar llenos de él. En otras palabras, nos enfrascamos tanto en hacer la obra del Señor, que nos olvidamos del Señor de la obra.

Nadie está inmune a este peligro. No solamente los rabinos del tiempo de Cristo sucumbieron, sino también los discípulos. "En la estima de los rabinos, la suma de la religión era estar siempre en un bullicio de actividad. Ellos querían manifestar su piedad superior por algún acto externo... Existen todavía los mismos peligros. Al aumentar la actividad, si los hombres tienen éxito en ejecutar algún trabajo para Dios, hay peligro de que confíen en los planes y métodos humanos. Propenden a orar menos y a tener menos fe. Como los discípulos, corremos el riesgo de perder de vista cuánto dependemos de Dios y tratar de hacer de nuestra actividad un salvador".[4]

Elena de White hace un esfuerzo para equilibrar y unir los dos elementos esenciales de la testificación: estar con Cristo y trabajar por Cristo. Ella nos aconseja: (1) "Mirar constantemente a Jesús" y (2) "tomar tiempo para la meditación, la oración y el estudio de la Palabra de Dios." Al mismo tiempo reconocemos que (1) "es su poder lo que realiza la obra", y (2) "hemos de trabajar fervorosamente para la salvación de los perdidos. Es únicamente la obra realizada con mucha oración y santificada por el mérito de Cristo, la que al fin habrá resultado eficaz para el bien".[5]

Jesús adoptó un concepto equilibrado: no sólo *testificar* sino

también *enseñar* a testificar. A sus discípulos no les dijo únicamente: "Síganme", sino también: "Los haré pescadores de hombres" (Mat. 4: 19). Todos conocemos cristianos que optan por la primera parte del versículo o la segunda. Sin embargo, ambos aspectos deben ir de la mano. Jesús les pidió a sus discípulos que reemplazaran su ocupación real de pescadores por la *vocación* de pescadores de hombres. En otras palabras, no los llamó para que lo siguieran a él como un fin en sí mismo, sino para testificar de él ante otros.

¿Qué condiciones requiere ser pescadores de hombres? *Primero*, necesitamos ponernos a disposición de Cristo y aceptar su invitación de ir a él. ¿Deseamos de todo corazón presentarnos ante él?

Segundo, necesitamos someternos a Cristo para que él nos modele de acuerdo con su voluntad.

El verbo *hacer* de Mateo 4: 19 tiene un significado espiritual muy rico. Más allá de "formar, modelar o crear", también puede referirse a "pasta, masa o arcilla para hacer que algo sea". Jeremías usó esta emocionante figura para describir el trabajo de Dios con su pueblo: "¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel" (Jer. 18: 6). En Génesis 1: 27 y 2: 7 dice que Dios hizo surgir al hombre de la arcilla, según su imagen y semejanza. La sumisión al trabajo creativo de Dios significa humildad y disposición para ser enseñados. Juan Ortiz, el fogoso predicador argentino, afirma que la sumisión a Cristo debería ser la "primera ley del discipulado pues no hay modelación sin sumisión".[6]

La *tercera* condición para ser pescadores de hombres es que debemos dejar que Cristo nos modele según el tipo de testigos que necesitamos ser. No intentemos ser testigos a nuestra propia imagen (ideas y métodos propios). El hombre de hoy está tratando de hacer a Dios a su imagen en cada aspecto de su vida. Para el hombre, Dios se ha convertido en un objeto que intenta manipular y usar a su propio y egoísta antojo. Sería trágico que nosotros, como pescadores de hombres, llegásemos a ser tan atraídos por el hechizo de ideas y planes mundanos que pasemos por alto los métodos de testificación de Cristo.

En *cuarto* lugar, para que Cristo nos transforme en pescadores

de hombres debe producirse un milagro. En Lucas 5: 1 al 11, al considerar que los discípulos habían trabajado arduamente durante toda la noche sin capturar ni un solo pez, la sobrecargada red fue algo totalmente sobrenatural. Cuando Cristo nos modela según su tipo de testificación, opera un acto semejante al de crear. Es su trabajo exclusivo, porque "separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15: 5). Permitámosle que nos cree como sus testigos, y sometámonos a él para ser re-creados.

En *quinto* lugar, nuestra formación como testigos de Cristo no es instantánea. Modelar es un proceso gradual, que requiere tiempo. Sabemos que los discípulos de Cristo no llegaron a ser pescadores acabados y expertos de la noche a la mañana. Estuvieron más de tres años con Cristo. Nosotros necesitamos aún más que eso para ser testigos maduros.

Sin embargo, ellos no estuvieron ociosos durante esos años con Cristo. De ninguna manera. Estaban aprendiendo y practicando lo aprendido. La versión inglesa *Good News for Modern Man* dice en Mateo 4: 19: "Vengan a mí, y les enseñaré cómo pescar hombres". La paráfrasis *La Biblia al día* registra: "Vengan conmigo y los convertiré en pescadores de hombres".

Somos el proyecto de construcción de Cristo y él trabaja continuamente para completar su obra. El apóstol Pablo le aseguró a los cristianos de Filipos: "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1: 6).

Elena de White describe nuestro gradual proceso de entrenamiento como "aprendices de Cristo" e "instrucción divina". Ella declara: "El que llamó a los pescadores de Galilea está llamando todavía a los hombres a su servicio... Por imperfectos y pecaminosos que seamos, el Señor nos ofrece asociarnos consigo, para que seamos aprendices de Cristo. Nos invita a ponernos bajo la instrucción divina para que unidos con Cristo podamos realizar las obras de Dios".[7]

La *última* condición, pero no la menos importante, es la de aprender la indispensable lección de la autodesconfianza. Siempre debe existir una relación esencial entre falta de confianza en uno mismo y la confianza en Cristo. Esto es algo que nunca podremos asimilar de maestro o teoría humanos, sino solamente del Maestro de los maestros. "Lo primero que deben aprender todos los que quieran trabajar con Dios es la lección de desconfianza en

sí mismos... Esto no se obtiene por la educación en las escuelas más científicas. Es fruto de la sabiduría que se obtiene únicamente del Maestro divino".[8]

Simón Pedro experimentó la autodesconfianza y la confianza en Jesús cuando, a orillas del lago de Genesaret, el Maestro le dijo que no se atemorizara porque "desde ahora serás pescador de hombres" (Luc. 5: 10).

Pedro era un experto que estaba profundamente familiarizado con la pesca y las aguas del lago. La mayor parte de su vida la había pasado allí, ganándose el sustento, y especialmente esa noche había elegido un área y un momento ideal en medio de la oscuridad para pescar en el lago. Trabajó duramente toda la noche, usando todas las técnicas que conocía y aplicando cada una de sus experiencias anteriores, pero sin resultado.

Cuando aparecieron los primeros rayos del crepúsculo matinal sobre las colinas del este, no tenía absolutamente nada que demostrara su esfuerzo, ni siquiera un insignificante pez. No sólo Pedro se sintió chasqueado; todos los que habiendo hecho su mayor esfuerzo experimenten total fracaso se sentirían de la misma manera. En ese momento llegó Jesús y le dijo que tirara las redes para pescar. Eso era lo último que a Pedro se le hubiera ocurrido hacer. Con toda seguridad, él probaría de nuevo, pero no en ese momento, justo cuando acababa de sufrir un abochornante fracaso.

Quizá Pedro pensó: "Jesús, con todo el respeto que tengo por ti, ¿podrías, por favor, dejar a mi cargo lo que tiene que ver con la pesca? Admito que hay muchas cosas que no sé, pero al menos de pesca, entiendo. Ha sido mi forma de sustento". Si Jesús hubiese respondido a los pensamientos de Pedro, probablemente hubiera dicho: "Sí Pedro, verdaderamente eres un experto pescador y sabes muchísimo acerca de peces. Pero no olvides que fui yo quien creó los peces y ciertamente sé cómo atraerlos a la red".

"Mas en tu palabra echaré la red" (Luc. 5: 5), dijo Pedro obedeciendo. Esta clase de obediencia era una auténtica expresión de su constante confianza y amor por Jesús. Su fe en el Maestro recibió una sorprendente recompensa. Por causa del peso de los peces, las redes se rompieron y el barco se hundía. Abrumado por el gran poder del Maestro sobre la naturaleza, su amor por él y la insignificancia que sentía frente a Jesús, Pedro se arrojó de rodillas

ante su Salvador diciendo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (vers. 8).

En realidad él no quería que Jesús lo dejara, pero se sintió indigno de estar con él. Era como si confesara: "Señor, ¿cómo puedes estar junto a un pecador como yo, que nada merece? Pero yo necesito estar cerca de ti. ¡Déjame, pero, por favor, no me dejes!" Me gusta la traducción de la paráfrasis *La Biblia al día*: "Aléjate de mí, Señor, que soy demasiado pecador para estar junto a ti" (vers. 9).

Elena de White, al comentar el incidente, escribió: "Pedro exclamó: 'Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador'. Sin embargo, se aferraba a los pies de Jesús, sintiendo que no podía separarse de él".[9]

Inmediatamente después que Pedro experimentara simultáneamente desconfianza en sí mismo y confianza en Cristo, recibió el llamado para ser pescador de hombres. Podemos organizar la experiencia de Pedro, que lo preparó para testificar, en tres partes. *Primeramente*, reconoció realmente quién era Cristo con todo su amor, aceptación y poder. *Segundo*, a la luz de esa visión, entendió claramente quién era él mismo, con toda su indignidad. *Tercero*, como resultado del conmovedor encuentro de su verdadero yo con Jesús, experimentó la tensión existencial entre su completa confianza en el Señor y su total desconfianza en sí mismo. El era totalmente insuficiente mientras Cristo era todo suficiente; él era indigno, mientras Cristo era totalmente digno. Fue en ese momento, cuando comprendió su condición y reconoció la de Cristo, que se transformó en suficiente y digno de ser testigo por y para Cristo.

Cuando nos liberamos de los lazos del yo, podemos vivir libremente y testificar por Cristo. Cuando estamos en Cristo, no nos preocupamos por lo que otros puedan pensar de nosotros, sino por lo que Cristo ve en nosotros. Con frecuencia, perdemos energía y nos agobiamos imaginando cómo nos ven los demás y cómo juzgan nuestro ministerio. ¿No sería más provechoso que reorientáramos nuestra preocupación hacia Cristo? Tendríamos mayor gozo de trabajar con él y agradarlo en todas las cosas.

Elena de White nos amonesta a conocer qué es ser libre en Cristo. Nos insta a confiar en él y a someter nuestra vida a él, porque no estamos haciendo nuestra tarea sino la de Cristo.[10]

"Conforme nos interesemos en la salvación de las almas, dejaremos de notar las leves diferencias que suelen surgir en nuestro trato con los demás. Piensen o hagan ellos lo que quieran con respecto a nosotros, nada debe turbar nuestra unión con Cristo, nuestra comunión con el Espíritu Santo".[11]

A Cristo "nunca lo halagaban los aplausos, ni lo deprimían las censuras o el chasco. En medio de la oposición o el trato más cruel, seguía de buen ánimo. Pero muchos de los que profesan seguirlo tienen un corazón ansioso y angustiado porque temen confiarse a Dios... Cuando hayamos nacido de lo alto... Comprenderemos que el valor de nuestra obra no consiste en hacer ostentación y ruido en el mundo, ni en ser activos y celosos en nuestra propia fuerza".[12]

¿Qué es lo que nos impulsa a testificar como lo hizo Cristo? ¿Qué factores influyen y modelan un método de aproximación a los demás semejante al de Cristo? Examinaremos tres factores que tienen que ver con Cristo, con nuestro prójimo y con nosotros mismos.

Primeramente, ¿qué es lo que motiva hacia Cristo? Su inigualable amor despierta amor en nuestro corazón y provoca en nosotros la acción, no por causa de la culpabilidad, el temor o la recompensa, sino porque lo amamos. Es como tener un amigo bueno, digno de confianza, que nos ayuda, y del cual dependemos. Debido a lo que significa para nosotros, nos sentimos motivados a hacer algo agradable por él para expresarle nuestra gratitud. El amor no obedece a un sentimiento de deber sino a una necesidad, a un deseo, al agradecimiento.

Puede sobresaltarnos el hecho de saber que el todo suficiente Cristo nos necesita. Más aún, quizá nos sintamos indignos al saber que deliberadamente escogió transformar la vida de otra persona mediante la nuestra. Podría haber usado ángeles para revelarse a la humanidad, pero se hizo dependiente de los seres humanos. No sólo porque quiso edificar nuestro carácter, sino porque compartimos una mutua experiencia y lucha humana.

"Cristo mismo se revistió de humanidad para poder alcanzar a la humanidad. La divinidad necesitaba de la humanidad, porque se requería tanto lo divino como lo humano para traer la salvación al mundo. La divinidad necesitaba de la humanidad para que

ésta pudiese proporcionarle un medio de comunicación entre Dios y el hombre".[13]

V. W. Schoen, que durante su vida trabajó mucho entrenando a la feligresía para que compartiera su fe, escribió un libro que ostenta el llamativo título *La necesidad de Dios*. En él muestra cuán grande es la necesidad que Dios tiene de gente que lleve su amor y verdad a los que viven a su alrededor.[14]

En *segundo* lugar está la razón que nos mueve a trabajar por otros. Como mencioné, cuando nos inunda el amor de Cristo y su bondad, nos subyuga el profundo deseo de actuar recíprocamente. Si le preguntamos a Jesús si podemos hacer algo por él, seguramente nos respondería: "Sí, puedes". Pero, Señor, ¿qué puedo hacer?, insistimos. "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25: 40). Este es el único criterio que Cristo empleará para determinar quiénes serán salvos o perdidos en ocasión de su segunda venida. En Mateo 25: 35 y 36 no usa argumento teológico ni de otro tipo para hacer esta aseveración, excepto la manera como tratamos a nuestro prójimo.

Cristo cita seis ejemplos específicos de lo que significa ayudar al hambriento, al sediento, al extranjero, al desnudo, al enfermo y al encarcelado. Al ser bondadosos, afectuosos y prestar ayuda a los otros, en realidad lo estamos haciendo para Cristo mismo.

La hermana Teresa de Calcuta declaró que al atender a los más pobres entre los pobres y al amar a los más insignificantes entre los insignificantes, ella está cuidando y amando al mismo Jesús.

Es revelador que los primeros cristianos, al tratar de alcanzar con amor a la gente que los rodeaba, no se daban cuenta de que lo estaban haciendo a Jesús, ni de que sus actos de bondad y atención tenían relación con su salvación (Mat. 25: 37-39).

Las recomendaciones de Jesús los sorprendieron. Esto nos dice mucho acerca del verdadero carácter de los cristianos. No dejaban que la perspectiva de la recompensa, el castigo o cualquier otra motivación egoísta los impulsara, sino se sentían motivados por su amor al prójimo. Se mezclaban con la gente, como Jesús, porque deseaban comprenderla y ayudarla.

La referencia de Jesús a sus hermanos incluye a "cualquier ser

humano que está en necesidad. Recibir a uno de ellos es recibir a Cristo; rehusarse a ayudar a uno de ellos es negar a Cristo. El elemento sorprendente en esta parábola descriptiva acerca del juicio es que los bienvenidos al reino no fueron conscientes de que el acto de misericordia que manifestaron tenía relación alguna con Cristo, y mucho menos con su destino eterno. Actuaron porque su prójimo estaba en necesidad y no con la finalidad de ganar una recompensa o merecer la admisión en el reino".[15]

La última vez que Jesús habló con Pedro, lo encontró en el mar, donde él y otros discípulos estaban pescando. Cuando terminaron de desayunar, Jesús los preparó y Pedro reflexionó en la pregunta más importante que le fuera dirigida en su vida. Era tan vital, que Cristo se la hizo tres veces: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?" (Juan 21: 15-17).

Cuando Pedro le contestó con una afirmación, Jesús le dijo inmediatamente: "Apacienta mis corderos". Hay una relación entre el amor de Pedro por Cristo y su amor por los corderos del Maestro. Cristo quería que su discípulo supiera que su servicio por los demás debía ser motivado por amor a él. En otras palabras, nuestra motivación de amor al testificar (alimentar y orientar a los corderos) es una expresión tangible del amor de Cristo hacia nosotros. Nuestra forma horizontal de mostrar amor a otros brota del amor vertical de Dios hacia con nosotros.

Si examinamos honestamente las intenciones de nuestro corazón, ¿qué motivos e impulsos encontramos? Nuestras expresiones de amor, ¿son condicionales? ¿Descubrimos que estamos parcelando nuestro amor, otorgándolo a algunos y negándolo a otros?

Elena de White se refiere a nuestro amor incondicional, que incluye a todos los seres humanos, como "la insignia de la realeza del cielo". Ella dice: "No es la posición mundanal, ni el nacimiento, ni la nacionalidad, ni los privilegios religiosos, lo que prueba que somos miembros de la familia de Dios; es el amor, un amor que abarca a toda la humanidad... El ser bondadoso con los ingratos y los malos, el hacer lo bueno sin esperar recompensa es la insignia de la realeza del cielo, la señal segura mediante la cual los hijos del Altísimo revelan su elevada vocación".[16] "Cuando el amor llena el corazón, fluye hacia los demás, no por los favores recibidos de ellos, sino porque el amor es el principio de la acción".[17]

Las ovejas que Jesús quiere que llevemos a él y que amemos incondicionalmente, no son únicamente las del redil, sino también las que están fuera de éste (Juan 10: 16). Esto se refiere tanto a nuestras actividades personales como exteriorizadas. Ambas deben ir siempre unidas, pues de lo contrario no tienen frutos. Lenard Jaecks compara esto a la capacidad de respirar cuando hace la pregunta: "¿Cómo haría usted para separar la inspiración de la espiración? Ambas son ingredientes de una sola actividad".[18]

El *tercer* factor del método de aproximación al otro que tiene que ver con nosotros mismos es nuestro propio bien. Nuestra experiencia cristiana es viva y vibrante cuando alcanzamos a quienes nos rodean.

Nunca olvidaré el cambio que se operó cuando involucré a jóvenes en la testificación por Cristo. Generalmente, su actitud crítica y egocéntrica cambiaba al ver los problemas que tenían otras personas cuando trataban de ayudarlas y orar por ellas. Muéstrenme una persona o una iglesia espiritualmente viva y yo les mostraré una persona o una iglesia activa en la testificación. Cristo hubiera podido dar esta responsabilidad a los ángeles, pero en su amor sabía que participar en la salvación de otros nos llevaría más cerca de él. "Los que así participan en trabajos de amor son los que más se acercan a su Creador".[19]

Sinteticemos los beneficios espirituales personales que se obtienen al seguir el ejemplo de testificación de Cristo:

1. Testificamos para nuestra propia supervivencia espiritual. Si no compartimos lo que tenemos, lo perdemos y llegaremos a ser espiritualmente débiles. Entraremos en un estado vegetativo que puede arrastrarnos a la muerte. La testificación personal es como la actividad física. ¿Qué pasaría si sólo comemos y dormimos pero no movemos nuestro cuerpo? Gradualmente nos pondríamos obesos, débiles y enfermizos. "El hombre que rehusara ejercitar sus miembros pronto perdería todo el poder de usarlos. También el cristiano que no ejercita las facultades que Dios le ha dado, no solamente dejará de crecer en Cristo sino que perderá la fuerza que tenía".[20]

2. A medida que testificamos crecemos en el amor de Cristo. Cuando no nos involucramos con la gente, ni simpatizamos con ella, ni la ayudamos, ni oramos con ella, nuestro amor por Cristo y nuestro prójimo se enfría, tal como lo asegura el aforismo: "Fuera

de la vista, fuera de la mente". Visitemos a nuestros vecinos, seamos una inspiración para ellos y trabemos una relación que finalmente los lleve a los pies de Jesús. Si así no fuere corremos el riesgo de perder nuestro primer amor, de tornarnos críticos, ácidos y condenadores de nuestros propios hermanos.

3. La testificación nos ayudará a superar el egocentrismo. Ningún egoísta puede tocar la vida de otras personas, sentir su dolor, pensar en ellas y orar por ellas. Algunos, deliberadamente, no quieren involucrarse en la testificación, porque se dan cuenta de que los impulsará a abandonar su cómodo egocentrismo.

4. Nuestro conocimiento de la Biblia y de las cosas espirituales aumentará. Las personas ante quienes testificamos harán preguntas y pedirán nuestra sugerencia para luchar con sus problemas. Esto nos conducirá hacia la Biblia y a buscar la sabiduría de Dios mediante la oración. "Si trabajas como Cristo quiere que sus discípulos trabajen y ganen almas para él, sentirás la necesidad de una experiencia más profunda y de un conocimiento más grande de las cosas divinas... El encontrar oposición y pruebas te llevará a la Biblia y a la oración".[21]

5. La testificación personal produce madurez espiritual. "El trabajo desinteresado por otros da al carácter profundidad, firmeza y amabilidad semejantes a las de Cristo; trae paz y felicidad al que lo realiza... Tendrán claras percepciones espirituales, una fe firme y creciente, y acrecentado poder en la oración".[22]

6. Cristo usa la testificación para atraernos más cerca de él. ¿Por qué? Porque estamos comprometidos en el trabajo más importante y apreciado de nuestro Salvador: el que tiene que ver con la salvación de la gente. En su amor por la humanidad perdida llegó al extremo de morir en la cruz para traer salvación.

7. Finalmente, al llegar a ser testigos maduros de Cristo demostraremos a nuestro prójimo cómo testificar, y a su vez lo ayudaremos a permanecer vivo espiritualmente.

Cierta vez escuché decir: "Dale un pez a alguien y vivirá un día; enséñale a pescar, y vivirá toda la vida". En el sentido espiritual, tendrá la vida eterna.

Robert Coleman pregunta: "¿De qué otra forma podremos comprender su camino? Es muy oportuno decirle a la gente lo que es conveniente para ella, pero es infinitamente mejor mostrar-

le cómo lograrlo. La gente está buscando una demostración, no una explicación".[23]

Alguien me preguntó cierta vez por qué Jesús había usado la expresión "pescadores de hombres" al describir a sus testigos. Esta persona me dijo: "¿Esto no implicaría embuste, decepción y trampa? Usted sabe que pescar involucra red, anzuelo, carnada y coerción. ¿Jesús no pudo usar una ilustración más adecuada para transmitir lo que realmente significa el testimonio personal?" Quizás éstas sean buenas preguntas. Tratemos de contestarlas presentando las siguientes sugerencias:

Ante todo, no creo que Jesús tuviese alguna inclinación o tendencia hacia la profesión de la pesca. Simplemente encontró gente de ese nivel y trató de transformar sus intereses temporales en eternos. Recordemos que las referencias de Jesús a ser "pescadores de hombres" eran primeramente una ilustración, una analogía para señalar realidades espirituales mayores. Por consiguiente, necesitamos tomarlas así y no analizar literalmente cada punto de la comparación.

Sucede que los discípulos eran pescadores de profesión, por lo que Jesús los llamó a ir más allá de la pesca con fines personales: a atraer personas a Cristo. Ciertamente no es ilógico que concluyamos que si los discípulos hubieran sido pastores de rebaños, Jesús los hubiese llamado a pastorear hombres, o a alimentar a sus ovejas, como le encargó a Pedro que lo hiciera (Juan 21: 15-17). O si hubieran sido granjeros, los hubiese llamado a ser segadores de almas.

En *segundo* lugar, muchos piensan automáticamente en carnada y anzuelo cuando consideran el asunto de la pesca, con lo cual evocan en su imaginación la connotación negativa de engaño y seducción. Sin embargo, los discípulos no pescaban con anzuelo y carnada, como se hace hoy por deporte, sino con redes. Cuando Jesús realizó el milagro de llenar sus redes de peces, demostró su propia habilidad no sólo para capturar los peces del mar, sino para atraer a los seres humanos hacia él. La lección que Jesús trata de enseñarnos con la ilustración de la pesca es su habilidad de atraer a las personas hacia él, mediante nuestra disponibilidad.

Aún quedan algunos que, al oponerse vehementemente a la pesca (testificación) con anzuelo, insisten en que nunca deberíamos tener motivos personales o encubiertos al testificar ante

otros. Podemos entender este punto de vista en oposición a los que intentan manipular y forzar a otros en nombre de la religión. En nuestro celo, debemos ser cuidadosos de no tirar al bebé junto con el agua de la bañera. Debemos estar siempre motivados por el amor, preocupados por la salvación eterna de aquellos por quienes Cristo murió, e interesados en verlos eternamente salvos.

No hay absolutamente nada de errado en dichos motivos. Por el contrario, erraríamos en nuestra experiencia cristiana si no tuviéramos razones que nos impulsaran a testificar. Cristo vivió y recorrió este mundo sin esperanza impulsado por su amor y preocupación por nuestra salvación. En su gran amor "vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19: 10). Su motivación debería ser la nuestra también. Si llegamos a otros sin el amoroso deseo de Cristo de salvarlos de la destrucción, probaremos que nuestro amor por ellos es deficiente, miope.

En *tercer* lugar, al estudiar el significado del verbo griego *zōgréē*, usado por Cristo en Lucas 5: 10 y traducido como "pescador de hombres", sabemos que proviene de la combinación de dos palabras griegas: *zōē*, "viviente"; y *agréuō*, "capturar". Entonces, la traducción completa de *zōgréō* sería "capturar vivo" o "tomar vivo". Al llamar a Pedro y a los discípulos a capturar hombres vivos, Cristo intentaba mostrar el contraste entre capturar peces y capturar personas.

Obviamente, los peces arrastrados por la fuerza del agua hacia la costa quedan y mueren allí. Por el contrario, cuando sacamos a la gente fuera de las turbulentas aguas del mundo y la llevamos hacia Cristo, no perecerá como peces fuera del agua, sino permanecerá y prosperará. Cristo no le permitirá sólo existir, sino que le dará vida abundante y no se sofocará por falta de oxígeno. Respirará el aire del amor de Jesús y el compañerismo demostrado en nuestra vida y en nuestra iglesia. Notemos nuevamente el contraste en Juan 10: 10. "El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia".

Finalmente, el método de testificación de Cristo trae como resultado una vida mejor aquí y, luego de su segunda venida, la vida eterna. En otras palabras, las carnadas engañan, los anzuelos fuerzan, lastiman y matan. La gente debe ser atraída por el amor de

Cristo revelado en nuestra vida, en lugar de ser capturada por nuestra pretensión y astucia.

El Dr. Paul Tournier aclara el falso concepto de algunos cristianos acerca de los pescadores de hombres. Comenta cuál es la clave de su éxito al atraer a otros a Cristo: "Después de todo, nadie quiere ser capturado por otra persona. Por eso, me siento en la orilla, sin caña de pescar en mi mano, y gozo del escenario. Los peces parecen percibir que no trato de pescarlos. Llegan hasta mí para hablar de sí mismos y de su vida. Entonces, de tanto en tanto, algunos son atraídos por Jesucristo y yo me siento más sorprendido que ellos".[24]

Aunque no tenemos que sostener cañas de pescar en nuestras manos, no precisamos tampoco estar con las manos vacías. Podríamos usar un salvavidas en lugar de una caña de pescar, y arrojárselos a la vez que oramos por ellos, llamándolos y persuadiéndolos en los términos más atractivos para que se aferren al salvavidas, para que elijan la vida. El salvavidas no desvía ni fuerza a nadie; está allí para ser elegido o rechazado. Debemos evitar que los individuos tengan dificultad para asirse de él. Aún más, necesitamos dar un salto y entrar en sus turbulentas aguas para ayudarlos a que sus débiles manos se aferren al salvavidas.

Marcos y Laura eran una pareja de recién casados. Tuve el privilegio de estudiar la Biblia con ellos durante varios meses. En el proceso de nuestra camaradería y estudio, llegamos a ser realmente amigos gracias al método de Cristo. Sin embargo, por alguna razón, no parecían estar interesados en asistir a la iglesia, ni siquiera una vez. Mucho menos en ser bautizados. Finalmente, me confiaron que no iban a la iglesia porque no querían que los "atraparan".

Realmente pensaban que si aparecían una vez, todos esperarían que continuasen asistiendo, y si dejaban de ir, nosotros nos sentiríamos chasqueados y cortaríamos nuestra amistad con ellos. Apreciaban nuestro amor cristiano y amistad al punto de no querer, bajo ningún punto de vista, que desaparecieran. Les aseguré que nunca reaccionaríamos de la manera que ellos tanto temían.

—¿Usted está diciendo que podemos probar de ir una vez a la iglesia y, si por alguna razón no nos gusta, podemos dejar de asistir?

—Naturalmente —fue mi respuesta.

—¿Y esto no alterará de alguna manera nuestra amistad?

—No, absolutamente.

Ambos comenzaron a ir a la iglesia, y al poco tiempo gozaban de los diferentes cultos y de la camaradería cristiana. Solamente Dios sabe por qué no decidían bautizarse. Creímos que debíamos dejar este asunto en las manos de Dios y confiar en él y en el cumplimiento de su voluntad en la vida de nuestros amigos.

A fines de ese año nos mudamos de ciudad. Pasaron varios años antes que volviéramos a tener noticias de ellos. Hace pocos meses, para nuestra gran alegría, supimos que recientemente fueron bautizados y están compartiendo activamente su fe. Según lo que ellos mismos manifestaron, el factor primordial de la decisión fue que los aceptamos y amamos sin reparos ni condiciones. ¿No cree usted que la gente con quien nos relacionamos se siente más atraída por la *manera* como nos acercamos a ella la primera vez, que por el mensaje que le presentamos?

Referencias

[1]John Drescher, "A Fish Story", *Ministry*, abril de 1979, p. 9.

[2]EGW, *CC*, p. 80.

[3]R. J. Fish y J. E. Conant, *Every-Member Evangelism*, pp. 34, 35.

[4]EGW, *DTG*, p. 329.

[5]*Ibíd.*

[6]Juan Ortiz, *Disciple*, p. 111.

[7]EGW, *DTG*, p. 264.

[8]*Ibíd.*, p. 215.

[9]*Ibíd.*, p. 213.

[10]EGW, *MC*, pp. 410, 411.

[11]*Ibíd.*, p. 386.

[12]EGW, *DTG*, pp. 297, 298.

[13]*Ibíd.*, p. 263.

[14]V. W. Schoen, *God's Need*, pp. 7-12.

[15]Charles M. Laymon, ed., *The Interpreter's One-Volume Commentary on the Bible*, p. 640.

[16]EGW, *DMJ*, pp. 65, 66.

[17]*Ibíd.*, p. 35.

[18]Lenard D. Jaecks, "Adventists Involved in the 'Shut Door' Again", *Gleaner*, 18 de diciembre de 1989, p. 6.

[19]EGW, *CC*, p. 78.

[20]*Ibíd.*, p. 81.

[21]*Ibíd.*, p. 80.
[22]*Ibíd.*
[23]Robert Coleman, *The Master Plan of Evangelism*, p. 80.
[24]Paul Tournier, en Bruce Larson, *Ask Me to Dance*, p. 32.

CAPITULO
DIEZ

LA ESTRATEGIA DE REPRODUCCION

Juan Ortiz compara la multiplicación de los discípulos el rápido crecimiento de la población en cada generación sucesiva. Relata una conversación que tuvo con una anciana:

—Esta es mi nietecita —comentó la mujer.

—No me diga —respondió Ortiz.

—Sí, también tengo bisnietos. Uno de ellos tiene ahora 15 años, y si se casa pronto, tendré tataranietos.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Seis.

—¿Cuántos nietos tiene actualmente?

—Treinta y seis.

—¿Y cuántos bisnietos?

—Qué se yo... nunca los he contado.[1]

Ortiz calcula que "siguiendo ese ritmo de multiplicación, esta mujer podría haber tenido 216 bisnietos y 1.296 tataranietos". También menciona que si le hubiera preguntado: "¿Cómo se las arregla para atender a una familia tan grande?", ella hubiese respondido: "No lo hago yo; simplemente me ocupé de atender a seis. Cada uno de ellos tomó a su cargo otros seis".[2]

Jesús fue un gran defensor del principio de reproducción en el crecimiento espiritual. Esta es la razón por la cual durante más de tres años se dedicó a entrenar a sus discípulos reproduciendo su

propia vida y ministerio en ellos. A su vez, ellos obrarían de igual modo en una multitud cada vez mayor de testigos, hasta que rodearan la tierra.

El término *cristiano*, significa "ser discípulo de Cristo", es decir, "alguien semejante a Cristo". Dicho en las palabras de Martín Lutero, los cristianos son "pequeños Cristos".

Entonces, ¿qué implica ser discípulo de Cristo y pescador de hombres? "Un discípulo es una persona que aprende a vivir la vida que vive su maestro y, gradualmente, enseña a otros a vivir la vida que él vive... Discipulado es más que tomar conocimiento de lo que el maestro enseña. Es ser lo que él es".[3] Este autor también explica por qué y cómo Cristo ordenó a sus discípulos que hicieran otros discípulos. No quiso meramente hacerlos testigos; estaba interesado en "duplicarse" a sí mismo en ellos.[4]

En cierto sentido, debemos ser "duplicados" de Cristo, el modelo. Consecuentemente, por nosotros, otros llegarán a ser imitadores de Cristo, ampliando el círculo o reproduciendo los testigos. "Jesús no estaba satisfecho de tener una sucesión de audiencias ante las cuales proclamar su evangelio. Estaba interesado en tener discípulos mediante los cuales su ministerio se multiplicara muchas veces".[5] Esta es la razón por la cual el puñado de discípulos de Cristo saturó el Imperio Romano con el evangelio y lo sacudió hasta sus cimientos, al punto que incluso sus enemigos tuvieron que admitir que dieron vuelta el mundo, dirigiendo su atención hacia Cristo.

El apóstol Pablo nos da un excelente ejemplo de este concepto en 1 Corintios 11: 1. Allí menciona una cadena que tiene como modelo a Cristo: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo". Por otra parte, en Gálatas 2: 20 describe apropiadamente la manera como Cristo vive su vida mediante nosotros: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Como resultado de su profunda experiencia con Cristo, invita a otros confiada y humildemente a que lo imiten. "Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros", escribió a los filipenses (3: 17).

Aquí, mediante su admonición a los corintios, encontramos claramente la idea de reproducción espiritual. Corresponde a la ilustración de Ortiz relativa a la multiplicación generacional. Pablo se dirige a sus queridos hijos espirituales, a quienes no sola-

mente pastoreó, sino orientó como padre en Cristo: "Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio. Por tanto, os ruego que me imitéis" (1 Cor. 4: 14-16).

Cristo afirma que no puede haber crecimiento en la familia de Dios, a menos que muramos al yo y vivamos para él: "De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Juan 12: 24). Es cuando morimos al yo que Cristo vive su vida sin impedimento y mediante nosotros. La dinámica es: muerte, resurrección, fructificación. En otras palabras, nuestra vida crucificada en él se llena de poder por su vida resucitada en nosotros, lo que resulta en un gran crecimiento y fructificación.

Algunos se preguntan cómo es posible que nos dupliquemos en un siempre creciente número de discípulos que viven la vida y el método de testificación de Cristo.

Al mirar a nuestro alrededor, nos sentimos confundidos y no sabemos de dónde aparecen esos potenciales discípulos. En realidad, están en todas partes, lo esencial es discernir las posibilidades en cada persona. Creo que muchos se involucrarían si tuvieran a alguien que los tomase de la mano y les mostrara cómo hacerlo. Elena de White nos dice que "muchos trabajarían con gusto si se les enseñara cómo empezar".[6]

Existe una gran necesidad de mostrar por medio del ejemplo cómo testificar aplicando el método de Cristo. No sólo deberíamos enseñar acerca de testificación, sino demostrar en forma práctica cómo llevarla a cabo. Los potenciales testigos necesitan sentir qué significa ministrar a otros. Muchos están temerosos o aprensivos al comienzo, pero eso es natural pues el ser humano se resiste frente a lo desconocido. No obstante, cuando experimentan qué significa ayudar a otros, su miedo se desvanece, su interés se despierta y se dan cuenta de cuán reconfortante es.

Muchas veces trato de entusiasmar a otras personas para que me acompañen a hacer visitas o dar estudios bíblicos. Recuerdo cuando invité a un estudiante de nivel secundario.

—Tomás —le dije—, debo visitar una familia para darle un estudio bíblico y necesito que alguien me acompañe para darme ánimo. Estuve pensando en ti, y me sentiría muy gratificado si me acompañaras.

—¡No, yo no! —protestó inmediatamente.

—¿Por qué no?

—Bueno... yo no sé testificar. Nunca antes lo he hecho.

—Pero no tendrás que hacer nada; yo haré todo. Sólo debes venir conmigo y observar. Eso es todo —le aseguré.

—¿Usted quiere decir que no tendré que hablar ni una palabra?

—Exactamente. Sólo necesito que vengas conmigo, ores por mí y me apoyes espiritualmente.

—Si es así, iré.

No solamente Tomás disfrutó de su primera visita, sino que a medida que se familiarizaba con las necesidades espirituales de esa familia, hablaba del asunto durante todo el tiempo que duraba el regreso al colegio. Mencionó varias formas de ayudarla, y definidamente quiso acompañarme nuevamente la siguiente semana.

Estoy firmemente convencido de que hay muchos cristianos como Tomás (más de lo que creemos), que gozarían testificando y se sentirían espiritualmente revitalizados si alguien les mostrara cómo hacerlo.

No sólo somos un poco negligentes para hacer demostraciones de cómo alcanzar a otros, sino que a veces disminuimos su entusiasmo por testificar. Quizá sintamos miedo de que cometan algún error. Pero así también se aprende; el error es un buen maestro. ¿De qué otro modo podría alguien aprender a nadar, que no fuera mojándose, tragando agua y luchando para permanecer a flote? No hay otra manera.

"Si los hombres de vida humilde fuesen estimulados a hacer todo el bien que podrían hacer, y ninguna mano refrenadora reprimiese su celo, habría cien personas trabajando para Cristo donde hay actualmente una sola".[7] Elena de White menciona un porcentaje mayor en otra de sus obras: "Si los discípulos de Cristo comprendiesen su deber, habría mil heraldos del evangelio a los paganos donde hoy hay uno".[8]

Ambas proporciones (uno en cien y uno en mil) no solamente dan una gran esperanza y confianza respecto de lo mucho que podríamos realizar, sino también nos llenan de pena por el incontable número de oportunidades perdidas en la multiplicación de discípulos.

Los potenciales discípulos están a nuestro alrededor y podría-

mos tener un aumento de cien de ellos testificando por Cristo en lugar de uno si permitimos que él nos ayude y revierta este rumbo lamentable.

De todos modos, la multiplicación de discípulos no sucede de la noche a la mañana. Comienza de a poco y lleva tiempo. Cien testigos comienzan con uno. Un leal discípulo se ofrece a Cristo y el Señor lo acepta. Pero si estamos acostumbrados a hacer algo grande e inmediatamente, nos sentiremos chasqueados. "Un alma ganada para Cristo contribuirá a ganar a otras, y la cosecha de bendición y salvación irá siempre en aumento".[9]

Ese fue, precisamente, el modo de testificar de Cristo frente a la mujer samaritana. "El alma a quien trató de ayudar vino a ser un medio de alcanzar a otros y traerlos al Salvador. Tal fue siempre la manera como la obra de Dios progresó en la tierra. Dejad resplandecer vuestra luz y otras luces se encenderán".[10]

Recuerdo una vez, cuando prediqué un sermón acerca de la necesidad de testificar, y concluí con una conmovedora apelación a aceptar el compromiso de trabajar por Cristo. La mayoría de los hermanos se puso en pie con una renovada determinación de testificar.

Como era de esperar, y en relativamente poco tiempo, su celo se fue desvaneciendo y el plan perdió efecto. ¿Qué había salido mal? Reflexionando en esta experiencia, quedé impresionado con el ejemplo de cómo Jesús condujo el sencillo pero sólido comienzo. Oré para que el Señor me guiara hasta encontrar un feligrés que estuviera dispuesto a acompañarme, así yo podía "duplicar" la testificación de Cristo en otro cristiano. Este único individuo comprometido, fue la célula primigenia del poderoso núcleo de testigos que revitalizaron a toda la iglesia en un servicio activo por otros.

Nos sorprenderíamos al descubrir cuántas veces los cristianos de larga data responderían positivamente si los invitáramos a acompañarnos en nuestras actividades de testificación.

Naturalmente, es posible que rechacen la propuesta o abandonen el contacto de testificación si sólo nos contentamos con darles una dirección y pedirles que se las arreglen solos. "Hay quienes durante toda la vida han profesado conocer a Cristo y, sin embargo, no han hecho nunca el esfuerzo personal de traer siquiera un alma al Salvador. Dejan todo el trabajo al predicador. Tal vez él

esté bien preparado para su vocación, pero no puede hacer lo que Dios ha dejado para los miembros de la iglesia".[11]

Usando la analogía que Cristo empleó en Juan 21: 15-17, cuando le dijo a Pedro que apacentase su rebaño, nosotros podemos decir que el pastor espiritual (Hech. 20: 28) está bien calificado para producir nuevas ovejas. Sin embargo, ésta no es su primera responsabilidad. También debe alimentarlas, guiarlas, orientar sus actividades, equiparlas y favorecer el nacimiento de nuevas ovejas. Este es el verdadero trabajo que Cristo designó a las ovejas, y así es como el grupo prospera y crece. Obviamente, las ovejas producen ovejas.

Juan Raleigh Mott fue considerado un gigante en el mundo cristiano de la testificación y las misiones por su larga y productiva vida (1865-1955). Oscar E. Feucht señala: "El dio una nueva visión de cristianismo en una única frase: 'Mayor es el que multiplica a los obreros que el que hace el trabajo' ". Feucht también se hace eco de las palabras de uno de los más poderosos ganadores de almas de nuestro siglo, Dwight L. Moody: "Es mejor poner diez hombres a trabajar que hacer el trabajo de diez hombres".[12]

Es excitante pensar en las ilimitadas posibilidades de seguir el ejemplo de Cristo. Imaginemos qué sucedería si en cada iglesia un genuino discípulo de Cristo llegara a otra persona y le mostrase cómo testificar. Esto duplicaría su testimonio. Si este pequeño núcleo de dos alcanzase a otros dos, el testimonio se cuadruplicaría, y así sucesivamente. "No tiene límite la utilidad de quien, poniendo el yo a un lado, da lugar a la obra del Espíritu Santo en su corazón y lleva una vida dedicada por completo a Dios".[13]

Jesús comparó el reino de los cielos a una minúscula semilla de mostaza, con un gran potencial vital una vez que es arrojada en tierra. La describió como "la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido... se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas" (Mat. 13: 32).

Cuando Jesús estableció su reino de gracia en la tierra, no comenzó llamando a una multitud para que lo ayudara a hacer su trabajo. Empezó con dos personas: Andrés y Juan (Juan 1: 36-39).

Robert Coleman señala el ejemplo de Cristo: "No interesa cuán pequeño fuera el grupo al comienzo, en tanto se reprodujese

y enseñara a sus discípulos a reproducirse. De esa manera, la iglesia fue vencedora: mediante las dedicadas vidas de los que conocían tan bien al Salvador, que su Espíritu y método los impulsó a compartir con otros. Aunque pueda parecer simple, ésa fue la manera como el evangelio conquistó a las personas. El [Jesús] no tenía otro plan".[14]

Más adelante, Coleman explica: "La prueba de cualquier trabajo de evangelización no es lo que muestra un determinado momento, o el informe a la asociación local, sino la efectividad con que el trabajo continúa en la siguiente generación. El éxito no depende de cuántos nuevos nombres se unan a la nómina, ni de cuánto aumenta el presupuesto, sino de cuántos cristianos se encuentran activamente ganando almas y entrenándolas para ganar a las multitudes".[15]

Referencias

[1]Juan C. Ortiz, *Disciple*, pp. 102, 103.
[2]*Ibíd.*, p. 103.
[3]*Ibíd.*
[4]*Ibíd.*, p. 106.
[5]James D. Smart, citado por Oscar Feucht en *Everyone a Minister*, p. 25.
[6]EGW, *SC*, p. 75.
[7]EGW, *DTG*, p. 216.
[8]EGW, *CC*, p. 81.
[9]EGW, *OE*, p. 192.
[10]*Ibíd.*, p. 204.
[11]EGW, *DTG*, p. 115.
[12]Oscar E. Feucht, *Ibíd.*, p. 146.
[13]EGW, *MC*, p. 116.
[14]Robert Coleman, *The Master Plan of Evangelism*, p. 106.
[15]*Ibíd.*, p. 110.

CAPITULO
ONCE

LA ESTRATEGIA DE INFILTRACION

Como la sal penetra en los alimentos y la luz en la oscuridad, nosotros, como pescadores de hombres y "duplicados" de Cristo, penetramos por él en el mundo que nos rodea. Llegamos a ser sus poderosos agentes doquiera vayamos, porque él vive su método de testificación en nuestra vida.

Las personas que entrenamos para el discipulado repiten y multiplican este esquema: siguen a Cristo y hacen otros discípulos, siempre según el método de Jesús. Como consecuencia, por nuestro intermedio, el método de Cristo tiene el efecto de las ondas en la superficie del agua: se expanden y cubren la superficie con una amplitud cada vez mayor. Estas ondas potencialmente abarcan el hogar, la iglesia, la comunidad y el mundo entero con el evangelio.

Más allá de los símbolos de la sal y la luz, que Cristo usó para describir la manera como los cristianos influimos en el mundo que nos rodea, el apóstol Pablo usa otro: el "aroma agradable" (2 Cor. 2: 15, DHH) que "difunde en todas partes el olor de su conocimiento" (vers. 14, BJ).

Dadas las falencias sanitarias del mundo antiguo, un aroma agradable era algo muy apreciado. La gente gastaba fortunas en incienso y perfume. El aroma de Cristo era un símbolo poderoso y positivo. Pablo escribió: "¡Gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en su triunfo, en Cristo, y mediante nosotros difunde

en todas partes el olor de su conocimiento! Pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden" (2 Cor. 2: 14, 15, BJ).

Al estudiar los antecedentes históricos del pasaje anterior nos damos cuenta de que Pablo hacía alusión a una procesión triunfal. Cuando un general romano ganaba una victoria militar, entraba por las puertas de Roma, de pie, sobre su carro. Alrededor de su cabeza llevaba una guirnalda, símbolo de la victoria, y en su mano sostenía un cetro que simbolizaba autoridad. Los senadores, oficiales romanos y ciudadanos se reunían a su alrededor a lo largo del camino. La bienvenida de la multitud incluía los portadores de incienso, que hacían oscilar los incensarios que lanzaban al aire nubes de exquisita fragancia. El aroma se elevaba y saturaba todos los rincones. La gente podía "percibir" perfume de victoria en el aire.

Jesús es nuestro general victorioso sobre las fuerzas de Satanás, y lo acompañamos en su procesión triunfal de difundir la fragancia del evangelio. La respuesta a las preguntas básicas acerca de la propagación del conocimiento de Cristo aparecen en 2 Corintios 2: 14, 15:

1. ¿Quién es el Testigo por excelencia? Jesús, que nos invita a seguirlo.

2. ¿Cuál es la sustancia de nuestra testificación? Cristo y las buenas nuevas de su conocimiento.

3. ¿Mediante quién se revela Cristo? Mediante nosotros, que lo hacemos conocer.

4. ¿Cuándo esparcimos sus buenas nuevas? Siempre, como un estilo de vida.

5. ¿Dónde las esparcemos? Por todas partes. Roma es nuestro hogar, nuestra iglesia, nuestro lugar de trabajo, cualquier lugar donde nos encontremos.

¿Cuáles son algunas de las características de la agradable fragancia de Cristo? Atrae espontánea y naturalmente, no produce repulsión, es etérea, tenue, pero penetrante y poderosa. Como una fragancia, no puede ser retenida voluntariamente. "Cuando el amor de Cristo es atesorado en el corazón, como dulce fragancia, no puede ocultarse. Su santa influencia será percibida por todos

aquellos con quienes nos relacionemos".[1] ¿Somos realmente la fragancia de Cristo? ¿Manifestamos en nuestra vida las características de su agradable aroma?

Todos, figurativamente hablando, tenemos mal olor si la dulce fragancia de Cristo no penetra en nuestra vida. Su fragancia es su amor, residente como algo precioso en nuestro corazón.

Los generales romanos traían siempre algunos prisioneros encadenados a su carro, como si fuesen trofeos de su victoria. Esta era una manera de vanagloriarse. Nosotros somos los trofeos de Cristo y su victoria sobre Satanás, no amarrados con cadenas, sino cautivados por su gran amor, que no nos permitirá alejarnos. El poderoso amor de Cristo impregna también su método de testificación y da a nuestro servicio un impacto decisivo sobre el mundo.

Nuestro mundo está famélico de este genuino amor, y necesita en forma desesperada que los cristianos lo difundan. Es la única fuerza que puede infiltrarse en las líneas de Satanás y rescatar de su cautiverio a los perdidos. El filósofo británico Bertrand Rusell, un acérrimo oponente del cristianismo, se sintió impulsado a admitir poco antes de su muerte, acaecida en 1970, lo que el amor cristiano podría hacer por el mundo.

Con un poco de renuencia, y pidiendo disculpas reconoció que "hay ciertas cosas que nuestra edad necesita... La raíz del asunto es tan simple que me siento casi avergonzado de mencionarla por miedo a las sonrisas irónicas con las que los sabios cínicos comerán mis palabras. El asunto al que me refiero (por favor, perdóneme por mencionarlo) es el amor, el amor cristiano, la compasión. Si usted siente esto, tiene un motivo para existir, una guía en acción, una razón para tener coraje, una necesidad imperativa de honestidad intelectual".[2]

McDill, en su trabajo acerca del crecimiento de la iglesia, detecta cuatro niveles para abordar la testificación. *Primero*, el "nivel verbal". *Segundo*, el "nivel promocional". *Tercero*, el "nivel de compromiso", donde los líderes de la iglesia genuinamente se refieren a alcanzar a otros como una prioridad, ideando diferentes planes para involucrar a los feligreses. *Finalmente*, menciona que él prefiere el cuarto nivel, el de la "abundancia que trasciende".[3]

"Las iglesias que expresan un nivel de abundancia de pensamiento misionero parecen trascender los planes y programas normales logrando diferentes niveles de efectividad. Da la impresión de que la evangelización simplemente 'sucede'. Parece tan normal como la respiración. En las iglesias donde observé esta experiencia de 'abundancia que trasciende' se hacía énfasis en la evangelización de aproximación. Pero bajo esta aparente espontaneidad había una cuidadosa planificación, además de oración y acción por parte de los líderes de la iglesia".[4]

También explica la naturaleza de la abundancia que trasciende, diciendo que se manifiesta "una significativa penetración dentro de la comunidad no creyente cuando se realiza mediante la evangelización de relación que sigue el trazado natural de la influencia. Los laicos no solamente deberían procurar alcanzar relaciones presentes, sino ser instados a agrandar su círculo de contactos".[5]

Una vez más, usando la fragancia como símbolo de testificación, pensamos en la experiencia de María al derramar perfume sobre la cabeza de Cristo. Su inmenso amor hacia el Señor confirmó la gratitud que ella sentía por él y que no podía guardar para sí. Ese sentimiento era semejante al carísimo nardo que vertió sobre la cabeza de Jesús y perfumó toda la casa (Mar. 14: 3-9). Naturalmente, su respuesta desagradó a Simón porque, a pesar de haber protegido bien a su visitante, una mujer de mala reputación había logrado filtrarse. Sin saber a ciencia cierta qué hacer, dudó en echarla y, de ese modo, llamar la atención. Simplemente la ignoró, pensando que ella haría discretamente lo que quería y luego abandonaría el lugar, permitiendo que todo volviese nuevamente a la normalidad.

Sabemos que no fue así. María estaba empeñada en mostrar su gran amor por Jesús. No podía dejar de expresarlo. Ella había traído un frasco de carísimo nardo, importado de la región del Himalaya, equivalente al salario de todo un año, y lo vertió sobre la cabeza del Maestro. La fragancia del nardo simbolizaba el amor de Cristo. Rápidamente (para consternación de Simón), el impregnante aroma se extendió hasta el último rincón de la casa, del mismo modo como el amor de Cristo llena nuestro corazón, y su dulzura, semejante a la del nardo, satura todo a nuestro alrededor.

María estaba tan concentrada en su ministerio de amor, que

permaneció ajena a la crítica de los que la rodeaban. Cristo la defendió: "Dejadla, ¿Por qué la molestáis? Ha hecho una obra buena conmigo" (Mar. 14: 6, BJ). Es significativo que Jesús extrajese algún paralelo espiritual entre la fragancia de nardo dispersa por toda la casa, y la difusión del evangelio en el amplio mundo. Cristo dijo: "De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella" (vers. 9).

A medida que liberamos la fragancia de su amor y salvación, estamos haciendo "una obra buena" para el mismo Jesús. ¿Hasta qué grado impregnamos el mundo con las buenas nuevas? Jesús dijo de María: "Esta ha hecho lo que podía" (vers. 8). Todo lo que él espera de nosotros es que hagamos nuestra parte, no importa cuán pequeña o grande sea; desea que hagamos lo que podemos, y todos podemos hacer algo por Cristo.

Debemos ser cartas abiertas de Cristo; cartas escritas por su Espíritu en nuestro corazón y enviadas a nuestro mundo para ser "conocidas y leídas por todos los hombres" (2 Cor. 3: 2, 3). La pregunta crucial para nosotros es: ¿Qué está escrito en nuestro corazón? Podemos contar a otros acerca del evangelio, pero, ¿qué relación tiene esto con nuestra vida y nuestro testimonio?

Arthur McPhee hace esta importante pregunta: "Si usted dice que es una rosa, y yo siento olor a zorrino, ¿podrá disculparme si dejo que sus palabras me entren por un oído e inmediatamente salgan por el otro?"[6]

Naturalmente, la manera de despedir aroma a rosa es ser una rosa, estar en medio de rosas y permitir que el aroma de la flor sature nuestros poros. De la misma manera, si queremos despedir la fragancia de Cristo, debemos asirnos de él; comulgando y trabajando con él. No hay otra manera.

McPhee cita a un autor anónimo que capta la esencia de la verdadera testificación: "Los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan son leídos por unos pocos. El más leído y comentado es el evangelio según *tú*.

"*Tú* estás escribiendo un capítulo de tu evangelio cada día mediante lo que haces y lo que dices. Los hombres leen todo lo que escribes, sean cosas falsas o verdaderas. Dime, ¿cómo es el evangelio según *tú*?

"¿Leen los hombres la verdad y el amor de Dios en tu vida?

¿O será que tu evangelio está lleno de malicia y contienda? Tu vida, ¿habla de apariencia o de verdad?

"¿Qué dice el evangelio según *tú*?"[7]

Esto es en esencia el método de Cristo: práctico, transparente, sin complicaciones, universal y trascendente en tiempo y espacio. En otras palabras, encuentra un sendero en el corazón humano sin tener en cuenta antecedentes, nacionalidad, raza, educación y cultura. Además, no cuesta mucho, excepto darnos a nosotros mismos (quizá lo más difícil). Con el método de Cristo en el corazón, la cabeza y las manos podemos infiltrar exitosamente los hogares, la iglesia, el vecindario y el lugar donde trabajamos haciendo que nuestra presencia tenga la fragancia de Jesús.

Podemos comenzar ya mismo. Nunca tendremos mejor ni mayor oportunidad para alcanzar a otros. Muchas veces pensamos que el importante ministerio de Cristo en favor de otros comenzó después de su bautismo, a los 30 años. Pero, ¿qué decir acerca de su testimonio personal mientras trabajaba como carpintero? ¿Cómo comparamos esto con sus últimos años del ministerio de curar, enseñar y predicar? Notemos lo que dice Elena de White:

"Nuestro Salvador pasó la mayor parte de su vida terrenal trabajando pacientemente en la carpintería de Nazaret. Los ángeles ministradores servían al Señor de la vida mientras caminaba con campesinos y labradores, desconocido y sin honores. El estaba cumpliendo tan fielmente su misión mientras trabajaba en su humilde oficio como cuando sanaba a los enfermos y andaba sobre las olas tempestuosas del mar de Galilea. Así, en los deberes más humildes y en las posiciones más bajas de la vida podemos andar y trabajar con Jesús".[8]

Aparentemente, la testificación no fue concebida por Jesús como un plan regido por fechas de vencimiento y estadísticas. A medida que se encomendaba continuamente a Dios, su vida diaria era un simple cumplimiento de la voluntad de su Padre. Lo mismo se aplica también a nosotros hoy, cualquiera sea la situación en que nos encontremos. El ya conoce las diferentes oportunidades que tendremos cada día para testificar. En su amor y sabiduría está haciendo —y hará— lo posible para que todo salga bien y para ayudarnos a discernir y medir dichas oportunidades.

Como vemos, Cristo testificó en el trabajo. No fue allí para testificar, sino que simplemente testificó porque estaba allí. Al

hacerlo, discernió las necesidades y aprovechó ávidamente las oportunidades de ministrar en favor de quienes estaban a su alrededor. Es interesante notar que la mayor parte de sus encuentros con la gente tuvo lugar de esta forma. Estudiemos el Evangelio según San Marcos y notaremos casi en cada capítulo que el escritor introdujo dichos encuentros con frases como "al aproximarse a", "al salir de" y "mientras estaba en".

"Dondequiera él [Jesús] estuviera: en la sinagoga, junto al camino, en un bote algo alejado de tierra, en el banquete del fariseo o en la mesa del publicano, hablaba a las gentes de las cosas concernientes a la vida superior. Relacionaba la naturaleza y los acontecimientos de la vida diaria con las palabras de verdad... Cuando él abría los labios para hablar, la atención se concentraba en él y cada palabra era para algún alma sabor de vida para vida".[9]

Al estimularnos a seguir el ejemplo de Cristo, Elena de White explica cómo podemos aplicar esto a nuestra vida a medida que nos relacionamos con otros en Cristo. "Doquiera estemos, hemos de procurar aprovechar las oportunidades que se nos presenten para hablar a otros del Salvador. Si seguimos el ejemplo de Cristo en hacer bien, los corazones se nos abrirán como se le abrían a él".[10]

Hans Küng, el conocido teólogo alemán, argumenta que los cristianos modernos muchas veces no tienen una clara idea de qué significa ser agentes influyentes de Cristo para el mundo que los rodea. Más aún, menciona que hemos sido llevados lejos de lo que la iglesia primitiva entendía por involucrarse y ministrar. La iglesia no tenía impedimentos a causa de los sofisticados planes e instituciones. Los seguidores de Cristo estaban libres para penetrar con su testimonio cristiano en cada aspecto de la vida y trabajo de la sociedad.[11]

Martín Lutero también afirmó el concepto de testificación del Nuevo Testamento como un estilo de vida. Se sentía frustrado cuando los feligreses acaparaban las bendiciones del evangelio. Llamó a esto "el peor ardid del diablo". Destacó que servir al Señor "no ocupa lugar solamente en iglesias sino también en el hogar, la cocina, el ambiente de trabajo, el campo".[12]

El método de Cristo siempre hace énfasis en el hombre y la mujer fieles y constantes que llegan a ser la boca, las manos y el

corazón de Jesús ante otras personas. Para que un plan tenga éxito y consiga su propósito no depende de cuán superior sea, sino de personas idóneas que estén en el lugar correcto. Allí se encuentran los hijos de Dios cada día de su vida como agentes suyos.

Richard Halverson describe a estos agentes comparándolos con "cabezas en el reino en los negocios, la educación, el gobierno, el trabajo y las profesiones". Especifica que dichas "cabezas" son la influencia acumulativa de Cristo en el mundo. "El auténtico impacto de Jesucristo en el mundo es la influencia colectiva de individuos cristianos allí donde están, día a día. Doctores, abogados, comerciantes, granjeros, maestros, contadores, agricultores, estudiantes, políticos, atletas, vendedores, ejecutivos... silenciosa, firme, continua y consistentemente influyendo en el mundo donde viven con la contagiosa testificación del Cristo contemporáneo y su relevancia para vida".[13]

Algunos cristianos asumen que la testificación real tiene lugar en cualquier parte excepto donde ellos están, y mientras piensan en llegar hasta las personas más alejadas, dejan de hacer un impacto en quienes están a su lado, en su propio medio. Por ejemplo, ¿puede usted imaginar a un cristiano que en su afán de testificar ante un distante ateo, pase por alto a quienes lo rodean: esposa, hijos, miembros de iglesia, vecinos y compañeros de trabajo?

¿Puede usted imaginar a alguien que, por apurarse para llegar a tiempo a un seminario de testificación, ignore totalmente a los individuos que están en su camino y que desesperadamente necesitan su testimonio? "No necesitamos ir a tierras de paganos, ni siquiera dejar el estrecho círculo del hogar —si es ahí donde el deber nos llama— a fin de trabajar por Cristo. Podemos hacerlo en el seno del hogar, en la iglesia, entre aquellos con quienes nos asociamos y con quienes negociamos".[14]

De este modo, la testificación personal pasa a ser una parte integral de los contactos de nuestra vida diaria como lo es respirar. Definidamente, no se trata de un tipo de negocio que caprichosamente tomamos o abandonamos. Aquellos con quienes nos encontramos en nuestras actividades diarias forman un grupo único. Nadie tiene capacidad de influir de la misma manera. Ellos nos observan en el diario vivir, y progresivamente desarrollan una relación significativa. No consideran extraño que hablemos e intercambiemos ideas con ellos, y si sucede que alguna vez no com-

pletamos una conversación, siempre hay otro día para seguirla.

Win Arn, del Intitute for American Church Growth, hace de estos círculos de influencia cristiana su preocupación prioritaria. Dirigió una investigación muy significativa en la cual fueron estudiados varios miles de feligreses que representaban diferentes denominaciones. Se les pedía que seleccionaran los factores que influyeron en ellos para que llegaran a formar parte de la iglesia. Entre el 70 y el 90% de los entrevistados respondieron que los amigos y familiares que encontraban en su diario vivir habían tenido el mayor impacto en ellos.[15]

Durante un seminario de testificación le pregunté a un participante: "¿Cuántas personas usted contacta en un día normal?" Naturalmente, me refería a personas que necesitaban la testificación de un seguidor de Cristo. Descubrí que el promedio de encuentros de un feligrés es entre 10 y 14. Imaginemos el impacto potencial que tenemos no sólo en diez personas, sino en cientos, miles y millones. Esta es la razón por la cual, cuando dicto clases y seminarios acerca de testificación, pido a los asistentes que escriban en un papelito los nombres de las personas de su esfera de influencia que necesitan de su testificación. Luego, les pido que coloquen la lista en sus Biblias y oren por ellos en sus cultos diarios. Estos 10 a 14 individuos deberían ser considerados como su proyecto misionero especial.

Es notable ver cómo las cosas comienzan a suceder cuando nos ponemos a disposición de Dios. Las puertas se abren delante de nosotros y es como si Cristo ya hubiese estado trabajando en sus corazones y acomodando las circunstancias para que podamos entrar en contacto con ellos. Estas oportunidades probablemente existían ya, pero nosotros no mirábamos a la gente ni a las circunstancias desde la perspectiva de Dios. Cuando hacemos que la estrategia de ganancia de almas de Dios sea nuestra aliada, discernimos las cosas en forma diferente porque estamos receptivos a seguir la orientación de Dios y aceptar el trabajo que él nos propone. Pasamos a ser agentes activos en esta divina cadena de trabajo y estrategias para irradiar el amor y la salvación de Cristo a nuestro alrededor.

Hugo era un cristiano que llevaba la contabilidad de una empresa. Al entrar en contacto con el método de Cristo, quiso ponerlo en práctica en su oficina. Me manifestó que estaba algo aburri-

do de su profesión y no creía que sus compañeros de trabajo tuviesen realmente algún interés en Dios o en la religión.

Cuando le pregunté cuán familiarizado estaba con sus compañeros, contestó que ellos hablaban solamente de cosas superficiales como el clima y los deportes. Le pedí entonces que escribiera sus nombres en un papel, lo colocara dentro de la Biblia y orase diariamente por cada nombre. También lo insté a orar específicamente para que Dios lo guiara hacia una persona en especial de ese grupo con la cual pudiera hacer un contacto significativo.

Al llegar a la oficina el siguiente lunes, nada parecía haber cambiado, excepto que él ahora estaba seguro de que Dios trabajaría activamente en el corazón de sus colegas. Dios también estaba trabajando en él, impresionándolo para orar silenciosamente y discernir las diferentes oportunidades. Si bien ninguna oportunidad excepcional se presentó aparte de la acostumbrada rutina, había algo diferente, porque *él* estaba diferente.

Todos los días, cerca del mediodía, Roberto pasaba frente al escritorio de Hugo y, dándose un golpecito en el estómago, decía: "Estoy empezando a sentir hambre. Voy a comer algo".

Ese hábito diario incomodaba a Hugo, que trataba de tolerarlo sin demostrar lo que realmente sentía. Sin embargo, cierto día, cuando Roberto se acercó diciendo su habitual versito, Hugo le preguntó dónde acostumbraba comer. En realidad, lo que buscaba era una excusa para relacionarse con él y demostrarle interés personal como lo hacía Jesús. Demostrando alegría, Roberto le indicó dónde comía, a lo que Hugo comentó:

—Yo también siento hambre. ¿Te importaría si te acompaño y pruebo ese restaurante?

—Fantástico, vamos juntos —fue la respuesta de Roberto mientras se dirigía hacia la puerta—. Hay buenos sándwiches y los precios son razonables.

Tan pronto como consiguieron lugar para sentarse comenzaron a intercambiar diferentes ideas y experiencias. Disfrutaron de la mutua compañía y ambos se sorprendieron de que después de tantos años de trabajar en la misma empresa sólo entonces se relacionaran y conocieran.

Dos días más tarde, salieron nuevamente a comer juntos. Cuando Roberto supo que Hugo acostumbraba frecuentar una iglesia, demostró mucho interés pues sus hijos estaban pasando

una etapa problemática. "Durante años, como familia, hemos pensado en asistir a una iglesia, y ahora es más importante que nunca, pero no sabemos por dónde comenzar", explicó Roberto.

Poco tiempo después ambas familias se habían hecho amigas. Iban juntas a la iglesia y estudiaban la Biblia juntas. A los pocos meses, Roberto y su familia decidieron aceptar a Cristo. La experiencia hizo un verdadero impacto en la vida espiritual y el trabajo de Hugo. Sentía claramente que Dios era real y estaba deseoso de ayudarlo. Su trabajo comenzó a parecerle más interesante y se le presentaba con otra dimensión. Al cumplir sus tareas lo hacía con la expectativa de ver cómo Dios lo usaría ese día. Tanto él como Roberto comenzaron a orar por el resto de sus compañeros de trabajo y el Señor abría puertas para que ambos testificasen.

Cristo declaró que aunque la mies estaba madura, eran muy pocos los obreros preparados para ir a recogerla (Mat. 9: 37). Elena de White dice: "Son muchos los que necesitan el ministerio de corazones cristianos amantes. Muchos han descendido a la ruina cuando podrían haber sido salvados, si sus vecinos, hombres y mujeres comunes, hubiesen hecho algún esfuerzo personal en su favor. Muchos están aguardando a que se les hable personalmente. En la familia misma, en el vecindario, en el pueblo en que vivimos, hay para nosotros trabajo que debemos hacer como misioneros de Cristo".[16]

Hasta ahora nada hemos dicho acerca del número de conversos que resulta del testimonio personal. Debemos enfatizar que seguir a Cristo no sólo da como resultado una abundante cosecha, sino que ésta será de buena calidad. La manera como nos relacionamos con otros en el proceso de testificar, alimentarlos espiritualmente y equiparlos para ministrar a otros, tiene muchísimo que ver con su vitalidad y fertilidad espiritual.

Elena de White resume el método de testificación de Cristo y la manera como debemos abordarlo al decir: "Si quisiéramos humillarnos ante Dios, ser amables, corteses y compasivos, se producirían cien conversiones a la verdad allí donde se produce una ahora. Desgraciadamente, a pesar de hacer profesión de ser convertidos, llevamos con nosotros un sinnúmero de cosas que revelan al yo y que consideramos como demasiado preciosas para abandonarlas".[17]

Referencias

[1]EGW, *CC*, p. 76.

[2]Kenneth J. Holland, "Truth Must Also Move Hearts", *These Times*, septiembre de 1980, p. 26.

[3]Wayne McDill, *Making Friends for Christ*, p. 119.

[4]*Ibíd.*

[5]*Ibíd.*, p. 118.

[6]Arthur McPhee, *Friendship Evangelism*, p. 76.

[7]*Ibíd.*, pp. 76, 77.

[8]EGW, *CC*, p. 81.

[9]EGW, *PVGM*, p. 273 (ed. PPPA).

[10]*Ibíd.*

[11]Hans Küng, *Why Priests?*, pp. 13-15; 17-23.

[12]Oscar E. Feucht, *Everyone a Minister*, p. 80.

[13]Richard Halverson, "The Tragedy of the Unemployed", *Christianity Today*, 12 de septiembre de 1960, pp. 9, 10.

[14]EGW, *CC*, p. 81.

[15]Win Arn, "People Are Asking", *Church Growth: America*, marzo-abril de 1979, p. 11.

[16]EGW, *DTG*, p. 115.

[17]EGW, *5TS*, pp. 263, 264.

CAPITULO
DOCE

POR SU ESPIRITU

"Sucedió durante la terrible tempestad de nieve en febrero de 1899. Las calles de Brooklyn, Nueva York, estaban bloqueadas por la nieve, y los tranvías, imposibilitados de andar. Durante varios días no se hizo ningún intento de limpiar las calles, excepto la principal. Vivíamos en una calle lateral y, en algunos lugares, la nieve nos llegaba hasta la cintura... y no paraba de nevar.

"Nuestra hijita de 18 meses enfermó y ardía de fiebre. Pasó la noche entera pidiendo agua. Estaba débil y no quería comer. A la tarde siguiente, se encontraba en el regazo de su mamá cuando de pronto miró hacia arriba y, abriendo sus resecos labios, dijo: 'Mamá, manzana'. Mi esposa me miró con una expresión de dolor y dijo: 'Papá, no tenemos ni una manzana en casa'.

"Al escucharla, la niñita se deslizó del regazo de mi esposa y, tambaleándose, llegó hasta donde yo estaba sentado. Puso sus manos sobre mis rodillas, me miró con sus cansados ojos celestes y me dijo: 'Papá, manzana'. Ella no pensaba en las imposibilidades; no veía la tormenta de nieve; sólo miraba a su papá y clamaba por una manzana.

"Sentí una sensación demasiado profunda para ser verbalizada, que sólo podía ser expresada en acciones. Inmediatamente me puse en pie, me coloqué el sobretodo y me arrojé en la ventisca. Por momentos avanzaba con dificultad, y parecía que nadaba, pero

me sentía increíblemente feliz; feliz de pensar que traería una manzana para recompensar la fe de aquella personita que miraba hacia arriba. Con esfuerzo logré la meta, y con alegría desmedida me apresuré a llegar adonde estaba la enfermita".[1]

A través del apasionado relato de amor paterno que nos hace Ballenger, lo imaginamos desafiando la tormenta con el propósito de satisfacer el deseo de su pequeña. ¿No nos hace recordar esto lo que Jesús dijo acerca del deseo de nuestro Padre celestial de cubrirnos de bendiciones?: "¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Luc. 11: 11-13).

Lo que debemos preguntarnos es por qué, si nuestro Padre está tan deseoso de concedernos el Espíritu Santo, somos tan reacios a pedirlo y a aceptar esa dádiva. Si esperamos que los padres terrenales den a sus hijos alimento, abrigo y otras buenas cosas, con mayor certeza podemos confiar en que nuestro amante y buen Padre celestial nos otorgará el Espíritu Santo. Ya dio pruebas al enviar a su Hijo unigénito (Juan 3: 16). "La promesa del Espíritu Santo es mencionada por casualidad en nuestros discursos, es tocada en forma incidental, y eso es todo... Este tema ha sido puesto a un lado, como si algún tiempo futuro haya de ser dedicado a su consideración... Esta bendición prometida, reclamada por la fe, traería todas las demás bendiciones en su estela".[2]

Quizás una de las causas de nuestra renuencia a recibir el Espíritu Santo es la ambigüedad o el extremismo que muchos cristianos sienten acerca de este asunto. Un grupo extremo está en procura del derramamiento del Espíritu Santo con un propósito de sentimentalismo emotivo y de autoedificación. Un énfasis tal nos pone cautelosos pues tratamos de evitar el fanatismo o el comportamiento espiritual fingido. En el otro extremo está el peligro que corren algunos de tener tanto temor de recibir el espíritu errado, que también pierdan al Espíritu Santo.

Es lógico que debemos ser cuidadosos en estos últimos días para discernir lo genuino de lo falso. Ciertamente sabemos que Satanás tratará de engañar, incluso a los elegidos de Dios (Mat. 24: 24). Por otro lado, Satanás también intenta que seamos caute-

losos y espiritualmente tan insensibles que nos perdamos de vivir la experiencia genuina del Espíritu Santo. El es un experto en decepción y no le importa embaucar a los hijos de Dios.

Necesitamos estar tan cerca de Cristo que podamos tener la percepción espiritual que nos ayude a poseer el equilibrio necesario para relacionar Espíritu Santo con testificación. Sin el Espíritu Santo no nos será posible testificar como lo hizo Cristo. No se trata de una preocupación insignificante que podemos abordar con indiferencia. "Pero si el Señor obrase sobre los hombres como lo hizo en el día de Pentecostés y después de ese día, muchos que ahora pretenden creer en la verdad... exclamarían: '¡Cuidado con el fanatismo!'... Habrá quienes formularán objeciones y críticas cuando el Espíritu de Dios se posesione de los seres humanos, debido a que sus propios corazones no han sido conmovidos sino que se encuentran fríos e insensibles".[3]

Nos hemos referido en varias ocasiones a Cristo y su ejemplo en la testificación, pero también debemos enfatizar que Jesús se manifiesta a sí mismo mediante el Espíritu Santo. El es quien nos da el poder para testificar. Sin él sólo podemos representarnos a nosotros mismos, no a Cristo. Sin él, nuestra testificación se torna egocéntrica, fría y desprovista de todo poder. El Nuevo Testamento vincula al Espíritu Santo con la acción de compartir el evangelio. A medida que Jesús parece ser más real para nosotros, nos identificamos y sentimos más cómodos con él.

"El Espíritu Santo tiene una personalidad tan real como la del Padre y la del Hijo. La Biblia lo presenta como alguien que actúa con la capacidad de una persona. No es una idea ni una influencia; es un Ser personal. La estrecha relación que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hace evidente en Romanos 8: 9, donde se nombra al Espíritu como 'Espíritu de Dios' y 'Espíritu de Cristo' en el mismo pasaje".[4]

¿Cuál es la relación entre el Espíritu Santo y Cristo? "La obra del Espíritu Santo está vinculada con la vida de Cristo en esta tierra y con su ministerio. Fue un compañero muy cercano suyo, desde el mismo comienzo. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo (Mat. 1: 20), y ungido por él en ocasión de su bautismo, al iniciar su ministerio público (Juan 1: 32-34). El Espíritu Santo fue enviado para tomar el lugar de Cristo como el otro Consolador y permanece con nosotros como su representante personal (Juan 14:

16-26)".[5] El Espíritu Santo no habla por su propia autoridad, sino que llevará el testimonio de Cristo y lo glorificará (Juan 16: 13, 14; 15: 26).

El ministerio que cumple el Espíritu Santo de llevar el testimonio de Cristo está entrelazado con el testimonio que el Padre da del Hijo, y el Hijo, a su vez, da acerca del Padre. Cada miembro de la Deidad revela al otro.

Observemos el orden progresivo de esta cadena de testificación:

1. El Padre da testimonio del Hijo (Juan 5: 30-32, 37).

2. El Hijo, a su vez, testifica del Padre (Juan 14: 8, 9). El es "el testigo fiel y verdadero" (Apoc. 1: 5; 3: 14).

3. El Espíritu Santo señala y representa al Hijo (Juan 16: 13-15).

4. Finalmente, nosotros damos testimonio de Cristo cuando accedemos a que el otro testigo, el Espíritu Santo, nos colme. El se revela a los hombres mediante nuestro testimonio: "Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen" (Hech. 5: 32).

Cuando estudiamos los cuatro evangelios se hace evidente que el Espíritu Santo participó cabalmente en cada aspecto de la vida de Cristo, especialmente en su ministerio de representar al Padre. Juan el Bautista testificó que el Espíritu Santo descendió y permaneció sobre Jesús en el momento de su bautismo (Mar. 1: 12). Consecuentemente, Jesús bautizaría a otros con el Espíritu Santo y con fuego (Juan 1: 33; Luc. 3: 16). De este modo, su bautismo en el Espíritu Santo fue su consagración para el ministerio público que prosiguió inmediatamente después (Luc. 3: 23).

Lucas relata que Jesús estaba "lleno del Espíritu Santo" y "fue llevado por el Espíritu" (Luc. 4: 1). Luego, regresó del desierto "en el poder del Espíritu" (vers. 14), y el sábado entró en la sinagoga y leyó el pasaje de Isaías donde se menciona a ambos: él *y* el Espíritu Santo: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Luc. 4: 18, 19).

El pasaje presenta tres importantes aspectos de la relación del

Espíritu Santo con Jesús. *Un aspecto* es que el Espíritu Santo estaba presente en su vida. El *segundo*, que el Espíritu Santo lo ungió, y el *tercero*, que fue ungido por el Espíritu para predicar las buenas nuevas, testificar y ministrar al pueblo. Por consiguiente, el Padre dio el Espíritu Santo al Hijo, quien a su vez lo envía a nosotros hoy con el único propósito de ungirnos para servir y testificar ante quienes nos rodean.

El apóstol Pedro también vincula el ungimiento de Cristo y su servicio. Establece una relación entre cómo Dios "ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret" y cómo, en concordancia con esto, Cristo "anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo" (Hech. 10: 38).

Cristo enfatizó la íntima relación que hay entre recibir el Espíritu Santo y testificar, cuando les prometió a sus discípulos: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1: 8). El apóstol Pablo expresa este concepto de servicio cuando explica las intenciones de Dios al relacionar los dones del Espíritu y destinarlos a la edificación de los miembros del cuerpo de Cristo a su capacitación para ministrar (Efe. 4: 11, 12).

Seguir el ejemplo de Cristo al testificar es una asociación entre lo divino y lo humano: el divino Espíritu Santo y nosotros, sus agentes humanos. Notamos claramente esta cooperación divino-humana cuando el Espíritu Santo llamó a Felipe y al etíope. A Felipe lo llamó para que testificara ante el etíope. No obstante, ya había preparado el corazón del etíope para recibir gozosamente el testimonio de Felipe (Hech. 8: 26-35).

Debería animarnos saber que el Espíritu Santo está comprometido con nosotros en la obra de alcanzar a las personas que nos rodean, las cuales él ya ha preparado para recibir nuestro testimonio. ¿Cuántas veces el Espíritu Santo habrá intentado usarnos en situaciones específicas y, desafortunadamente, nosotros no estuvimos en armonía con él?

No seríamos capaces de dar un poderoso testimonio por Cristo sin ser henchidos del Espíritu Santo. A veces da la impresión de que los planes de evangelización pueden funcionar sin el total control del Espíritu Santo. En nuestra preocupación por realizar el trabajo de Dios, nos henchimos con nuestra propia sabiduría y

habilidad, y dejamos de percibir la ausencia del Espíritu Santo. Un amigo me comentó cierta vez de un "experto" y "exitoso" líder de iglesia: "Cada vez que lo escucho predicar o trabajar, me da la clara impresión de que puede manejar todo perfectamente, sin necesidad de orar y sin el Espíritu Santo".

John Seamands, un veterano misionero, recalca la máxima necesidad del Espíritu Santo en nuestra testificación: "Como comunicadores modernos de la Palabra, ¡cuánto necesitamos la plenitud y el poder del Espíritu Santo en nuestra vida! El Pentecostés no es un lujo espiritual; es una necesidad extrema para el servicio cristiano; no es un adorno, sino un elemento esencial; no es algo que podemos tomar o dejar según nuestro antojo, sino una obligación, algo que es menester. No hay otra alternativa: Pentecostés o fracaso. Porque el espíritu humano fracasa a menos que el Espíritu Santo lo llene totalmente".[6]

Cuando los grandes talentos y habilidades no se han rendido a Dios, obstaculizan el trabajo del Espíritu Santo en nuestra vida. El Espíritu Santo no puede llenar una vasija llena, sino una vacía. No puede usar vasijas rígidas y rebalsantes de egoísmo, aunque sean hermosas a la vista. Por el contrario, necesita vasijas de arcilla, permeables, dóciles, flexibles y que estén vacías, desprovistas del yo.

Cuando fui misionero en el Africa quedé impresionado al ver cómo el Espíritu Santo usaba poderosamente a hombres y mujeres simples, que habían tenido poca educación, que poseían escasas habilidades o capacidades. Algunos de ellos eran analfabetos y extremadamente pobres, pero rodeaban de amor a quienes estaban a su alcance, y compartían con ellos su testimonio y los muchos textos bíblicos que habían memorizado. Aplicando el método de Cristo, ganaban centenares de almas para el reino de los cielos. ¿Por qué? Porque poseían un gran elemento: el poder el Espíritu Santo que modelaba sus vasijas vacías y las llenaba con su poder para testificar. "No tiene límite la utilidad de quien, poniendo el yo a un lado, da lugar a la obra del Espíritu Santo en su corazón".[7]

Incluso Moisés podría haber sentido que su trabajo por Dios era tan inútil como un puñado de arena común o una maleza del árido desierto, cuando el Señor lo llamó (Exo. 3, 4). Moisés se sentía incapaz de ser usado por Dios. Sin embargo, aunque sinta-

mos que todo lo que tenemos para ofrecer a Dios es apenas un puñado de arena, en su presencia ésta pasa a ser tierra santa; y una zarza del desierto, delante de Dios, puede contener un fuego ilimitado. El asunto crucial no radica en cuánta habilidad poseamos sin él, sino en nuestra disponibilidad para con él. Nada puede transformar la arena común o el matorral sin vida como puede hacerlo la santidad del Señor y el poder de su Espíritu.

Sólo necesitamos darle a Dios lo que tenemos; ni más, ni menos. Eso es todo lo que él nos pide. El usa nuestros magros talentos sin pasar por alto nuestra individualidad. Recordemos que el fuego de Dios no consume el matorral. El quiere usarnos en su servicio, pero no destruirnos.

Fish y Conant escriben: "No sugerimos que rendirnos a él [Cristo] signifique dejar de lado nuestra personalidad. El habilita nuestra personalidad y usa lo que somos y tenemos. El poder del engranaje principal del reloj no cambia la espiral de su delicado mecanismo, la usa... Así sucede cuando Cristo mora en nosotros".[8]

No necesitamos esperar más tiempo para anhelar el Espíritu Santo y ser henchidos por él. Cristo se dio a sí mismo, no para su gloria, sino para servir. El simple acto de someternos a su servicio, nos habilita para testificar. "Vi que los hijos de Dios aguardaban a que sucediese algún cambio, y se apoderase de ellos algún poder compelente. Pero sufrirán una desilusión... Deben actuar; deben echar mano del trabajo y clamar fervorosamente a Dios para obtener un conocimiento verdadero de sí mismos".[9]

Al considerar lo que la última década de este siglo contiene para el pueblo de Dios, Neal C. Wilson, ex presidente de la Asociación General, nos insta a buscar que el Espíritu Santo llene nuestra vida. Insiste en que, a menos que el Espíritu de Dios active nuestra vida, nuestro testimonio será débil e ineficiente. Al reconocer las bendiciones que Dios da a su iglesia para el avance en el evangelización, afirma: "El resultado es minúsculo comparado con lo que él desea que hagamos mediante el derramamiento de su Espíritu. Debo confesar que a pesar del progreso y las victorias en muchas áreas, estoy cada día más persuadido de que algo está faltando. No estamos totalmente a la altura de la gloriosa expectativa que Dios tiene para cada uno de nosotros y para su iglesia".[10]

Muchos de entre el pueblo de Dios actúan como si la falta de

Espíritu Santo fuera un problema teórico al que deberemos hacer frente en el futuro. Esto da a Satanás la oportunidad de arrullarnos y posponer nuestra presente necesidad de prepararnos para algún momento futuro, cuando sea demasiado tarde. Dios está anhelando alistarnos ahora para recibir el Espíritu Santo. Por lo tanto debemos buscarlo, orar por él y tenerlo ahora".[11]

El Espíritu Santo, los ángeles y todo el poder del cielo está para ayudarnos a actuar con fe en la búsqueda y el rescate de los necesitados espirituales que nos rodean. Jesús dio pruebas de que el Padre desea redimir la humanidad y darnos todo lo necesario para que trabajemos por él en la salvación de los perdidos. "Todo el cielo está en actividad, y los ángeles de Dios esperan para cooperar con todos los que deseen hacer planes gracias a los cuales las almas por quienes Cristo murió puedan oír las buenas nuevas de salvación".[12]

Elena de White describe cómo el Espíritu Santo quiere usar poderosamente a las multitudes para testificar: "Centenares y millares fueron vistos visitando las familias, y abriendo delante de ellas la Palabra de Dios. Los corazones eran convencidos por el poder del Espíritu Santo, y un espíritu de genuina conversión se manifestaba. En todas partes las puertas estaban ampliamente abiertas a la proclamación de la verdad. El mundo parecía iluminarse con la influencia celestial".[13]

Hace algunos años, junto con un amigo, tuve la oportunidad de dar testimonio a una pareja recién casada. Era gratificante presenciar el método de Dios en acción al visitarlos y compartir nuestra vida cristiana con ellos. Aceptaron a Jesús como su Salvador y Señor y estaban realmente ansiosos de comenzar a estudiar la Biblia en su hogar. A medida que avanzábamos en los estudios, semana tras semana, ellos mostraban gran interés y aceptaban lo que les enseñábamos de las Escrituras.

Pocos meses después, cuando creíamos que estaban maduros para tomar una decisión, no quisieron aceptar el compromiso del bautismo. Durante varias semanas tratamos de responder sus preguntas y hacer frente a sus excusas, pero sin ningún efecto; habían decidido no bautizarse.

En ese momento, un pequeño grupo de feligreses comenzó a reunirse con regularidad para orar pidiendo que el Espíritu Santo trabajase en el duro corazón de este matrimonio. La siguiente vez

que los visitamos, estábamos bien preparados para recibir sus argumentos. Pero, para nuestra sorpresa, esta vez no tenían ninguno. Preguntaron cuándo podían ser bautizados y pertenecer al cuerpo de Cristo. Al preguntarles a qué se debía el cambio de actitud, dijeron que durante esa semana habían sentido con mucha fuerza y claridad que debían entregar su corazón a Cristo.

Creo más que nunca en la importancia crucial de la oración intercesora al aplicar el método de testificación de Cristo. Me maravillé muchas veces al ver cuán efectiva era la oración. Dios ama a su pueblo, envió a su único Hijo a morir por él y constantemente trata de salvarlo.

¿Cuál es la obra de la oración intercesora por la salvación? ¿Practica usted la oración intercesora por los que necesitan encontrarse con Cristo? ¿Le suplica a Dios que haga lo que él ya se ha comprometido a hacer?

Ante todo, debemos recordar que Cristo mismo es el gran suplicante. Debemos seguir su ejemplo de interceder ante otros mediante nuestras oraciones. Lucas lo describe en Hebreos como intercediendo siempre en favor de los seres humanos (Heb. 7: 25). También el Espíritu Santo nos ayuda en nuestras oraciones y se une a Cristo para interceder por nosotros delante del Padre: "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. 8: 26).

Lucas 22: 31 y 32 registra que Jesús oró por Pedro para que hiciera frente a los asaltos de Satanás. Meditemos en las emotivas palabras de Jesús hacia sus discípulos: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte". ¿Cuántas veces prometimos orar por alguien y luego olvidamos o ignoramos el asunto?

Cristo nunca se olvida de nosotros y de las luchas que enfrentamos; ora por nosotros como lo hizo por Pedro. Elena de White dice que Cristo era "él mismo una fuente de bendición y fuerza, podía sanar a los enfermos y resucitar a los muertos... Sin embargo, oraba muchas veces con fuerte llanto y lágrimas. Oraba por sus discípulos y por sí mismo, identificándose así con los seres humanos. El era poderoso en la oración. Como Príncipe de la vida, tenía poder con Dios, y prevalecía".[14]

La pregunta es: ¿Cómo podemos llegar a ser suplicantes efectivos como lo fue Cristo? El apóstol Santiago nos amonesta a que oremos unos por otros porque "la oración eficaz del justo puede mucho" (Sant. 5: 16). Aquí hay dos importantes aspectos de la oración intercesora: su *capacidad* y su *resultado*. La oración fervorosa y sincera produce grandes y poderosos resultados. Cristo es un suplicante extraordinario porque él es rectitud y justicia. Quien se somete a él llega a ser justo en la justicia de Cristo, porque él es nuestra justicia (Jer. 23: 6) y en él llegamos a ser la justicia de Dios (2 Cor. 5: 21). Esta es la única manera como nuestras oraciones intercesoras pueden ser útiles para aquellos ante quienes testificamos.

Cuando oramos por la salvación de otros, nunca deberíamos cejar, sino perseverar. "En tiempos pasados había quienes fijaban su mente en un alma tras otra, diciendo: 'Señor, ayúdame a salvar esta alma'. Pero ahora escasean mucho tales cristianos. ¿Cuántos obran como si se diesen cuenta del peligro que corren los pecadores?"[15] "Comprendan los obreros la promesa de Dios diciendo '...preciso que esta alma sea convertida a Jesucristo' ".[16]

Recordemos a Jacob, cuando luchó con Dios. El supo lo que significaba batallar con el Señor: "No te dejaré, si no me bendices" (Gén. 32: 26). "Jacob prevaleció porque fue perseverante y resuelto. Su victoria es prueba evidente del poder de la oración importuna. Todos los que se aferren a las promesas de Dios como lo hizo él, y que sean tan sinceros como él lo fue, tendrán tanto éxito como él. Los que no están dispuestos a negarse a sí mismos, a luchar desesperadamente ante Dios y a orar mucho con empeño para obtener su bendición, no lo conseguirán. ¡Cuán pocos cristianos saben lo que es luchar con Dios! ¡Cuán pocos son los que jamás suspiraron por Dios con ardor hasta tener como en tensión todas las facultades del alma!"[17]

En la parábola de la viuda que imploraba por su caso frente a un juez injusto (Luc. 18: 1-7), Cristo enseña claramente el valor de la perseverancia. Aunque al juez no le importaba el caso de la viuda, finalmente respondió a su persistente súplica para quitársela de encima. Si un juez tal responde sólo para no ser molestado, ¿no será que el Juez justo "hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?" Jesús respondió "que pronto les hará justicia" (vers. 6-8). En otras palabras, si

hasta un mal juez respondió a la perseverancia, cuánto más nuestro amante y cariñoso Dios responderá nuestras oraciones comprometidas en favor de otros, por los cuales él murió.

¿Por qué necesitamos perseverar en nuestras peticiones delante de Dios? ¿Es acaso para convencerlo de nuestras necesidades? No. El conoce todo, y está convencido de que las almas perdidas necesitan ser salvadas.

Hay dos razones para esta perseverancia:

1. Nos enseña la valiosa lección de la dependencia total en Dios y la renuncia a nosotros mismos para entregarnos completamente a él. Dios desea determinar si somos genuinos y serios respecto de lo que le pedimos. El sabe que realmente no apreciamos algo a menos que lo anhelemos y procuremos obtenerlo.

2. En el contexto del gran conflicto entre el bien y el mal, donde Cristo y Satanás están en contienda por los corazones y las mentes humanas, nuestras oraciones intercesoras permiten a Dios una participación más activa en la situación. En otras palabras, Dios puede responder a las objeciones de Satanás y justificar su especial intervención en favor del objeto de nuestra oración. Presentándole nuestras peticiones lo invitamos a actuar. Al responder está haciendo honor a nuestra elección de invitarlo a interceder.

Wayne McDill dice que nosotros, como discípulos de Cristo, somos responsables de guiar a nuestro prójimo hacia Cristo y "tenemos el derecho de insistir respecto de la legítima misión de Cristo para con la vida de ellos. Orar es insistir para que Jesús ejerza el derecho legítimo de gobernar cada vida, pues murió por cada ser humano de este mundo".[18]

¿Qué sucede cuando oramos a Dios para que enternezca el corazón de alguien? ¿Cambia Dios de parecer y obra de acuerdo con nuestro pedido? En su gran amor, ¿nos hubiera concedido lo que pedimos de todas maneras? ¿Qué diferencia logra realmente la oración? La oración es necesaria aunque estemos seguros de su actitud amorosa para con la gente "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3: 9).

McDill explica: "Al orar por la salvación de alguien recuerde que no está tratando de convencer a Dios. El ya está convencido. Mediante su oración, usted se está poniendo en concordancia con los deseos de Dios. Por la autoridad de Cristo tome la actitud correcta respecto de la vida de su prójimo y ejercite su fe al abrir

ese territorio para la extensión de la autoridad del reino. Insista en el retroceso del enemigo frente a la verdadera autoridad de Cristo... Dése cuenta de que la batalla será ganada en oración".[19]

John Henry Jowett, un hombre de Dios y profundamente espiritual, describe la eficacia de la oración intercesora cuando dice: "Cada vez que oramos, abrimos un canal para que la potencia de la gracia fluya hacia el objeto de nuestra oración".[20]

Charles Finney, que conocía de primera fuente los grandes resultados de las oraciones ofrecidas por un hombre justo, afirmó: "La oración no cambia a Dios, sino que nos cambia nosotros. La oración produce una mudanza en nosotros, y obra condiciones que prueban la coherencia de Dios al hacer algo que no sería coherente hacer de otra forma".[21]

John Wesley, al enfatizar cuán efectivas son nuestras sinceras peticiones ante Dios, hace un comentario radical "Dios no hace nada que no sea una respuesta a la oración".[22] ¿Qué decir de la efectividad del pedido que Elías hizo a Dios en el monte Carmelo (1 Rey. 18: 36-40)? ¿Habría realizado Dios ese poderoso milagro si Elías no hubiese orado? "El llamado actual es para hombres y mujeres poderosos en orar, maestros de súplica, especialistas en el santo arte de la intercesión. El Dios de Elías era el Dios de la respuesta. Cuando Elías oró, sucedió algo que no hubiera sucedido si él no hubiese orado".[23]

El apóstol Pablo nos ruega que intercedamos en favor del pueblo para que responda a Dios: "Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres... Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2: 1-4).

Muchas veces hablamos de la oración, pero, ¿cuán frecuentemente oramos? ¿Oramos por la salvación de personas específicas y por razones consistentes? ¿Sentimos el peso y la pasión por las almas? ¿Cuánto tiempo dedicamos interceciendo en favor de la humanidad perdida? ¿Dedicamos cinco, diez, veinte minutos, o ninguno en oración intercesora diaria? El ministerio de Cristo, el testimonio de los apóstoles y el avance evangelizador en la iglesia primitiva estaban sumergidos dentro de la oración intercesora.

Armin Gesswein, en su estudio acerca de la oración, que él relaciona íntimamente con el testimonio, dice: "La oración es el

salvavidas de la evangelización del Nuevo Testamento, el oxígeno para su fuego santo. El Nuevo Testamento nació en oración, y no conoce evangelización sin oración, como tampoco conoce oración que no guíe a la evangelización. Dios las ha unido en un todo y ningún humano puede separarlas".[24]

¿Podríamos imaginar la testificación sin la ayuda de Dios? Es lo que Satanás más teme. Chadwick escribe: "Satanás no tiene miedo de nada, excepto de la oración. La única preocupación del maligno es mantener a la iglesia apartada de la oración. No le tiene miedo al estudio sin oración, ni al trabajo sin oración... Se ríe de nuestra lucha y nuestros afanes, se burla de nuestra sabiduría, pero tiembla cuando oramos".[25]

Uno de los mayores resultados de estar llenos del Espíritu Santo es la atmósfera poderosa y santa con la que Dios nos rodea dondequiera estemos. Cada uno de nosotros tiene una especie de atmósfera particular que nos envuelve. Nuestro círculo de influencia se cruza con los de las personas con quienes nos interrelacionamos. Si Cristo mora en nosotros mediante el Espíritu Santo, nuestra vida exhalará amor y vitalidad espiritual. Por otra parte, si estamos llenos de nosotros mismos, despediremos una atmósfera fría y egocéntrica.

Pocas veces discutimos este importante aspecto de la testificación, pero todos experimentamos el sentirnos dirigidos, rechazados, o la ambivalencia de las personas con las cuales entramos en contacto cada día. Ellas experimentan reacciones similares respecto de nosotros. Esta silenciosa, pero potente forma de comunicación puede aumentar nuestro testimonio o debilitarlo, y la mayor parte de las veces ni nos percatamos del asunto. Pero no nos engañemos en relación con este tema. Sea que actúe en nuestra vida el Espíritu o que estemos llenos de nosotros mismos, eso se revelará, y tal revelación confirmará o negará nuestros reclamos espirituales.

"Cada alma está rodeada de una atmósfera propia, de una atmósfera que puede estar cargada del poder vivificante de la fe, el valor y la esperanza, y endulzada por la fragancia del amor. O puede ser pesada y fría por la bruma del descontento y el egoísmo, o estar envenenada por la contaminación fatal de un pecado acariciado. Toda persona con la cual nos relacionamos queda, consciente o inconscientemente, afectada por esa atmósfera".[26]

Esta poderosa atmósfera de amor y vitalidad espiritual proviene sólo del Espíritu Santo que mora en nuestro interior. Ya lo hemos visto en la presentación de la sal, la luz y el aroma de Cristo.

Elena de White describe esta atmósfera como "energía vital": "De los creyentes sinceros mana una energía vital y penetrante que infunde un nuevo poder moral a las almas por las cuales ellos trabajan. No es la fuerza del hombre mismo, sino el poder del Espíritu Santo lo que realiza la obra transformadora".[27]

¿Cómo puede concluir este libro, que trata acerca del método de testificación de Cristo, sin analizar cómo Cristo hacía Cristo para crear una atmósfera de amor, poder y santidad a su alrededor? El estaba ungido y actuaba por el poder del Espíritu Santo. Nuestra vida también deben ser así. Tenemos muchas necesidades cuando se trata de testificar efectivamente por Cristo. Sin embargo, la más urgente en estos últimos días es la de ser semejantes a Jesús en todo. "La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra".[28]

Tal experiencia espiritual con Cristo es "la preparación eficaz para todo trabajo que se haya de realizar para Dios". Por eso, en medio de la vida apresurada y bulliciosa, los discípulos de Cristo "quedarán rodeados de una atmósfera de luz y de paz. La vida rèspirará fragancia, y revelará un poder divino que alcanzará a los corazones humanos".[29]

Querido lector, ¿usted realmente quiere que su vida sea como la de Cristo? ¿Permite usted que él refleje su carácter en su testimonio diario? Entonces, le suplico que medite piadosamente conmigo en estas palabras inspiradas y llenas de poder para cambiar las vidas. Estas palabras nos hablan de nuestro máximo ejemplo de testificación: Jesucristo.

"Pero al mirarlo [a Jesús], la gente vio un rostro donde la compasión divina se aunaba con la conciencia del poder. Toda mirada de sus ojos, todo rasgo de su semblante, estaba señalado por la humildad y expresaba un amor indecible. Parecía rodeado por una atmósfera de influencia espiritual".[30]

"Oh, ¡qué rayos de amabilidad y belleza se desprendían de la vida diaria de nuestro Salvador¡ ¡Qué dulzura emanaba de su misma presencia! El mismo espíritu se revelará en sus hijos. Aque-

llos con quienes mora Cristo serán rodeados de una atmósfera divina".[31]

Referencias

[1]A. F. Ballenger, *Power for Witnessing*, pp. 149, 150.
[2]EGW, *TM*, p. 174.
[3]EGW, *2MS*, pp. 65, 66 (carta 27, 1894).
[4]Philip Samaan, *Retratos de Jesús*, p. 52.
[5]*Ibíd.*
[6]John Seamands, *Tell it Well*, p. 120.
[7]EGW, *MC*, p. 116.
[8]R. J. Fish y J. E. Conant, *Every-Member Evangelism*, p. 97.
[9]EGW, *SC*, p. 105.
[10]Neal C. Wilson, "Time for Revival", *Adventist Review*, 4 de enero de 1990, p. 2.
[11]EGW, *Ev*, p. 392.
[12]EGW, *SC*, p. 321.
[13]EGW, *Testimonies for the Church*, t. 9, p. 126 (citado en *SC*, pp. 177, 178).
[14]EGW, *OE*, pp. 269, 270.
[15]*Ibíd.*, p. 66.
[16]EGW, *Medical Ministry*, p. 244.
[17]EGW, *CS*, p. 679.
[18]Wayne McDill, *Making Friends for Christ*, p. 92.
[19]*Ibíd.*, pp. 96, 97.
[20]Arthur Porritt, *John Henry Jowett*, pp. 262, 263.
[21]Citado en Richard E. Day, *Man of Like Passions*, pp. 126, 127.
[22]Citado en Harold L. Calkins, *Master Preachers*, p. 130.
[23]*Ibíd.*, p. 137.
[24]Armin R. Gesswin, citado en W. McDill, *Ibíd.*, p. 88.
[25]Citado en Calkins, *Ibíd.*, p. 129.
[26]EGW, *PVGM*, p. 274 (ed. PPPA).
[27]EGW, *DMJ*, p. 34.
[28]EGW, *1MS*, p. 141.
[29]EGW, *DTG*, p. 331.
[30]*Ibíd.*, p. 111.
[31]EGW, *DMJ*, p. 114.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

Ballenger, A. F. *Power for Witnessing*. Minneapolis, Dimension Books, 1963.

Bonhoeffer, Dietrich. *The Cost of Discipleship*. Nueva York, Macmillan Pub., 1976.

Bonhoeffer, Dietrich. *Life Together*. Nueva York, Harper and Brothers, 1954.

Calkins, Harold L. *Master Preachers*. Alma Park, Gran Bretaña, Stanborough Press Ltd., 1986.

Coleman, Robert E. *The Master Plan of Evangelism*. Old Tappan, Nueva York, Fleming H. Revel Co., 1980.

Conn, Harvey M. *Evangelism*. Grand Rapids, Zondervan Pub. House, 1982.

Cooper, Douglas. *Living God's Love*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1975.

Day, Richard E. *Man of Like Passions*. Grand Rapids, Zondervan

Pub. House, 1976.

DeVille, Jard. *The Psychology of Witnessing*. Waco, Texas, Word Books, 1980.

Feucht, Oscar E. *Everyone a Minister*. St. Louis, Concordia Pub. House, 1976.

Fish, Roy J. y Conant, J. E. *Every-Member Evangelism*. Nueva York, Harper and Row, 1976.

Gesswein, Armin R. *Evangelism the Next Ten Years*. Waco, Texas, Word Books, 1978.

Jauncey, James H. *One-on-One Evangelism*. Chicago, Moody Press, 1979.

Keefauver, Larry. *Friends and Faith*. Loveland, Colorado, Group Books, 1986.

Keller, Phillip W. *Salt for Society*. Waco, Texas, Word Books, 1981.

Knowles, George E. *How to Help Your Church Grow*. Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1981.

Kromminga, Carl G. *Bringing God's News to Neighbors*. Nutley, Nueva York, Presbyterian Pub. Co., 1975.

Küng, Hans. *Why Priests?* Garden City, Nueva York, Doubleday y Co., 1972.

Larson, Bruce. *Ask Me to Dance*. Waco, Texas, Word Books, 1972.

Laymon, Charles M., ed. *The Interpreter's One-Volume Comentary on the Bible*. Nashville, Abingdon Press, 1984.

Little, Paul E. *How to Give Away Your Faith*. Chicago, InterVar-

sity Press, 1966.

Maslow, Abraham. *Motivation and Personality.* Nueva York, Harper and Row, 1970.

McDill, Wayne. *Making Friends for Christ.* Nashville, Broadman Press, 1979.

McPhee, Arthur G. *Friendship Evangelism.* Grand Rapids, Zondervan Pub. House, 1978.

Miles, Delos. *Overcoming Barriers To Witnessing.* Nashville, Broadman Press, 1984.

Miller, Keith. *A Second Touch.* Waco, Texas, Word Books, 1974.

Neighbour, Ralph. *Witness, Take the Stand.* Dallas, Baptist General Convention of Texas Publications, 1967.

Nichol, Francis D., ed. *Comentario bíblico adventista,* 7 tomos. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1960.

Ortiz, Juan Carlos. *Disciple.* Carol Stream, Ill., Creation House, 1978.

Pippert, Rebecca Manley. *Out of the Saltshaker.* Downers Grove, Ill., InterVarsity Press, 1979.

Ponder, James A., ed. *Motivating Laymen to Witness.* Nashville, Broadman Press, 1974.

Porritt, Arthur. *John Henry Jowett.* Garden City, Nueva York, Doubleday and Co., 1925.

Prince, Matthew. *Winning Through Caring.* Grand Rapids, Baker Book House, 1981.

Rand, Ron. *Won by One.* Ventura, California, Regal Books, 1988.

Richards, Lawrence O. *Youth Ministry*. Grand Rapids, Zondervan Pub. House, 1985.

Samaan, Philip G. *Retratos de Jesús*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1989.

Schoen, V. W. *God's Need*. Washington, D.C., Review and Herald Pub. Assn., 1976.

Seamands, John T. *Tell It Well*. Kansas City, Mo., Beacon Hill Press, 1981.

Stedman, Ray C. *Body Life*. Glendale, California, Regal Books, 1976.

Stott, John R. W. *Basic Christianity*. Grand Rapids, William B. Eerdmans Pub. Co., 1986.

Sweeting, George. *How to Witness Successfully*. Chicago, Moody Press, 1978.

Turnier, Paul. *The Meaning of Persons*. Nueva York, Harper and Row, 1957.

Watson, David. *I Belive in Evangelism*. Grand Rapids, William B. Eerdmans Pub. Assn., 1911.

White, Elena de. *Consejos para los maestros*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1971.

White, Elena de. *El camino a Cristo*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1961.

White, Elena de. *El conflicto de los siglos*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1968.

White, Elena de. *El Deseado de todas las gentes*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1955.

White, Elena de. *El discurso maestro de Jesucristo*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1975.

White, Elena de. *La educación*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1978.

White, Elena de. *El evangelismo*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1975.

White, Elena de. *Los hechos de los apóstoles*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977.

White, Elena de. *Joyas de los testimonios*, 3 tomos. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1953.

White, Elena de. *Medical Ministry*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1963.

White, Elena de. *Mensajes para los jóvenes*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1977.

White, Elena de. *Mensajes selectos*, 3 tomos. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1967.

White, Elena de. *El ministerio de curación*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1975.

White, Elena de. *Obreros evangélicos*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1971.

White, Elena de. *Palabras de vida del gran Maestro*, Mountain View, California, Pacific Press Publ. Assn., 1971.

White, Elena de. *Servicio cristiano*. Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1973.

White, Elena de. *Testimonios para ministros*. Mountain View, California, Pacific Press Pub. Assn., 1961.

White, Elena de. *Testimonios selectos*, 5 tomos. Buenos Aires, Casa Editora Sudamericana, 1932.

PUBLICACIONES PERIODICAS

Arn, Win. "People Are Asking". *Church Growth: America*, marzo-abril de 1979.

Drescher. John M. "A Fish Story". *Ministry*, abril de 1979. "God, I Want to Live!", 2 de junio de 1980.

Halverson, Richard C. "The Tragedy of the Unemployed". *Christianity Today*, 12 de septiembre de 1960.

Holland, Kenneth J. "Truth Must Also Move the Heart". *These Times*, setiembre de 1980.

Jaecks, Lenard D. "Adventists Involved in the 'Shuth Door' Again". *Gleaner*, 18 de diciembre de 1989.

Johnsson, William G. "The Missin Tell Us Why". *Adventist Review*, 7 de septiembre de 1989.

Littleton, Mark R. "The Fine Art of Encouragement". *Reader's Digest*, noviembre de 1989.

Sahlin, Monte. "Where Are Our Missing Members?" *Adventist Review*, 4 de mayo de 1989.

Seelinger, Wes. En *Faith at Work*, febrero de 1972.

Stimson, Henry L. "The Bomb and the Opportunity". *Harper's Magazine*, marzo de 1946.

Taylor, Daniel. "The Fear of Insignificance". *Signes of the Times*, noviembre de 1989.

Widmer, Myron. "My Friends, the 'Missing' ". *Adventist Review*,

4 de mayo de 1989.

Wilson, Neal C. "Time for Revival". *Adventist Review*, 4 de enero de 1990.

VERSIONES DE LA BIBLIA

BD = Paráfrasis *La Biblia al día*
BJ = *Biblia de Jerusalén*
DHH = *Dios habla hoy*
TLB = *Today's Living Bible*

El método de Cristo para testificar

La misión que hemos recibido como pueblo de Dios es la de ser testigos del evangelio ante los que no conocen personalmente al Señor.

En el Sermón del Monte, Jesús dijo que debemos ser la sal de la tierra y la luz del mundo. El apóstol Pablo agrega que debemos ser el aroma y la fragancia de Cristo.

Nuestro testimonio es la manera que Dios tiene de llegar a cada corazón de este mundo sufriente. Para ser sus testigos necesitamos una relación viva con Cristo, como él la tuvo con su Padre cuando vivió entre los hombres.

Cristo creó y aplicó el método de la testificación personal más perfecto que se conoce desde sus días hasta hoy. En las páginas de este libro, usted encontrará ese método. Si lo aplica, podrá ser un testigo fiel y verdadero del reino de los cielos.

El autor, Dr. Philip G. Samaan, nació en Siria. Cursó sus estudios superiores en las universidades de Loma Linda (California) y Andrews (Michigan). Además de servir como pastor local y capellán universitario fue director de los Ministerios de la Iglesia en la División del Africa y Océano Indico. Es autor de varios libros, entre ellos: *Retratos de Jesús* y *Hermanos de sangre*. Actualmente es profesor de Teología en la Universidad Andrews.

aces